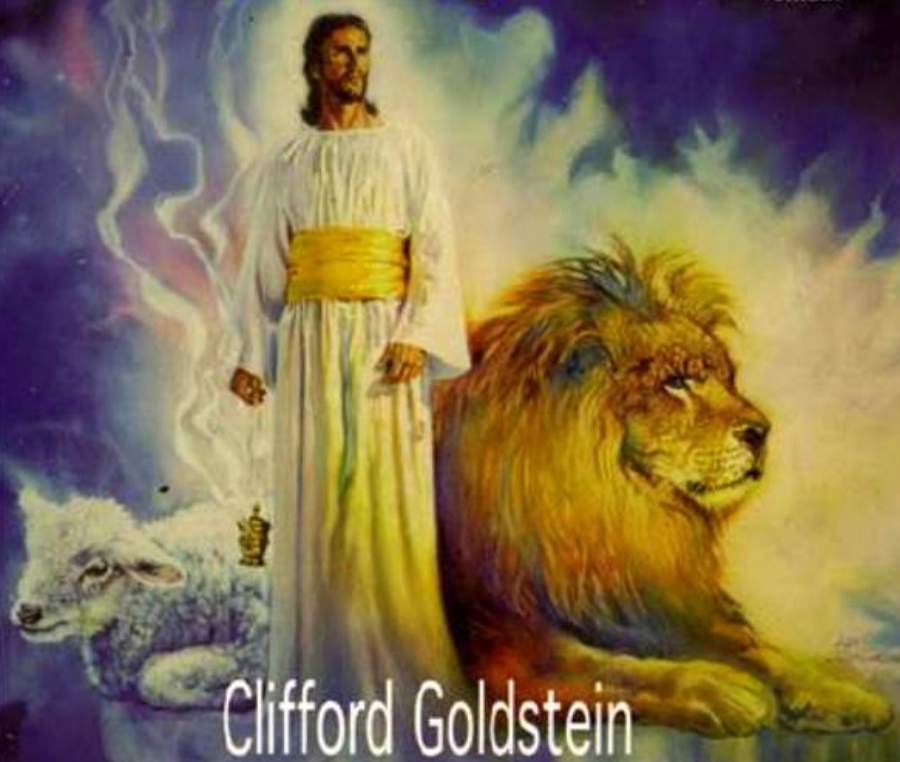



ENTRE EL CORDERO Y EL LEON

Una nueva imagen
de Jesús en el
Libro de
Apocalipsis.
Desde la Cruz,
hasta su segunda
venida.



Clifford Goldstein



Al Aproximarse el fin de este siglo surge en la escena contemporánea un ansioso interés en las profecías de Daniel y Apocalipsis, así como una plétora de predicciones apocalípticas. Algunas son complicadas. La mayoría son absurdas. Y una sorprendente cantidad de interpretaciones dejan fuera del panorama al personaje clave del drama cósmico: Jesús.

La mayoría de los cristianos, incluso los adventistas, se relacionan con Cristo ya sea como el Cordero en su primera venida, como el León en su segunda venida, o como ambos; pero pasan por alto su crucial función entre esos dos extremos.

Entre el Cordero y el León, de Clifford Goldstein, responde a la pregunta: *¿Qué está haciendo Jesús ahora?* Contempla la función de Cristo como Sumo Sacerdote en el santuario celestial, tal como se describe en el Apocalipsis y hace claro como el cristal el concepto de su ministerio en dos fases o en dos departamentos.

Este libro, en el estilo característico de Goldstein, vibra de pasión por Jesús y destaca que su ministerio actual en el santuario del cielo de ninguna manera entre en conflicto con la cruz. Es, de hecho, el medio por el cual el Cordero aplica su victoria a nuestras vidas y nos prepara para encontrar al León cuando venga por segunda vez.



Clifford Goldstein es director de la revista *Liberty* y es uno de los escritores más prolíficos de la iglesia. Sus libros, que han alcanzado amplia circulación, incluyen *El Remanente*, *Día del Dragón*, *Desequilibrio fatal*, y *1844 hecho simple*. El y su esposa Kim, tienen dos hijos jóvenes y viven en Columbia, Maryland.

Otros libros por Clifford Goldstein:

1844 hecho simple

Desequilibrio fatal

El día del dragón

El remanente

Una pausa renovadora

Entre el Cordero y el León

Una nueva perspectiva de Jesucristo en el
libro de Apocalipsis, desde el Calvario hasta
su segunda venida.

Por Clifford Goldstein



Belice—Caracas—Guatemala—Managua—México
Panamá—San Salvador—San José—San Juan
Santafé de Bogotá—Santo Domingo—Tegucigalpa

Dedicado a...

Carnes y Dianne

Contenido

1. Entre el Cordero y el León	11
2. El Testigo fiel.....	25
3. El Hijo del hombre.....	39
4. El Cordero que fue inmoloado.....	49
5. Las oraciones de los santos.....	61
6. El Cristo posterior a la cruz.....	69
7. El altar del incienso.....	87
8. La hora de su juicio.....	107
9. Uno semejante al Hijo del hombre.....	119
10. El tabernáculo del testimonio.....	131
11. El tabernáculo de Dios.....	149

1

Entre el Cordero y el León

¡ *Jo* felicito!

Si usted está leyendo este libro, quiere decir que sobrevivió a un enorme asteroide que, según se predijo, mataría a una tercera parte de la población mundial (unos mil ochocientos cuarenta millones de personas) en 1994. De acuerdo con los cálculos para el jubileo, se suponía que esta calamidad daría comienzo a la cuenta regresiva de los 1,335 días que terminan con la segunda venida de Cristo.

Para asombro de muchos, ningún asteroide asesino destruyó la tercera parte del mundo en 1994. Por supuesto, no hay la menor duda de que así como otros han fracasado al fijar fechas en relación con las leyes dominicales, con el zarandeo, con el cierre de la gracia y la segunda venida, los que se equivocaron al predecir la calamidad del asteroide gigante de 1994, buscarán una fecha suficientemente cercana para estar seguros de que sus

seguidores sigan enviándoles dinero, y suficientemente lejana para que lo envíen durante unos cuantos años más.

“¡Burlador!” —dirán algunos—. *¡Quéfácil es mirar hacia atrás y mofarse de predicciones confechas no cumplidas!* Si alguien me acusa de esto, le puedo decir que *yo no estaba* pensando en el pasado. Todo lo contrario: estaba tan seguro de que este cálculo para 1994 era tan falso y sin base en las Sagradas Escrituras, que escribí el párrafo anterior (así como el principio de este libro) ¡en 1993!

Por supuesto, el fijar fechas basándose mayormente en falsas interpretaciones de los libros de Daniel y Apocalipsis, no es sólo un dolor de cabeza adventista. Un ejemplo: en 1857 y por invitación de varios miembros del congreso de los Estados Unidos, Fountain Pitts, pastor metodista de Tennessee, presentó un largo sermón —todo un día— en el capitolio de Washington sobre el destino profético de los Estados Unidos, por medio del cual “comprobó” que el profeta Daniel había predicho exactamente el tiempo de la proclamación de la Declaración de Independencia del país:

“Los Estados Unidos surgieron al final de los 1,290 días simbólicos desde la destrucción de Jerusalén... Las setenta semanas de Daniel equivalen a 603 años y 1,290 días de tiempo solar, de acuerdo con los eclipses de sol... De manera que si las 70 semanas simbólicas equivalen a 600 años y 129 días, los 1,290 días simbólicos desde el incendio del templo el día 189 del año 68 d.C. llegan hasta el 4 de julio de 1776... Fijando el punto de partida desde el momento del sacrificio diario, que tuvo lugar, de acuerdo a la astronomía, a la salida del sol, tres minutos después de las cinco de la mañana del día en que el templo fue incendiado, los 1,290 días terminaban a un cuarto para las tres de la tarde del día 4 de julio de 1776; y de acuerdo a las mejores fuentes confiables de información, la Declaración de Independencia fue proclamada precisamente a esa hora en

eso glorioso 4 de julio".¹

Esto se parece a cierta clase de literatura profética que circula entre nosotros.

Más recientemente, las insubstanciales profecías apocalípticas que Hal Lindsey presenta en su libro *Late Great Planet Earth* [el último gran planeta Tierra], proclamaban que a los cuarenta años de la fundación de la república de Israel en 1948, (listo retomaría a la tierra. En 1990 se vendieron 28 millones de ejemplares de ese libro (¡dos años después del plazo fijado!).² En su libro *There's is a New World Coming* [La venida de un nuevo orden mundial], que estuvo en la lista de éxitos de librería del periódico *New York Times* durante veinte semanas, Lindsey tomó la última de las setenta semanas de la profecía mesiánica de Daniel,³ la separó de las otras 69 semanas, la colocó en algún lugar en el futuro, ¡y la aplicó a los sucesos de Apocalipsis!

Lindsey escribió lo siguiente: "En los capítulos 6 al 19 del libro de Apocalipsis, se nos presenta el desarrollo del cuadro cronológico de un período de siete años futuros, cuando el mundo experimentará la más intensa tribulación de su historia".⁴

También han sido populares las fechas para el rapto secreto. En la década de los 80s, el ex ingeniero de la NASA Edgar (' Whisenant escribió un libro en el cual presenta 88 razones por las cuales el rapto secreto ocurriría en 1988. Aprovechando el alboroto, el maestro de profecías Charles Taylor organizó una excursión a Israel para coincidir con el gran día: "Nos hospedaremos en el Hotel Intercontinental, junto al Monte de los ()ivos —anunció—, desde donde se puede ver la hermosa vista de la huerta oriental y el monte del Templo. Y si este es el año del regreso de nuestro Señor, como lo anticipamos, ustedes hasta podrán ascender a la gloria desde ese lugar a pocos pasos de «londe ascendió Cristo»".

Las predicciones proféticas de Pat Robertson han tenido

tanto éxito como sus ambiciones presidenciales. En 1980, convencido de que la rara alineación de planetas (el ahora desprestigiado “efecto Júpiter”) coincidiría con una invasión rusa a Israel, Robertson escribió: “Todos los informes de inteligencia disponibles, tanto económicos como militares, señalan a 1982 como el momento culminante para ese ataque”. También dijo que “Ezequiel indica una actividad enorme de terremotos e intensas granizadas para Israel cuando suceda la predicha invasión rusa... De acuerdo... a los científicos, en 1982 habrá una alineación de planetas a un mismo lado del sol, que ejercerá una atracción gravitacional tan fuerte sobre la tierra, que causará una desorganización en la atmósfera superior de ésta, cambios radicales en las condiciones del clima (¿piedras de granizo?) y terremotos devastadores”.6***

Desafortunadamente los adventistas no se han librado de tonterías similares, a pesar del testimonio inspirado contra el establecimiento de fechas y la especulación.⁷ A medida que se acerca el tercer milenio, nuestra iglesia se verá inundada —sin duda alguna— de cartas proféticas dramáticas con numerosas reinterpretaciones futurísticas de los 1,260 días, los 2,300 días, los 1,335 días, las siete semanas y todas las demás profecías de Daniel y Apocalipsis. William Johnsson, director de la *Review and Herald*, escribió: “El establecimiento de fechas ha atormentado a los adventistas desde el principio. La proliferación de cálculos a medida que se acerca el año 2000 no es nada nuevo, aunque el número de esquemas y la excitación parecen ser mayores que antes. No obstante, la Iglesia Adventista del Séptimo Día nunca ha apoyado estos esfuerzos en el pasado, ni ahora tampoco le da su visto bueno a ninguno”.

Dentro del adventismo (y de la cristiandad en general) la mayoría de las fechas proféticas establecidas se han basado en los libros de Daniel y Apocalipsis. Como literatura apocalíptica, estos dos libros se prestan para especulaciones proféticas. Leo-

pimíos alados, bestias de diez cuernos, langostas con colas de escorpiones, rollos abiertos, plagas en el tiempo del fin, juicios celestiales, dragones y bestias que surgen del mar, junto con números misteriosos como 144,000 y profecías de tiempo como la de las 2,300 tardes y mañanas, los 1,260 días, las siete semanas y los 1,335 días, las que, en conjunto, hacen más exegéticamente desafiantes la literatura de Daniel y Apocalipsis que, por ejemplo, la de 1 Juan o Filemón.

El libro de Daniel ha sido descifrado más claramente, por más tiempo y con más precisión que Apocalipsis, pero sólo cuando las interpretaciones se refieren al establecimiento de los cuatro grandes reinos del mundo: Babilonia, Medo-Persia, Grecia y Roma. Pero aun estos poderes han sido recientemente sometidos a diversas reinterpretaciones infundadas y ridículas, desde el Ayatollah Khomeini hasta “un gobierno mundial de Satanás”. Si símbolos proféticos que han sido tan positivamente Identificados como estos reinos (después de todo, la Biblia hasta *nombra* a los primeros tres)⁹ han sido adulterados, ¿qué no Ucederá con símbolos más complicados?

Kenneth Strand, especialista en estudios del Nuevo Testamento, dice lo siguiente: “Hasta la más superficial mirada al gran número de comentarios sobre Apocalipsis, revela una serie fenomenal de incomprendiones, malas interpretaciones y conclusiones que no solamente son contradictorias, sino con mucha frecuencia altamente especulativas”.¹⁰

A pesar de sus dificultades, hay un aspecto en el libro de Apocalipsis que es muy claro: el tema central de la figura de Jesucristo. El primer versículo del libro lo dice todo: “La **revelación** de Jesucristo, que Dios le dio, para manifestar a sus «**lervos...**” (Apocalipsis **1:1**). La frase “la revelación de Jesu-
¹¹ lo” se puede interpretar o como (1) la revelación *de* Jesús, " <’) una revelación *acerca* de él. El contexto inmediato del **Versículo** 1 implica la primera, porque Jesús va a “manifestara

sus siervos lo que debe suceder pronto”. El Padre reveló el mensaje a Cristo, quien “lo declaró, enviando su ángel a su siervo Juan”. Las ediciones en las cuales las palabras de Jesús aparecen en rojo (en inglés) muestran que es Cristo quien habla a través de todo el libro. No hay duda de que el Apocalipsis *proviene* de Jesús.

Pero también es una revelación *acerca* de Jesús, y pasar por alto este aspecto es dejar a un lado un aspecto fundamental. Los intérpretes muchas veces se concentran en las bestias, la ramera, los números y el dragón, etc., pero no en el Cordero, la figura dominante del Apocalipsis. Por ejemplo, Martín Lutero escribió: “Mi espíritu no puede reconciliarse con este libro [Apocalipsis]. Hay un motivo suficiente para la poca estimación en la cual lo tengo: que en él no se enseña de Cristo, ni se lo reconoce”. II

¿Que Cristo no es enseñado ni reconocido en el Apocalipsis? El primer versículo del libro empieza mencionando a Jesús, y el último versículo del libro lo nombra, y a través de todo el libro se menciona a Cristo. Se le llama Jesucristo, Jesús y Cristo (Apocalipsis 1:1, 2, 5, 9; 11:15; 14:12; 19:10; 20:4, 6; 22:16, 20,21); testigo fiel (1:5); primogénito de los muertos (1:5); Hijo del hombre (1:13; 14:14); el que vivo (1:18); el que sondea la mente y el corazón (2:23); el León de la tribu de Judá (5:5); el Cordero (5:6, 8, 12, 13; 6:1; 7: 9, 10, 14, 17; 12:11; 13:8; 14:1, 4, 10; 15:3; 17:14; 19:7, 9; 21:9, 14, 22, 23, 27; 22:1, 3); fiel y verdadero (19:11); Verbo de Dios (19:13); Rey de reyes y Señor de señores (19:16); Alfa y Omega (21:6) y la radiante Estrella de la mañana (22:16). Cristo y sus actividades de salvación están entreteljadas, bajo uno u otro símbolo, a través de todo el libro de Apocalipsis. El es el hilo, el motivo, la figura central que unifica el Apocalipsis, no las bestias, las fechas o los números.

Por lo tanto, cualquier intención sistemática de compren-

der el Apocalipsis debe tener a Jesús como eje central, Aquel Inic ia quien apunta el tema del libro. Aunque existen numerosas espec ulaciones en cuanto a la identidad de la bestia de diez cuernos, los 1,260 días, la ramera con la copa de oro en la mano y las langostas con coronas de oro y cabello de mujer, la Identidad de Cristo es cierta: él es más importante que la ramera, el dragón o los números.

Se conoce mucho de Cristo porque el resto de la Biblia también se enfoca en él. Los primeros sesenta y cinco libros de la Biblia nos enseñan lo suficiente acerca de Jesús para ayudarnos a descifrar su papel en el libro sesenta y seis. La comprensión de Cristo y el papel que desempeña en los primeros libros rs lo cñe lo revela a él y el papel que desempeña en el último libro. 'Graeme Goldsworthy escribió lo siguiente: "Las visiones de* Apocalipsis deben leerse a la luz del mensaje unificado de i*»la la Biblia, que alcanza su objetivo en Jesucristo". BComo en un problema complejo de matemáticas, primero hay que lidiar con los elementos conocidos antes de abordar los aspectos más difíciles. Y como Cristo es el elemento conocido en Apocalipsis, cualquier intento de interpretación debe comenzar con

pero antes de empezar a descifrar el papel de Cristo en el Apocalipsis, es necesario explicar unos pocos hechos. En **primer** lugar, la mayoría de los eruditos contemporáneos, junto con los primeros padres de la iglesia, han fechado los escritos di* Apocalipsis en la época del reinado del emperador romano Domiciano, del 81-96 d.C, lo que lo convierte en el último libro niiumico. "El testimonio de los escritores cristianos primitivos pn casi unánime acerca de que el libro de Apocalipsis fue escrito durante el reinado de Domiciano". 14

Segundo, esta fecha, o hasta una que se sugirió anterior-inrnli* bajo la persecución de Nerón (64 a.C.), significa que el libro fue escrito mucho después de la muerte y resurrección de

Cristo, que tuvo lugar en el 31 d. C.¹⁵

Tercero, en el primer versículo de Apocalipsis, Juan dice: "La revelación de Jesucristo, que Dios le dio para manifestar a sus siervos lo que *debe suceder pronto*" (Apocalipsis). Así que, ya sea bajo Nerón o Domiciano, el Apocalipsis fue escrito años después del ministerio terrenal de Cristo. Su exclamación, "¡Consumado está!" (Juan 19:30) resonó décadas antes de que Juan escribiera el Apocalipsis.

De manera que si Juan estaba escribiendo de cosas que "deben suceder pronto", entonces trataba de sucesos que ocurrirían no sólo después de su propio tiempo, sino muy posteriormente a la muerte y resurrección de Cristo. Y si tanto del Apocalipsis se refiere a Jesús y a lo que está haciendo, entonces el libro debe tratar en cuanto a la actividades de Cristo *después de la cruz*.

Como lo demostrarán los siguientes capítulos, el Calvario está representado en Apocalipsis. La muerte de Cristo constituye, sin duda, la base del libro. Todo lo que Jesús ha hecho por nosotros proviene del Calvario; por tanto, ¿cómo es posible que el Apocalipsis trate de Jesús y no de la cruz? "Por cuanto agradó al Padre que en él habitase toda plenitud, y por medio de él reconciliar consigo todas las cosas, así lo que está en la tierra como lo que está en los cielos, haciendo la paz mediante la sangre de su cruz" (Colosenses 1:19,20).

La verdad es que tanto el Antiguo como el Nuevo Testamento enseñan que la obra de Cristo por la humanidad no termina con su muerte. No hay duda de que Cristo terminó la obra que vino a hacer en la tierra como "el Cordero de Dios que quita el pecado del mundo" (Juan 1:29). La víspera de su muerte, él oró: "Yote he glorificado en la tierra. He acabado la obra que me encargaste" (Juan 17:4). Pero la obra terrenal de Jesús, aun la de nuestro Substituto perfecto, no fue su única misión. Su muerte —el rescate por cada alma— (véase Mateo

20:28; Marcos 10:45; 1 Timoteo 2:6), tan completa como lo fue en sí misma, no marcó la fase final del plan de salvación. Jesús empezó a hacer algo nuevo después de su muerte y resurrección.¹⁶

¿Y qué fue esto...?

“Pero Cristo ya vino, y ahora es el Sumo Sacerdote de los bienes definitivos. El Santuario donde él ministra es más grande y más perfecto; y no es hecho por mano de hombre, es decir, no es de este mundo” (Hebreos 9:11).

“Por tanto, siendo que tenemos un gran Sumo Sacerdote, que entró en el cielo, a Jesús, el Hijo de Dios, retengamos la fe que profesamos” (Hebreos 4:14).

“Y perfeccionado, vino a ser una fuente de eterna salvación para todos los que le obedecen. Y fue declarado por Dios Sumo Sacerdote según el orden de Melquisedec” (Hebreos 5: 9, 10).

“Pero como Jesús permanece para siempre, tiene un sacerdocio inmutable. Por eso puede también salvar eternamente a los que por medio de él se acercan a Dios, ya que está siempre vivo para interceder por ellos. Tal Sumo Sacerdote nos convenía: santo, inocente, limpio, apartado de los pecadores, y exaltado por encima de los cielos” (Hebreos 7:24-26).

“Lo principal de lo que venimos diciendo es que tenemos un Sumo Sacerdote, que se sentó a la diestra del trono de la Majestad en el cielo; y es ministro del Santuario, de aquel verdadero Santuario que el Señor levantó, y no el hombre” (Hebreos 8:1,2).

El libro de Hebreos —del Nuevo Testamento— señala a los creyentes el ministerio de Cristo en el santuario celestial. Los Evangelios se enfocan en la obra de Cristo en la tierra, pero el libro de Hebreos —establecido sobre esa obra— dirige a los lectores a la intercesión de Cristo en el cielo como nuestro gran Sumo Sacerdote.¹⁷

Edward Heppenstall escribe lo siguiente: “Jesucristo se

ofreció así mismo a Dios para ser en la cruz un sacrificio por el pecado. Después de su ascensión ministra a la diestra del Padre en el Santuario Celestial como Sumo Sacerdote y Mediador entre Dios y el hombre”.¹⁸

Por lo tanto, si el Apocalipsis no trata solamente el tema de la cruz sino también el de Cristo *después* de la cruz, y si Hebreos muestra a Cristo *después* de la cruz como nuestro Sumo Sacerdote, ¿entonces Apocalipsis debe también referirse a Cristo como Sumo Sacerdote!

Muchos cristianos pierden de vista este punto fundamental. “El Apocalipsis de Juan —escribe Jean-Pierre Prevost— está únicamente dedicado al suceso decisivo de la vida de Jesús, su muerte y su resurrección”.¹⁹

¿Pero qué en cuanto a Cristo como Sumo Sacerdote en el santuario celestial? La vida, la muerte y la resurrección de Cristo no terminaron su obra; al contrario, establecieron la base para su sacerdocio celestial, el punto central no solamente de Hebreos sino del Apocalipsis. La mayoría de los cristianos que estudian Cristología en el Apocalipsis investigan de Cristo como el Cordero en su primera venida y como León en su segunda venida, o ambos; pero pierden de vista su papel decisivo intermedio entre uno y otro.

“Esta relación entre la primera venida y la segunda es lo que proporciona la estructura del pensamiento de Juan en el libro de Apocalipsis —escribe Graeme Goldsworthy—. Es la relación del Cristo sufriente con el Cristo que se manifiesta en gloria. Es la relación del Cordero con el León”.²⁰

¿Pero qué en cuanto a su obra en los casi dos mil años (hasta el presente), intermedia entre el Cordero y el León, desde que Jesús asumió su papel como Sumo Sacerdote en el santuario celestial?

Este es el tema de este libro *Entre el Cordero y el León*: Cristo, el Sumo Sacerdote en el santuario celestial, como lo

representa el Apocalipsis. El Apocalipsis enseña no sólo que Cristo ministra en el santuario celestial, sino también destaca el concepto de dos etapas o dos departamentos de ese ministerio, que por largo tiempo ha sido una enseñanza fundamental y única de la Iglesia Adventista.²¹

Este libro demostrará que el concepto de dos departamentos, fundado sobre la obra de Cristo en la cruz, forma la base del Apocalipsis, y es decisivo para su comprensión. Este libro, *Entre el Cordero y el León*, demuestra que la segunda fase del ministerio celestial de Cristo es la obra del juicio, que tiene su réplica en la ceremonia anual del Día de Expiación del servicio del santuario terrenal, y cómo este juicio está inseparablemente vinculado con el Calvario. Aunque este libro se enfoca en la obra de Jesús en el santuario celestial, revela cómo debemos siempre contemplar esta obra a través de la cruz.

Ninguna otra creencia de los adventistas ha sufrido más ataques —tanto dentro como fuera de la iglesia— como la de las dos fases de la obra de Cristo en el santuario celestial, especialmente el concepto del juicio previo al advenimiento, asociado con la segunda fase.²² Por lo tanto, es decisivo que los adventistas comprendan no solamente las bases de las Escrituras para esta creencia, sino su importancia y centralidad en la cruz.

Por consiguiente, los objetivos principales de este libro son dos: confirmar la base de las Escrituras para estas enseñanzas, y mostrar que el ministerio de Cristo en el santuario celestial, lejos de estar en contradicción con la cruz, es el medio por el cual Cristo lo aplica a nuestras vidas.

Y esto es lo que haré. Por supuesto, a menos que el asteroide gigante me detenga...

1. Fountain Pitls, "Defense of Annageddon",

(Feb.24, 1857), 10,

- v-vii. Citado en Paul Boyer, *When Time Shall Be No More* (Cambridge, Mass.: Harvard University Press, 1992), 85.
2. Hal Lindsey, *The Late Great Planet Earth* (Grand Rapids, Mich.: Zondervan, 1980), 43.
 3. Véase Daniel 9:24-27.
 4. Hal Lindsey, *There 's a New World Coming* (New York: Bantan, 1973), 83.
 5. *Bible Prophecy News* 17:7 (1988), 11. Citado en William Alnor. *Soothsayers of the Second Advent* (Oíd Tappan, N. J.: Fleming H. Revell, 1989), 29.
 6. Pat Robertson, *Pat Robertson 's Perspective* (February/March 1980), 3.
 7. Véase *Evangelismo* 164, 165; *Primeros escritos* 22, 75; *Testimonies for the Church* 1:72, 73, 307; 4:308; 6:440; *Joyas de los testimonios*, 1:506, 507; *Mensajes selectos* 1:220-222; 2:83, 120-130; *Testimonios para los ministros*, 54, 55, 60, 61; *Spiritual Gifts* 2:122, 123.
 8. William Johnsson, "Will Jesús Come in 1994?" Part 3, *Adventist Review* (29 de abril, 1993), 4.
 9. Babilonia (véase Daniel 2:38), Medo-Persia (véase Daniel 8:20) y Grecia (véase Daniel 8:21) se mencionan específicamente por nombre. Sólo el cuarto reino, Roma (dos etapas), no lo es. Para una explicación posible de por qué Roma no fue mencionada, véase "Whatever Happened to Rome?", *Liberty Alert* (agosto-septiembre de 1993), 1.
 10. Kenneth Strand, "Foundation Principles of Interpretación", en *Symposium on Revelation*, tomo 1, Frank Holbrook, ed. (Silver Spring, Md.: General Conference of Seventh-Day Adventists, 1992), 4.
 11. Citado en G. B. Caird, *The Revelation of St. John the Divine* (New York: Harper and Row, 1966), 2.
 12. "En el Apocalipsis todos los libros de la Biblia se encuentran y terminan" (*Los hechos de los apóstoles*, 467).
 13. Graeme Goldsworthy, *The Lion and the Lamb: The Gospel in Revelation* (New York: Thomas Nelson, 1984), 17.
 14. *Comentario bíblico adventista*, 7:738, 739.
 15. "Después de estudiar los materiales cronológicos importantes en algún detalle, estimaría que el año de la crucifixión de Jesús probablemente sería Fijado o bien en el año 30 ó 31 d.C; una fecha anterior o posterior parecería considerablemente menos probable" (William Shea, "The Prophecy of Daniel 9:24-27," en *70 Weeks, Leviticus, Nature of Prophecy*, Frank Holbrook, ed. [Washington, D.C.: Biblical Research Institute, 1986], 103).
 16. Véase Clifford Goldstein, *Desequilibrio fatal* (Miami, Florida: Asociación Publicadora Interamericana, 1994).
 17. "La intercesión de Cristo por el hombre en el santuario celestial es tan esencial para el plan de la salvación como lo fue su muerte en la cruz. Con su muerte dio principio a aquella obra para cuya conclusión ascendió al cielo después de su resurrección" (*El conflicto de los siglos*, 543).
 18. Edward Heppenstall, *Our High Priest* (Washington, D. C.: Review and Herald, 1972), 49.

19. Jean Pierre Prevost, *How to Read the Apocalypse* (New York: Crossroad, 1993), 8.
20. Goldsworthy, 28.
21. “Hay un santuario en el cielo, el verdadero tabernáculo que el Señor erigió y no el hombre. En él Cristo ministra en nuestro favor, para poner a disposición de los creyentes los beneficios de su sacrificio expiatorio ofrecido una vez y para siempre en la cruz. Llegó a ser nuestro gran Sumo Sacerdote y comenzó su ministerio intercesor en ocasión de su ascensión. En 1844, al concluir el período profético de los 2,300 días, entró en el segundo y último aspecto de su ministerio expiatorio. Esta obra es un juicio investigador que forma parte de la eliminación definitiva del pecado” (*Creencias de los adventistas del séptimo día* [Washington, D. C.: General Conference of Seventh-day Adventists, 1988], 360).
22. Para un estudio de la crítica sobre esta enseñanza, véase Arnold V. Wallenkampf, “Challengers to the Doctrine of the Sanctuary,” en *Doctrine of the Sanctuary*, Frank Holbrook, ed. (Silver Spring, Md.: General Conference of Seventh-day Adventists, 1989), 197-216.
23. “El pueblo de Dios debería comprender claramente el asunto del santuario y del juicio investigador. Todos necesitan conocer por sí mismos el ministerio y la obra de su gran Sumo Sacerdote. De otro modo, les será imposible ejercer la fe tan esencial en nuestros tiempos, o desempeñar el puesto al que Dios los llama... El santuario en el cielo es el centro mismo de la obra de Cristo en favor de los hombres. Conciérne a toda alma que vive en la Tierra. Nos revela el plan de la redención, nos conduce hasta el fin mismo del tiempo y anuncia el triunfo final de la lucha entre la justicia y el pecado. Es de la mayor importancia que todos investiguen a fondo estos asuntos, y que estén siempre prontos para dar respuesta a todo aquel que les pidiera razón de la esperanza que hay en ellos” (*El conflicto de los siglos*, 542, 543).
“Como pueblo, debemos ser estudiantes fervorosos de la profecía; no debemos descansar hasta que entendamos claramente el tema del santuario, que ha sido presentado en las visiones de Daniel y de Juan” (*Evangelismo*, 166).

2

El Testigo fiel

Durante la Segunda Guerra Mundial, Eric Erickson se convirtió en un “falso traidor”. Debido a los extensos lazos que lo unían con la industria alemana del petróleo, el comerciante sueco había sido reclutado por los aliados para espiar sobre la maquinaria de guerra de Hitler. Nadie lo sabía en Suecia, excepto su esposa; todo el mundo debía creer que él era nazi. Su vida dependía de esto.

Cierta vez, en un restaurante de Estocolmo, un amigo judío se acercó a la mesa donde estaba Erickson. El falso traidor inmediatamente lo reprendió delante de los otros parroquianos. “Estoy cansado de decirle que deje de molestarme con sus repugnantes proposiciones de negocios judíos —exclamó—. Yo no hago negocios con judíos. Así que váyase de aquí inmediatamente”.

Al día siguiente Erickson recibió una nota de su amigo

donde le decía que no podía creer que Erickson sintiera realmente lo que le había dicho en cuanto a él, que su actitud debía tener un “propósito especial”, y que “si alguna vez pudiera ayudarlo en algo” se lo hiciera saber. Erickson destruyó inmediatamente el papel y siguió espionando.¹

El amigo judío conocía suficientemente a Erickson, su carácter, sus motivos y su corazón, pues a pesar de la escena en el restaurante, él seguía confiando en Erickson.

¿No es esto algo parecido a lo que el Señor quiere de nosotros? ¿No ha revelado nuestro Padre celestial lo suficiente en cuanto a su carácter, sus motivos y su corazón, para que su pueblo lo ame y confíe en él, no importa cuales sean las circunstancias? ¿No ha estado el Señor clamando por el amor de los seres humanos durante miles de años?

Por supuesto que sí. Por eso es que el primero y más importante de los mandamientos es: “Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, con toda tu alma y toda tu mente” (Mateo 22:37).² Pero, ¿cómo amar al Señor sin conocerlo? No es posible, y por eso Jesucristo vino en carne para revelar al Padre, para que pudiéramos conocerlo mejor, y por lo tanto amarlo.³ “El que me ha visto a mí, ha visto al Padre” (Juan 14:9).⁴

Por consiguiente, es a través de Jesús, quien era las palabras de Dios, los pensamientos de Dios y el carácter de Dios contenidos en carne, huesos y sangre, que Dios se ha dado a conocer a nosotros.⁵ Es por medio de Jesús, “la misma imagen” de la persona de su Padre (Hebreos 1:3), que podemos conocer a Dios de la manera que necesitamos conocerlo, con el fin de amarlo de la manera que necesitamos amarlo, y aun conocer la manera en que se nos pide que lo amemos. Y es por medio de Jesús, nuestro sustituto y nuestro garante perfecto, que tenemos vida eterna. “Y ésta es la vida eterna, que te *conozcan* a ti, el único Dios verdadero, y a Jesucristo a quien tú has enviado” (Juan 17:3; la cursiva es nuestra).

Pero ya hace casi dos mil años que Jesús no ha estado entre nosotros en forma física. No podemos mirar sus ojos, como lo hacía María, ni poner nuestros dedos en sus cicatrices, como lo hizo Tomás. Tampoco podemos recostar nuestra cabeza en su regazo, como lo hacía Juan. Pero en lugar de esto, el Padre ha enviado el Espíritu Santo para guiarnos “a toda la verdad” (Juan 16:13). Y mediante la obra del Espíritu en nuestras vidas, Jesús se puede revelar a nosotros mediante la naturaleza, la oración, sus providencias y la Biblia.⁶

De todos estos medios, la Biblia es la que nos proporciona la revelación de Cristo más impresionante, clara e inconfundible. Y el libro de Apocalipsis ofrece una contribución única en su clase de esta manifestación.

En este libro Juan “testifica de todo lo que vio; a saber, de la Palabra de Dios y del testimonio de Jesucristo” (Apocalipsis 1:2). Tanto el verbo *testimoniar* como el nombre *testimonio* derivan de la misma raíz, de donde más tarde se derivó la palabra *mártir*. En griego, la raíz puede significar “testigo” (nombre) o “testificar” (verbo). Por lo tanto, además de “la revelación de Jesucristo” (Apocalipsis 1:1), Juan también da testimonio o testifica de la “palabra de Dios y del testimonio de Jesucristo” (cap. 1:2).

Cuando Juan dice en el libro de Apocalipsis que él está dando testimonio de “la palabra de Dios”, la mayoría de los comentaristas interpretan esa “palabra de Dios” no como Jesús —la Palabra de Dios— que “se hizo carne” (véase Juan 1:1,14),⁷ sino como el mensaje de Dios, como en la frase, “Palabra del Eterno, oh rey”.⁸ De esta manera la “palabra de Dios” es un mensaje específico de Dios, y en Apocalipsis ese mensaje específico es el Evangelio de Jesucristo.

Por ejemplo, Juan dijo que él estaba exiliado en Patmos por “causa de la Palabra de Dios” (Apocalipsis 1:9), esto es, el Evangelio que él predicaba. En el quinto sello Juan vio a los

mártires “que habían sido muertos por la Palabra de Dios” (Apocalipsis 6:9), o sea el mensaje del Evangelio que ellos proclamaban. Juan escribió también en cuanto a “las almas de los decapitados por la Palabra de Dios” (Apocalipsis 20:4); otra referencia al Evangelio, que les causó la condenación del mundo.

El “testimonio de Jesús”, también conocido como “el espíritu de profecía” (Apocalipsis 19:10), es el don profético manifestado a Juan por Jesús, el don que finalmente revela el Evangelio.⁹

Es evidente que los dos primeros versículos del Apocalipsis muestran que el libro es una revelación de las buenas nuevas dadas por el mismo Cristo. No es de extrañar entonces, que la primera descripción de Cristo en Apocalipsis señale el Evangelio: “Y de parte de Jesucristo, el Testigo Fiel, primogénito de los muertos y de los reyes de la tierra. Al que nos ama, y con su sangre nos libró de nuestros pecados” (Apocalipsis 1:5).

Este versículo está lleno de referencias a la vida, la muerte y la resurrección de Cristo. El es el “testigo fiel”, una alusión a su vida terrenal, con la cual él ejemplificó fielmente, hasta la perfección, la verdad en cuanto al carácter de Dios: “Yo, para esto he nacido, para esto he venido al mundo, para dar testimonio de la verdad” (Juan 18:37). Según escribe Philip Edgcumbe Hughes, “Jesús es digno de fe en grado sumo, quien por medio de su misión terrenal nos dio un ejemplo manteniendo, sin fallar, un testimonio fiel frente al antagonismo, el sufrimiento y la muerte”.¹⁰ Jesús también fue el “Testigo Fiel” a medida que forjó la justicia perfecta que lo hizo nuestro Salvador. “Aunque era Hijo, por lo que padeció aprendió la obediencia. Y perfeccionado, vino a ser una fuente de eterna salvación para todos los que le obedecen” (Hebreos 5:8, 9).

La descripción “primogénito de los muertos” (Apocalipsis 1:5) tiene que ver con su resurrección. G. R. Beasley-Murray

escribió que “por medio de su resurrección ha llegado a ser el primogénito de los muertos y ha traído vida a los hijos de Dios”.

Aunque Jesús no fue la primera persona que resucitó de entre los muertos, “puede considerarse como el primero en el sentido de que todos los que resucitaron antes y después de él, fueron liberados de las ataduras de la muerte sólo en virtud del triunfo de Cristo sobre el sepulcro”. Este concepto ha sido unido también al proceso de mecer las gavillas y las ofrendas de primicias de las fiestas de los hebreos. “Cristo resucitó de los muertos, y fue hecho primicia de los que durmieron” (1 Corintios 15:20).B

Y, por supuesto, la frase “con su sangre (Jesús) nos libró de nuestros pecados” (Apocalipsis 1:5), otra versión dice “nos libertó”), señala la muerte de Cristo en la cruz, el fundamento del plan de salvación. Con su muerte Cristo pagó toda la culpa del pecado, para que todos nosotros podamos ser reconciliados con Dios por la sangre de Cristo. “Pero ahora en Cristo Jesús, vosotros que en otro tiempo estabais lejos, habéis sido acerca-dos por la sangre de Cristo” (Efesios 2:13). Mediante su sangre Jesús nos ha librado de la penalidad de nuestros pecados: “En él tenemos redención por su sangre, el perdón de los pecados según la riqueza de su gracia” (Efesios 1:7). Y no solamente somos justificados, perdonados y redimidos por su sangre, sino también limpiados: “Pero si andamos en luz, como él está en luz, tenemos comunión unos con otros, y la sangre de su Hijo Jesús nos limpia de todo pecado” (1 Juan 1:7).

Por eso el Apocalipsis empieza con la vida, la muerte y la resurrección de Jesús, antes de estallar en visiones de bestias, langostas, y guerras. Antes de profundizar en el ministerio celestial de Cristo, profundicemos en su ministerio terrenal, porque solamente después de su obra terrenal podía realizar su obra celestial.

“Porque de cierto, no vino para ayudar a los ángeles, sino a los descendientes de Abrahán. Por eso debía ser en todo semejante a sus hermanos, para venir a ser compasivo y fiel Sumo Sacerdote ante Dios, para expiar los pecados del pueblo. Y como él mismo padeció al ser tentado, es poderoso para socorrer a los que son tentados” (Hebreos 2:16-18).

Apocalipsis 1:5 da énfasis a la misión terrenal de Cristo, y así pone la base para lo que él realiza en el resto del libro, que culmina con su segunda venida y, finalmente, con un cielo nuevo y una tierra nueva (Apocalipsis 21:1).

La frase “con su sangre nos libró de nuestros pecados” también introduce un nuevo elemento —el santuario— al principio del Apocalipsis. Si el perdón de los pecados se separa del santuario, carece de sentido: sería como tratar de calentar algo con hielo. La sangre no limpia, sino que mancha, pero en el servicio del santuario de los israelitas en realidad la sangre limpiaba. Por ejemplo, el Día de Expiación, después del sacrificio del becerro y del macho cabrío, el Sumo Sacerdote tomaba “sangre del becerro” y “del macho cabrío”, y con ella untaba “los cuernos del altar” y la esparcía sobre el altar “siete veces”, y *lo purificaba* y lo santificaba “de las impurezas de los israelitas” (Levítico 16:18, 19; la cursiva es nuestra).⁴

Cuando Juan el Bautista vio a Jesús, no exclamó, “he aquí el jabalí de Dios que quita el pecado del mundo”. ¿Por qué? Porque no habría tenido sentido. Nada acerca de un jabalí le daría un significado especial al que escuchara las palabras de Juan. Pero cuando él exclamó “¡Este es el *Cordero* de Dios, que quita el pecado del mundo!” (Juan 1:29), la imagen evocó inmediatamente el servicio del templo, el único contexto que hace comprensible las palabras de Juan.

En la historia de Abrahán e Isaac en el monte Moría, leemos que Abrahán dijo a su hijo: “Dios se proveerá de cordero para el holocausto” (Génesis 22:8), una frase que los cristianos

han interpretado como un oráculo profético de la muerte de Cristo.¹⁵ Aunque en los días de Abrahán aún no se había iniciado el servicio completo del santuario, éste estaba prefigurado en el sistema de sacrificio que practicaban los patriarcas, como un tipo o símbolo del sacrificio de Cristo.

En Isaías 53 el profeta escribe que el Señor haría a su Siervo doliente (Jesús) un “sacrificio por el pecado” (versículo 10). Esta frase está implícita en una palabra hebrea que significa “ofender” o “ser culpable”. En su forma nominal, como aparece en Isaías 53:10, ha sido traducida como “expiación por el pecado” u “ofrenda de culpa”; y ambas eran parte del servicio del santuario.

En la profecía mesiánica de Daniel 9:24-27, Gabriel dice que la muerte de Cristo haría “cesar el sacrificio y la ofrenda” (versículo 27).¹⁶ “Una vez que Jesús murió —escribe William Shea—, el significado se apartó de esos sacrificios porque Cristo, el gran Antitipo, cumplió su significado fundamental con su muerte en la cruz (Mateo 27:50-51; Lucas 23:45-46)”.¹⁷ Lo que aquí se quiere enfatizar es que la muerte de Cristo está descrita en el contexto del servicio del santuario explicado en Hebreos.

Por eso los escritores del Nuevo Testamento derivaron su teología de la vida y la muerte de Cristo de los tipos y símbolos del santuario.¹⁸ Cuando Pedro escribió que los creyentes no son redimidos mediante cosas corruptibles “sino con la sangre preciosa de Cristo, como de un cordero sin mancha ni defecto” (1 Pedro 1:19), la imagen se deriva del servicio del santuario del Antiguo Testamento, en el cual los animales que se sacrificaban no podían tener defecto físico alguno.¹⁹

En el preciso momento en que Cristo murió, se escapó el cordero pascual que iba a ser sacrificado, y el velo que separaba el Lugar Santo del Santísimo en el santuario terrenal se rasgó de arriba a abajo. Ambas, la escapada del cordero y la rasgadura

del velo, demuestran cuán ligada estaba la muerte de Cristo al servicio del santuario. No es de extrañar, entonces, que Pablo escribiera que “nuestra pascua, que es Cristo, fue sacrificada por nosotros” (1 Corintios 5:7).

El concepto de la sangre expiatoria de Cristo deriva su significado únicamente del servicio del santuario: “Porque la vida de la criatura está en la sangre, y yo os la he dado para expiar vuestras personas sobre el altar. *Por eso la misma sangre expiará a la* *ϋ* (Levítico 17:11; la cursiva es nuestra)

La sangre de Cristo se describe repetidamente en el Nuevo Testamento como el elemento vital de la salvación. De ahí que las expresiones: “el ganó con su propia sangre” (Hechos 20:28), “redención por su sangre” (Efesios 1:7), “paz mediante la sangre de su cruz” (Colosenses 1:20), “santificar al pueblo mediante su propia sangre” (Hebreos 13:12), “rociados con la sangre de Jesucristo” (1 Pedro 1:2), “hemos sido justificados por su sangre” (Romanos 5:9), deben entenderse a la luz del servicio del santuario.

El libro de Hebreos demuestra quizás más que ningún otro libro del Nuevo Testamento, cuán inseparable es la cruz del santuario. El santuario levítico forma el contexto sobre el cual se basa el libro. El Dr. Alberto R. Treiyer escribe que “aun la lectura casual de Hebreos indica que su autor apostólico está comparando y contrastando el sistema levítico (primer pacto, santuario terrenal, sacrificios de animales, sacerdocio humano) con un nuevo sistema de culto inaugurado por Cristo (nuevo pacto, santuario celestial, la propia muerte expiatoria y el sacerdocio de Cristo)”.²¹

Por ejemplo, Hebreos trata a menudo el asunto de la purificación y la limpieza del pecado en el contexto de la sangre, lo que a su vez sólo tiene sentido en el contexto del santuario. William Johnsson escribe que “el argumento teológico de Hebreos se centraliza en los cultos (del servicio del santuario). Y

los cultos —como los establecidos en Hebreos— giran alrededor del problema de la contaminación y la purificación”.²²

Cuando el libro a los Hebreos se refiere a Jesús como “el Sumo Sacerdote”²³, automáticamente evoca el santuario hebreo. La declaración de que “Cristo entró en ese Santuario una vez para siempre, no con sangre de machos cabríos ni de becerros, sino con su propia sangre, y consiguió la eterna redención” (Hebreos 9:12), sólo se puede entender en relación con el santuario. Cuando Hebreos 7:27 dice que “no tiene necesidad cada día, como los otros sumos sacerdotes, de ofrecer primero sacrificios por sus propios pecados, y luego por los del pueblo. Esto lo hizo una sola vez para siempre, cuando se ofreció a sí mismo”, la Biblia une el sacrificio de Cristo al ritual del santuario levítico en forma irrefutable.

El asunto es sencillo: La cruz y lo que Jesús hizo por nosotros no se pueden separar del servicio del santuario. El simbolismo que rodea la cruz deriva su significado sólo del santuario. Substitución, sangre expiatoria, limpieza, justificación, santificación, y redención —elementos fundamentales de lo que realizó la cruz— están inseparablemente ligados a la economía judía. Separar la cruz de esto es apartarla de la base que le da significado.

De manera que cuando en Apocalipsis se mencionan el “Cordero” (6:16), o el “Cordero que fue muerto” (5:12) o “la sangre del Cordero” (7:14), todo se refiere a la cruz: son todas imágenes del santuario. Por sí mismo un cordero no significa nada, y mucho menos si está muerto y ensangrentado. Este símbolo, como el de la cruz, adquieren significado sólo a través del santuario.

A pesar del fuerte énfasis en relación con la primera venida de Cristo y las implicaciones del santuario que su primera venida evoca automáticamente, Apocalipsis también menciona al principio su segundo advenimiento. En un versículo, después

de la imagen abarcante en relación con la primera venida, Apocalipsis describe gráficamente el segundo advenimiento. “Mirad que viene con las nubes; y todo ojo lo verá, aun los que lo traspasaron. Y todos los linajes de la tierra se lamentarán por él. ¡Así sea! ¡Amén!” (1:7).

Estos dos acontecimientos —su primera y su segunda venida— están íntimamente ligados debido a que Jesús podrá hacer lo que hará en su segunda venida sólo en virtud de lo que realizó en la primera. Todo el propósito de la primera venida fue preparar el camino para su segunda venida. La primera venida no significa nada sin la esperanza y la promesa de la segunda. ¿Qué hubiera logrado la vida terrenal de Cristo y su muerte por la humanidad si esto no culminara al fin, cuando regrese a la tierra, para llevar al pueblo redimido al cielo? La segunda venida es la culminación de la primera.

“La primera venida de Cristo, el evento evangélico, establece la importancia de su segunda venida. Una de las principales causas por la cual no se entiende bien el libro de Apocalipsis, es quizás porque no se capta la relación que hay entre la primera y la segunda venida de Cristo”.²⁴

Aunque el Apocalipsis prorrumpe al final en ilustraciones gráficas de la segunda venida, Juan no espera hasta esta parte del libro para hablar de ella. Aun antes de su primera visión, Juan describe la segunda venida, ¿por qué?

Juan vivió en una época de sentimientos anticristianos. El sabía que la iglesia iba a enfrentar tiempos muy difíciles. Aunque el Apocalipsis fue escrito para consolar y enseñar a la iglesia en todas las edades, era especialmente importante para la iglesia del primer siglo, ya que iba a sufrir una increíble persecución. Quizás por este peligro Juan escribió primero en cuanto a la segunda venida para dar esperanza a la iglesia, antes de describir a los mártires y a los que serían decapitados, exiliados y perseguidos por “la palabra de Dios”.

“El objetivo de Apocalipsis —escribe R. H. Charles— era animar a los fieles para resistir hasta la muerte las exigencias blasfemas del estado, y proclamar la victoria futura de la causa de Dios y de su Cristo”.²⁶ Juan quería animar a la iglesia con la promesa de que a pesar de los sufrimientos, al final Cristo regresaría y la verdad reinaría triunfante, y él no quería esperar hasta el final del libro para decirlo.

Por eso es que la primera y la segunda venida de Cristo están representadas en los primeros siete versículos de Apocalipsis. El es ciertamente el Cordero que fue inmolado y el León de la tribu de Judá que regresará en gloria.

Pero, ¿cuál es su papel en este intermedio?

1. Alexander Kline, *The Conterfeit Traitor* (New York: Henry Holt and Company, 1958), 20.
2. Véase Deuteronomio 6:6; 11:1,3; 13:3; 19:9; 30:6, 16, 20; Josué 22:5).
3. “Todo lo que el hombre necesita saber o puede saber de Dios ha sido revelado en la vida y el carácter de su Hijo... Tomando sobre sí la humanidad, Cristo llegó a ser uno con la humanidad para al mismo tiempo revelar a nuestro Padre celestial a seres humanos pecaminosos” (*Testimonies for the Church*, 8:286).
“Al venir a morar con nosotros, Jesús iba a revelar a Dios tanto a los hombres como a los ángeles. El era la Palabra de Dios: el pensamiento de Dios hecho audible” (*El Deseado de todas las gentes*, 11).
4. “Por tanto, el Señor mismo os dará una señal: La virgen concebirá, y dará a luz un hijo, y se llamará Emanuel” (Isaías 7:14). Emanuel significa “Dios con nosotros”.
“En el principio ya existía el Verbo, y el Verbo estaba con Dios, y el Verbo era Dios... Y el Verbo se hizo carne, y habitó entre nosotros” (Juan 1:1, 14).
5. “Haya en vosotros el mismo sentir que hubo en Cristo Jesús. Quien, aunque era de condición divina, no quiso aferrarse a su igualdad con Dios, sino que se despojó de sí mismo, tomó la condición de siervo, y se hizo semejante a los hombres. Y al tomar la condición de hombre, se humilló a sí mismo, y se hizo obediente hasta la muerte, y muerte de cruz” (Filipenses 2:5-8).
6. “Dios unió consigo nuestros corazones mediante innumerables pruebas de amor en los cielos y en la tierra. Valiéndose de las cosas de la naturaleza y los más profundos y tiernos lazos que el corazón humano pueda conocer en la tierra, procuró revelársenos. Con todo, estas cosas sólo representan imperfectamente su amor” (*El camino a Cristo*, 10).
7. Una destacada excepción es la de J. Massyngberde Ford, que la tradujo: “la Palabra

- de Dios”, y escribió que “Juan da testimonio del *Logos*” (J. Massynberde Ford, *Revelation, The Anchor Bible* [New York:Doubleday, 1975], 373, 374).
8. Jeremías 22:2. La frase Palabra del Eterno” se usa docenas y docenas de veces, posiblemente cientos de veces en el Antiguo Testamento, particularmente en los mensajes de Jeremías y Ezequiel.
 9. “Juan se refiere a ‘la revelación de Jesucristo, que Dios le dio’ (vers. 1). ‘La palabra de Dios’, ‘el testimonio de Jesús’, y ‘todas las cosas que ha visto’, se refieren a lo mismo: a ‘la revelación’ del vers. 1.” *Comentario bíblico adventista 7:747*. Véase también Gerhard Pfandl, *The Remnant Church and the Spirit of Prophecy*”, en *Syniposium; on Revelation*, tomo 2, Frank Holbrook, ed. [Silver Spring, Md.: General Conference of Seventh-day Adventists, 1992], 295-334.
 10. Philip Edgcumbe Hughes, *The Book of Revelation*, (Grand Rapids, Mich.: William B. Eerdmans, 1990), 18.
 11. G. R. Beasley-Murray, *Revelation* (Grand Rapids, Mich.: William B. Eerdmans 1983), 56.
 12. *Comentario bíblico adventista 7:749*.
 13. “La palabra ‘primogénito’ puede ser una referencia al hecho sencillo de que Jesús fue el primero en levantarse de los muertos, y como tal, es las primicias de la resurrección (1 Corintios 15:20)” (George Eldon Ladd, *A Commentary on Revelation* [Grand Rapids, Mich.: William B. Eerdmans, 1972], 25).
 “Cristo fue la primicia de los que durmieron. Esta misma escena, la resurrección de Cristo de los muertos, era observada en tipo por los judíos en una de sus sagradas fiestas... Ellos iban al Templo después de haber cosechado los primeros frutos, y celebraban una Fiesta de agradecimiento. Los primeros frutos de la cosecha eran dedicados sagradamente al Señor. Esa cosecha no debía usarse para beneficio del hombre. La primicia de los frutos era dedicada como una ofrenda de agradecimiento a Dios. Así se lo reconocía como el Señor de la cosecha. Cuando las primeras espigas de trigo maduraban en el campo, eran cosechadas cuidadosamente, y cuando el pueblo iba a Jerusalén eran presentadas ante el Señor moviéndolas ante él como una ofrenda de gracias. Después de esta ceremonia se podía cortar el trigo con la hoz y juntarlo en gavillas” (*Manuscrito 115*, 1897).
 14. Para más información, véase Angel Rodríguez, “Transfer of Sin in Leviticus”; Alberto R. Treiyer, *The Day of Atonement As Related to the Contamination and Purification of the Sanctuary*”, en *70 Weeks, Leviticus, Nature of Prophecy*, Frank Holbrook, ed. (Washington, D.C: Biblical Research Institute, 1986), 169-197* 198-258.
 15. Fue para grabar en la mente de Abrahán la realidad del Evangelio, así como para probar su fe, por lo que Dios le mandó sacrificar a su hijo. La agonía que sufrió durante los aciagos días de aquella terrible prueba, fue permitida para que comprendiera por su propia experiencia algo de la grandeza del sacrificio hecho por el Dios infinito en favor de la redención del hombre. Ninguna otra prueba podría haber causado a Abrahán tanta angustia como la que le causó el ofrecer a su hijo. “Dios dió a su Hijo para que muriera en la agonía y la vergüenza. A los ángeles que presenciaron la humillación y la angustia del Hijo de Dios, no se les permitió

intervenir como en el caso de Isaac. No hubo voz que clamara: ‘¡Basta!’ El Rey de la gloria dio su vida para salvar a la raza caída. ¿Qué mayor prueba se puede dar del infinito amor y de la compasión de Dios?” (*Patriarcas y profetas*, 150).

16. “La palabra hebrea para sacrificio, *zebali*, se refiere a sacrificios de animales en general. La palabra hebrea para ofrenda, *minhah*, se usa comúnmente en Exodo para referirse a la ofrenda de cereales. Aquí probablemente se refiere a sacrificios que no son de animales, como clase. Estas dos palabras juntas abarcan todos los sacrificios, ya sean de animales o no, el sistema de sacrificios como un todo” (William Shea, “The Prophecy of Daniel 9:24-27”, en *70 Semanas, Leviticus, Nature of Prophecy*. Frank Holbrook. ed. [Washington, D. C.: Biblical Research Institute of the General Conference of Seventh-day Adventists, 1986] 96).
17. *Ibíd.*
18. Véase Angel Rodríguez, “Salvation by Sacrificial Substitution” *Journal of the Adventist Theological Society* (1992), 49-77).
19. Véase Levítico 1:3 10; 3:1; 4:3, 22, 28; 5:15, 18; 6:6; 9:2; 14:10; Ezequiel 43:22, 23, 25, son solamente algunos ejemplos.
20. Mateo 27:51; Marcos 15:38; Lucas 23:45. Véase también *El Deseado de todas las gentes*, 704, 705.
21. Alberto R. Treiyer, “Antithetical or Correspondence Typology”, in *Issues in the Book of Hebrews*, Frank Holbrook, ed. (Silver Spring, Md.: Biblical Research Institute, 1989), 187.
Una mirada casual a la literatura no adventista sobre Hebreos muestra que ésta también vincula el libro al antiguo sistema hebreo.
“Habiendo establecido la superioridad del sumo sacerdocio de Cristo, nuestro autor procede ahora a relacionar ese sumo sacerdocio superior a los temas del pacto, el santuario y el sacrificio, con el cual el sacerdocio aarónico estaba estrechamente ligado” (F. F. Bruce, *The Epistle to the Hebrews* [Grand Rapids, Mich.: William B. Eerdmans, 1964], 163).
“Primero está el asunto de si Hebreos suponía que el servicio del templo era o no operante. ¿Por qué siempre son bíblicas las referencias al sacrificio, citando o aludiendo a Exodo y Levítico al referirse a tiendas (carpas), sin referirse nunca a la existencia del templo?” (Bamabas Lindars, *The Theology of the Letter to the Hebrews* [New York: Cambridge University Press, 1991], 19).
“La importancia del sacerdocio, el templo, y el para ellos conjunto de tesoros de méritos en relación con la doctrina judía de la expiación, proporciona las bases para la Cristología del autor y la comprensión del papel de Jesús. Los judíos y los cristianos del Nuevo Testamento pensaban en el cielo en términos de los alrededores del templo” (George Wesley Buchanan, *To the Hebrews*, Anchor Bible Series, tomo 36 [Garden City, N. Y.: Doubleday & Company, 1972], 83).
22. William Johnsson, “Defilement/Purification in Hebrews”, *ibíd.*, 82).
23. Hebreos 3:1; 4:14, 15; 5:10; 6:20; 7:26; 9:11.
24. Goldsworthy, 28.
25. “Fue en esa hora crítica de la historia de la iglesia cuando Juan fue sentenciado al destierro. Nunca antes había necesitado la iglesia su voz como ahora. Casi todos

sus anteriores asociados en el ministerio habían sufrido el martirio. El remanente de los creyentes sufría una terrible oposición. Según todas las apariencias, no estaba distante el día cuando los enemigos de la iglesia de Cristo triunfarían” (*Los hechos de los apóstoles*, 464).

26. **R. H. Charles**, *Revelation: The International Critical Commentary* (Edinburgh: **T & T Clark**, 1985), xxii.

3

El Hijo del hombre

Aunque el libro de Apocalipsis es principalmente un libro de visiones, empieza con el relato de Juan contando quién es él, donde está, por qué está allí, qué le está pasando y qué está haciendo. No es sino hasta el versículo 12 del capítulo 1 que se registra una visión:

“Me volví para ver quién hablaba conmigo. Y al volverme, vi siete candelabros de oro, y entre los siete candelabros vi a uno semejante al Hijo del Hombre, vestido de una ropa que llegaba hasta los pies. Tenía el pecho ceñido con una cinta de oro. Su cabeza y sus cabellos eran blancos como blanca lana, como nieve. Sus ojos eran como llama de fuego” (versículos 12-14).

Por lo tanto, lo primero que Juan registra que vio en la visión son “los siete candelabros de oro” o el portalámparas con siete lámparas. Esta imagen se relaciona directamente con el

santuario, específicamente con el candelabro de siete brazos (la *menorah*) que se encontraba en el primer departamento, tanto del tabernáculo del desierto como del templo en Jerusalén.² Mucho se ha escrito en cuanto a la *menorah* y, de acuerdo con Carol Meyers, “esta abundancia de información confirma claramente la posición de la *menorah* entre los principales accesorios del tabernáculo y como una parte integral de su ritual”.³

Los eruditos han vinculado la imagen de la visión de Juan con la visión de Zacarías 4:2, en la cual un ángel señala al profeta una visión del candelabro (*menorah*), así como la atención de Juan en Patmos es dirigida al candelabro de siete brazos. El contexto de la visión de Zacarías tiene que ver con el templo y su reconstrucción bajo la dirección de Zorobabel. “En lo que respecta a que las visiones de Zacarías se relacionan con el templo de Jerusalén, la aparición del candelabro de oro o la *menorah*, implica, sin lugar a dudas, que es un accesorio de importancia del templo”.⁴ Por eso el vínculo común entre Apocalipsis 1:12 y Zacarías 4:2 refuerza el antecedente del santuario y del candelabro de Apocalipsis.

El pensamiento judío ha especulado mucho en cuanto a la *menorah*, especialmente porque el Antiguo Testamento describe solamente cómo debía fabricarse y dónde debía colocarse en el santuario, sin decir nunca qué representaba. El historiador Josefo la vincula con los siete planetas conocidos.⁵ Otras fuentes judías han vinculado la *menorah* con los siete días de la creación. Los cristianos han visto las lámparas como un símbolo de Jesús. Pero en Apocalipsis el ángel le dice a Juan que “los siete candelabros son las siete iglesias” (Apocalipsis 1:20), que han de recibir mensajes específicos del Señor.

Por lo tanto, lo que Juan vio, “no debe considerarse como el equivalente celestial del candelabro de siete brazos del antiguo santuario terrenal”,⁸ sino sencillamente un símbolo de las iglesias de Dios en la tierra. Pero lo que llama la atención es

que el Señor usó la imagen o figura del santuario para representar las iglesias. Los escritores del Nuevo Testamento usan con mucha frecuencia el templo (o santuario) como símbolo de la iglesia (véanse Efesios 2:21; 1 Pedro 2:4,5; y 1 Corintios 3:16,17).⁹ Por eso es que la primera visión en Apocalipsis empieza con una referencia al servicio del santuario.

También le fue mostrado a Juan “uno semejante al Hijo del Hombre” (Apocalipsis 1:13), caminando entre las lámparas. Este “Hijo del Hombre” es Jesús, como lo explican especialmente los versículos 11 y 18.¹⁰ En el Nuevo Testamento se llama a Jesús “el Hijo del Hombre” más de ochenta veces; sin embargo, en Apocalipsis 1:13 no aparece el artículo definido en el texto griego, por lo tanto se lee literalmente: “uno como un Hijo de Hombre”. Esta frase sin el artículo fue usada por Jesús en otras dos ocasiones.¹¹ Pero con el artículo o sin él, el título señala a Cristo muchas veces, haciendo énfasis en su naturaleza humana.¹²

La frase “semejante al Hijo del Hombre” (Apocalipsis 1:13) es una traducción exacta del arameo de Daniel 7:13, una descripción del juicio previo al advenimiento, un tribunal celestial en el cual “con las nubes del cielo venía como *un de hombre*. Llegó hasta el Anciano de días y fue llevado ante él” (Daniel 7:13, el énfasis es nuestro). El vínculo con Apocalipsis 1:13 es obvio. “De acuerdo a la promesa contenida en la visión de Daniel —escribe Robert Wall—, el que es ‘semejante al Hijo del Hombre’ vendrá en las nubes para recibir ‘poder nuberano’ de parte de Dios, como el representante autorizado del pueblo de Dios (Daniel 7:27). Juan encuentra el cumplimiento de la promesa de Daniel en Cristo Jesús, quien, como Dios exaltado, está entre las lámparas del candelabro, símbolos del ‘verdadero’ Israel de Dios, como exaltado Señor”.

Mientras tanto, la escena del juicio de Daniel 7:13, tiene vínculos estrechos con el santuario celestial, aunque esta

primera visión de Apocalipsis no describe el juicio. En vez de esto, simplemente toma prestado el lenguaje del Antiguo Testamento, como Juan lo hace profusamente en todo el Apocalipsis.¹⁷

El “Hijo del Hombre” de Apocalipsis 1:13, está “vestido de una ropa que llegaba hasta los pies... (y) el pecho ceñido con una cinta de oro”, vestidura usada por el Sumo Sacerdote en el servicio del santuario terrenal. “La vestidura —escribe G. B. Caird— son las vestiduras del Sumo Sacerdote”.¹⁸ “La vestidura usada por el que es ‘semejante al Hijo del Hombre’, recuerda la vestidura del Sumo Sacerdote del culto hebreo”.¹⁹ Muchos comentaristas vinculan esta vestidura a la que usaba el Sumo Sacerdote del servicio del santuario terrenal, especialmente porque en la Septuaginta (la antigua traducción griega de la Biblia hebrea), la misma palabra griega que se usa en Apocalipsis para “vestido... hasta los pies” se usa para la vestidura del sacerdote en Exodo.²⁰ La vestidura usada por el Sumo Sacerdote también vincula esta escena al ministerio sumosacerdotal de Cristo. “El pectoral —escribe Robert Mounce— denota la dignidad de un cargo importante, y sugiere que también esta parte de la descripción tiene la intención de establecer la función sumosacerdotal de Cristo”.²¹

Por consiguiente, la primera visión de Apocalipsis no solo se relaciona con el santuario, sino que vincula a Jesús con su papel de Sumo Sacerdote. No se *muestra* primero a Jesús como el Cordero que murió por los pecados del mundo, ni como el León que regresa con una espada aguda para “herir con ella a las naciones” (Apocalipsis 19:15), sino que la primera vez que Jesús *aparece* en Apocalipsis, en visión, se muestra como Sumo Sacerdote. Esto tiene perfecto sentido, porque el libro de Hebreos dice claramente que Jesús empezó a desempeñar su función como nuestro Sumo Sacerdote en el cielo después de su muerte. “Por tanto, siendo que tenemos un gran Sumo

Sacerdote, que entró en el cielo, a Jesús, el Hijo de Dios, retengamos la fe que profesamos” (Hebreos 4:14). El libro de Hebreos describe a Jesús como Sumo Sacerdote, y el libro de Apocalipsis también lo *presenta* en este papel.

Sólo en virtud de lo que Cristo hizo como el Cordero, puede ejercer como Sumo Sacerdote. “Tal Sumo Sacerdote nos convenía: santo, inocente, limpio, apartado de los pecadores, y exaltado por encima de los cielos; que no tiene necesidad cada día, como los otros sumos sacerdotes, de ofrecer primero sacrificios por sus propios pecados, y luego por los del pueblo. Esto lo hizo una sola vez para siempre, cuando se ofreció a sí mismo” (Hebreos 7:26,27). Ambos papeles son inseparables, lo que probablemente explique por qué Juan ve a Jesús como Sumo Sacerdote, pero inmediatamente *escucha* a Jesús hacer referencia a su papel como Cordero. “¡No temas! —le dijo Jesús a Juan cuando lo vio caer a sus pies—, Yo Soy el Primero y el Ultimo. Y Soy el que vivo. Estuve muerto, pero *ahora* vivo por los siglos de los siglos. Y tengo las llaves de la muerte y del sepulcro” (Apocalipsis 1:17, 18).

Cuando Jesús se llama a sí mismo “el Primero y el Ultimo”, usa directamente una frase de Isaías 44:6. “Así dice el Señor, el Rey de Israel, su Redentor, el Eterno Todopoderoso: ‘Yo soy el primero y el último, y fuera de mí no hay Dios’” (Isaías 44:6). Por eso Jesús proclama claramente su propia divinidad, y cuando él dice “yo soy el que vivo”, usa otra frase que se refiere a la divinidad. Josué dijo: “En esto conoceréis que el Dios *viviente* está en medio de vosotros” (Josué 3:10, la cursiva es nuestra).

Estas referencias a la soberanía de Cristo como Dios, se ponen inmediatamente junto a sus palabras “estuve muerto”, o más literalmente, “llegué a estar muerto”, una referencia a la muerte de Cristo en la cruz como “el Cordero de Dios”. Esta es tu esencia de las buenas nuevas, la verdad casi incomprensible

de que Aquel por el cual “fueron creadas todas las cosas, las que están en los cielos y las que están en la tierra, visibles e invisibles (Colosenses 1:16), el Dios Vivo, murió como sustituto por la humanidad. “Pero Dios demuestra su amor hacia nosotros, en que siendo aún pecadores, Cristo murió por nosotros” (Romanos 5:8). Parece que Jesús a propósito pone énfasis en su divinidad, para contrastarla inmediatamente con la cruz. El fue el “Primero y el Ultimo”, “el Dios viviente”, ¡y sin embargo murió la muerte del pecador a favor de la humanidad! ¡Esta es la verdad más maravillosa del universo!

Cristo dice entonces: “Y Soy el que vivo... por los siglos de los siglos” (Apocalipsis 1:18), una evidente referencia a su resurrección. Aunque él murió, ahora está vivo y obrando a favor de su pueblo. Este nunca tendrá que temer que él se separará de ellos otra vez, pues él vive “por los siglos de los siglos”.

También en virtud de su muerte y resurrección, Jesús aseguró a las iglesias que ahora él tiene “las llaves de la muerte y del sepulcro”. Gracias a la victoria de Cristo en la cruz, y luego a su victoria sobre la tumba, su pueblo ya no tiene que temer a la muerte. “Por lo tanto, la muerte y la tumba ya no aterrorizan al pueblo de Cristo —escribe Beasley-Murray—, ni necesitan temer a los que tienen poder de infligir la muerte y enviarlos a la tumba, lo que es un recordatorio importante en el contexto del libro”.²²

Así como la muerte no pudo retener a Cristo tampoco podrá tener cautivo a su pueblo; pero es sólo debido a lo que él ha hecho por ellos. “Así, por cuanto los hijos participan de carne y sangre, él también participó de lo mismo, para destruir por la muerte al que tenía el imperio de la muerte, a saber, al diablo” (Hebreos 2:14). “Y cuando esto corruptible sea vestido de incorrupción, y esto mortal sea vestido de inmortalidad, entonces se cumplirá la palabra escrita: *Sorbida es la muerte con*

victoria’. ¿Dónde está, oh muerte, tu aguijón? ¿Dónde, oh sepulcro, tu victoria?” (1 Corintios 15:54, 55, la cursiva es nuestra).

Por lo tanto, la primera visión de Apocalipsis pone un fuerte énfasis en la muerte y resurrección de Cristo, pero de manera inconfundible coloca a Jesús en su papel como Sumo Sacerdote. Aquí se encuentran los dos aspectos de su obra, los cuales están inseparablemente vinculados al santuario.

Pero a pesar del tema del santuario y de la evidente representación de Cristo como Sumo Sacerdote, el capítulo 1 de Apocalipsis no está enfocado en el cielo, ni se trata propiamente de una escena del santuario celestial; pero sí se ve a Jesús en su papel de Sumo Sacerdote, con el énfasis en su relación con la iglesia en la tierra, simbolizada por los siete candelabros, entre los cuales él está caminando. Esta visión muestra que aunque Jesús ascendió al cielo como nuestro Sumo Sacerdote, está estrechamente vinculado con su iglesia en la tierra. “Y yo estoy con vosotros todos los días, hasta el fin del mundo (Mateo 28:20). “No te dejaré ni te desampararé” (Hebreos 13:5). “Porque donde están dos o tres reunidos en mi Nombre, allí estoy yo en medio de ellos” (Mateo 18:20). Esta primera visión del libro de Apocalipsis muestra a Jesús en medio de las iglesias, caminando entre su pueblo.

En el resto de la visión Juan comunica mensajes de Cristo a las iglesias, que están enfrentando problemas, desafíos y tentaciones. Cristo, como Sumo Sacerdote que camina entre los candelabros, simboliza su proximidad y el cuidado que ejerce por su pueblo durante estas luchas,²³ y el conocimiento de la continua presencia de Cristo animaría a los fieles. Como Sumo Sacerdote en el santuario celestial, Cristo puede ayudar ¡a su iglesia. “Por eso, debía ser en todo semejante a sus hermanos, para venir a ser compasivo y fiel Sumo Sacerdote ante Dios, para expiar los pecados del pueblo. Y como él mismo

padeció al ser tentado, es poderoso para socorrer a los que son tentados” (Hebreos 2:17, 18).

Esta primera visión insinúa lo que definitivamente llega a ser más claro más adelante en Apocalipsis: que la relación entre el cielo y la tierra es estrecha y tiene una causa. El Apocalipsis muestra no sólo una doble realidad: —el cielo y la tierra—, sino que ambos están estrechamente relacionados. Este es el tema que continúa en todo el libro de Apocalipsis hasta el final del libro, donde dice que Cristo “habitará” (Apocalipsis 21:3) con su pueblo en un cielo nuevo y una tierra nueva.

1. La palabra *menorah* se deriva de la palabra hebrea *nyry* que probablemente significa “arder” o “llamear”. También se relaciona con *nary* una palabra hebrea común que significa “lámpara”.
2. Muchos eruditos han visto la conexión. Véase Charles, 25; Ford, 382; Ladd, 32. Elisabeth Schussler Fiorenza, *Revelation: Vision of a Just World* (Minneapolis: Fortress Press, 1991), 52. “Los siete candelabros recuerdan los diez candelabros colocados en el lugar santo del templo de Salomón (1 Reyes 7:48, 49)”. Jonathan Paulien, *Intertextuality, The Hebrew Cultus, and the Plot of Apocalypse*, documento leído ante la Crítica Literaria y Consulta sobre el Apocalipsis, de la Sociedad de Literatura Bíblica, New Orleans, 18 de noviembre de 1990, 4.
3. Carol Meyers, *The Tabernacle Menorah* (Missoula, Mont.: Scholars Press, 1976), 17.
4. Carol Meyers y Eric Meyers, *Haggai, Zechariah 1-8*, Anchor Bible (Garden City, N. Y.: Doubleday and Company, 1984), 1987.
5. Josephus, *Antiquities* iii. 6.7. Citado en Charles, 12.
6. “La menorah representaba simbólicamente la creación del universo en siete días, y el sábado era representado por la luz central. Los siete brazos son los siete continentes de la tierra y los siete cielos, guiados por la luz de Dios” (*The Jewish Encyclopedia*, s.v. “menorah”).
7. “Buscamos ventanas en vano, sólo para encontrar que los rayos del sol nunca caen sobre la mesa sagrada ni la luz de la luna sobre el altar de oro. Sólo las siete llamas de los candelabros persiguen la oscuridad de la cámara... La lámpara de la vida es Cristo, la única completa y eterna luz del hombre” (Leslie Hardinge, *With Jesús in His Sanctuary* [Harrisburg, Pa.: American Cassette Ministrial, 1991] 147).
8. *Comentario bíblico adventista*, 7:755.
9. Véase R. J. Mckelvey, *The New Temple: The Church in the new Testament* (New York: Oxford University Press, 1969), 92-132).
10. “Yo soy el Alfa y la Omega, el Primero y el Ultimo” (Apocalipsis 1:11). “Y Soy el que vivo. Estuve muerto, pero *ahora* vivo por los siglos de siglos. Y tengo las

llaves de la muerte y del sepulcro” (versículo 18).

11. El artículo definido no aparece en el texto griego de los dos siguientes versículos, aunque muchas traducciones lo incluyen. El Padre “le dio autoridad de hacer juicio, porque es el Hijo del Hombre” (Juan 5:27). “Entonces miré, y vi una nube blanca, y sobre la nube uno sentado semejante al Hijo del Hombre, con una corona de oro en su cabeza, y en su mano una hoz aguda” (Apocalipsis 14:14).
12. “Más tarde ‘Hijo del Hombre’ llegó a ser una expresión mesiánica fija para designar al divino Salvador; y fue el título favorito de Jesús para designar su propia persona y su misión. La presente referencia retrocede directamente hasta Daniel, y sirve no tanto para designar a Jesús como el rey celestial, sino para señalar que aunque él parece un hombre no es sencillamente hombre, sino que es un ser sobrenatural” (Ladd, 32).
13. En Daniel 7:13, la frase es *kebar 'enash*.
14. Véase William Shea, *Selected Studies on Prophetic Interpretation* (Washington, D. C.: General Conference of Seventh-day Adventists, 1982), 94-123. Clifford Goldstein, *1844 hecho simple* (Miami, Florida: Asociación Publicadora Interamericana, 1991). Arthur Ferch, *The Son of Man in Daniel Seven*, Andrews University Seminary Doctrinal Dissertation Series, tomo 6 (Berrien Springs, Mich.: Andrews University Press, 1979), 145-154.
15. Robert Wall, *Revelación*, New International Biblical Commentary (Peabody, Mass.: Hendrickson Publishers, 1991), 62).
16. Aunque el santuario no se menciona específicamente en la escena del juicio de Daniel 7, esa escena es paralela a la purificación del santuario de Daniel 8:14. Daniel 7:13 y Daniel 8:14 son dos maneras diferentes de describir el mismo suceso. Véase Clifford Goldstein, *1844 hecho simple* (Miami, Florida: Asociación Publicadora Interamericana, 1991). William Shea, “Unity of Daniel”, en *Symposium on Daniel*, Frank Holbrook, ed. (Washington, D. C.: Biblical Research Institute, 1986), 165-220. Norman Gulley, “Daniel’s Pre-Advent Judgment in Its Biblical Context”, *Journal of the Adventist Theological Society* 2:2 (1991), 35-66). “La venida de Cristo como nuestro Sumo Sacerdote al lugar santísimo para la purificación del santuario, de la que se habla en Daniel 8:14; la venida del Hijo del hombre al lugar donde está el Anciano de días, tal como está presentada en Daniel 7:13, y la venida del Señor a su templo, predicha por Malaquías, son descripciones del mismo acontecimiento...” (*El conflicto de los siglos*, 479).
- 17 “Se estima que en el libro de Apocalipsis se encuentran por lo menos 550 citas del Antiguo Testamento” (Louis Were, *The Certainty of the Three Angels’s Messages* [Berrien Springs, Mich.: First Impressions, 1979], 57).
- 18 H Caird, 25.
- 19 Paulien, 4.
20. Véase Exodo 28:4; 29:5.
- 21 Robert Mounce, *The Book of Revelation*, The New International Commentary on the New Testament (Grand Rapids, Mich.: William B. Eerdmans, 1977), 78.
- 22 I) Ilesly-Murray, 68.
23. “Se habla de Cristo como caminando en medio de los candeleros de oro. Así se

simboliza su relación con las iglesias. Está en constante comunicación con su pueblo. Conoce su verdadera condición. Observa su orden, su piedad, su devoción. Aunque es el sumo sacerdote y mediador en el santuario celestial, se le representa como caminando de aquí para allá en medio de sus iglesias en la tierra” (*Los hechos de los apóstoles*, 468).

24. “La verdad esencial es que mientras Cristo ocupa su lugar entre las siete lámparas de oro, perdura para siempre su compañerismo ininterrumpido con las iglesias de la tierra, aunque estén siendo perseguidas” (Ladd, 34).

4

El Cordero que fue inmolado

T *ja* visión que tuvo Juan de Cristo, vestido como Sumo Sacerdote entre los candeleros, introduce las cartas a las siete iglesias. Esta es la primera de las seis series proféticas principales de Apocalipsis; cada una de estas series, como las cartas a las iglesias, comienza con una “escena victoriosa de introducción relacionada con el templo o santuario”. En otras palabras, cada serie o sección profética es introducida con una visión que usa imágenes del santuario. Estas visiones introductorias demuestran que el libro de Apocalipsis está estructurado alrededor del santuario. A medida que el contenido del libro progresa, las imágenes de estas escenas victoriosas de introducción también van avanzando hasta que el libro muestra por completo el acrvicio del santuario. Mediante estas escenas de introducción, Apocalipsis abarca en su totalidad el ministerio de Cristo como Sumo Sacerdote en el santuario celestial. “El santuario celestial

—escribe Mervyn Maxwell— es un elemento fundamental del mensaje de Apocalipsis”.

En la primera fase del servicio del santuario terrenal estaba implícita la muerte de un animal, así mismo en la primera fase del servicio celestial era tácita la muerte de Jesús, “que no tiene necesidad cada día, como los otros sumos sacerdotes, de ofrecer primero sacrificios por sus propios pecados, y luego por los del pueblo. Esto lo hizo una sola vez para siempre, cuando se ofreció a sí mismo” (Hebreos 7:27). Además de ofrendarse a sí mismo como sacrificio por el pecado, Jesús —a fin de ser Sumo Sacerdote— tenía también que resucitar. Estos dos sucesos precedieron el ministerio sumosacerdotal de Cristo en el cielo. Quizás por este motivo Apocalipsis 1 incluye “la escena victoriosa de introducción” (versículos 12-20), que en forma explícita presenta su muerte y resurrección.

Sobre esto escribe Dick Davidson: “En ningún otro lugar del libro se hace un énfasis tan intenso en la muerte terrenal y la resurrección de Cristo”.³ Este primer capítulo se refiere a Jesús como “el primogénito de los muertos,... el Testigo Fiel, el que con su sangre nos libró de nuestros pecados”, el que estuvo “muerto” y que ahora vive “por los siglos de los siglos” (versículos 5,18). Sólo después de estos sucesos puede empezar la siguiente fase del servicio del santuario: el ministerio del Sumo Sacerdote en el cielo.

La siguiente escena victoriosa de introducción del santuario, que aparece en Apocalipsis 4 y 5, tiene lugar en el cielo. “Después de esto vi una puerta abierta *en el cielo*. Y la primera voz que yo había oído, que hablaba como trompeta, me dijo: ‘Sube acá, y te mostraré lo que ha de suceder después’. Al instante fui en espíritu, y vi un trono *en el* , y uno sentado sobre él” (Apocalipsis 4:1,2, la cursiva es nuestra).

A diferencia de la primera visión en el capítulo 1, que se desarrolla en un ambiente terrenal, esta visión señala a Juan en

dirección al cielo. Se abre una puerta en el cielo, una voz lo llama desde el cielo y le dice: “sube acá”; y lo primero que ve es “un trono en el cielo”. El énfasis de estas escenas introductorias ha cambiado ahora de imágenes terrenales a celestiales.

Kenneth Strand lo explica así: “El énfasis sobre este ambiente celestial se hace mediante una doble referencia al ‘cielo’: la puerta abierta ‘en el cielo’ y el trono ‘en el cielo’”.⁴

Según Apocalipsis 4, el que estaba sentado en el trono tenía la apariencia de “jaspe y cornalina”, mientras que el arco iris que rodeaba el trono era color “esmeralda” (versículo 3). Alrededor del trono había “veinticuatro ancianos” (versículo 4), y Juan vio que “ante el trono ardían siete lámparas de fuego, que son los siete Espíritus de Dios” (versículo 5). Delante del trono también “había como un mar de vidrio semejante al cristal. Alrededor del trono había cuatro seres vivientes” (versículo 6). En el capítulo 5 se menciona al “Cordero que fue muerto” (versículo 12), y que con su “sangre” compró “para Dios gente de toda raza y lengua, pueblo y nación” (versículo 9). En esa visión Juan ve también los veinticuatro ancianos postrados delante del Cordero, teniendo cada uno “un arpa y una copa de oro llena de incienso, que son las oraciones de los santos” (versículo 8). Esta visión es la escena introductoria de la segunda serie profética importante de Apocalipsis: los siete sellos.

Aunque algunos de los componentes de esta escena no fueron explícitamente tomados del santuario hebreo, otros sí lo fueron; y el efecto acumulativo de estos componentes “refleja una sólida reminiscencia del santuario y sus servicios” —según escribe Jon Paulien.⁵

La palabra para “puerta”, *thura*, que aparece en Apocalipsis 4:1, se menciona muchas veces en la Septuaginta en referencia directa al santuario. El que presentaba una ofrenda ponía “su mano sobre la cabeza de su ofrenda, y la degollará a la puerta del tabernáculo de reunión” (Levítico 3:2, RVR 1960).⁶

En Apocalipsis 4:1 Juan escucha una voz “como trompeta”. Las trompetas eran parte indispensable del servicio del santuario hebreo de la antigüedad. “En el día de vuestra alegría, en vuestras solemnidades y el principio de vuestros meses, tocaréis las trompetas sobre vuestros holocaustos y vuestros sacrificios de paz, y seréis recordados por vuestro Dios. Yo Soy el Eterno vuestro Dios” (Números 10:10).

Las tres piedras preciosas que Juan vio alrededor del trono en Apocalipsis 4:3 —jaspe, cornalina y esmeralda—, aparecen también en el pectoral del sumo sacerdote. Por lo tanto, también tienen un vínculo con el santuario.

Las “siete lámparas de fuego, que son los siete Espíritus de Dios” (Apocalipsis 4:5), recuerdan o bien el candelabro de siete brazos del primer departamento del tabernáculo del desierto, o el portalámparas que estaba en el templo de Salomón, aunque la Septuaginta usa una palabra diferente para portalámpara, *luchnia*, palabra que se usa también en Apocalipsis 1 para los candeleros en medio de las cuales Cristo caminaba; no obstante, las siete llamas que ardían en el portalámparas del Lugar Santo establecen un vínculo con las “siete lámparas de fuego” de Apocalipsis 4.

Uno de los aspectos más poderosos del santuario en esta visión es el de “un Cordero como si hubiera sido inmolado” (Apocalipsis 5:6), una evidente referencia a la muerte de Cristo. Como se demuestra en el capítulo 2, la muerte de Cristo deriva su significado solamente del servicio del santuario y las lecciones de salvación que transmite. El símbolo de un cordero inmolado está vinculado a la ceremonia de la Pascua (véase 1 Corintios 5:7; Exodo 12:5,7). Después de que los hijos de Israel levantaron el tabernáculo (y más tarde el templo), el servicio de la Pascua se centralizó alrededor de estos símbolos.

Además, uno de los sacrificios básicos del ritual del templo era el “holocausto continuo” (Exodo 29:42), conocido también

como el “continuo”.⁷ Cada día, mañana y tarde, se sacrificaban tíos corderos (véase Exodo 29:39,42). Este sacrificio “continuo” comprende el ministerio básico del servicio del santuario, y era, como todos los demás sacrificios, un símbolo de la muerte de Cristo. Por eso la imagen del cordero inmolado de Apocalipsis 5 debe interpretarse solamente en el contexto del santuario, porque sólo en este contexto puede comprenderse la muerte de Jesús y lo que ella logró.

En Apocalipsis 5 los veinticuatro ancianos entonan un canto al Cordero, diciendo, “Digno eres de tomar el libro y abrir sus sellos; porque tú fuiste inmolado, y con tu sangre nos has redimido para Dios” (versículo 9, RVR 1960). La sangre, especialmente en el contexto de redención, es un componente básico del santuario. En todo el sistema de sacrificios del Antiguo Testamento, la sangre derramada de los diferentes animales sacrificados, incluyendo los corderos, era el combustible que ponía en movimiento la maquinaria del servicio del santuario. De una u otra manera, ya fuera de toros, de machos cabríos, corderos o aves, en rituales diarios o anuales, casi todos los sacrificios expiatorios por los pecados intencionales o no, implicaban sangre, ya fueran de sacerdotes, gobernantes o del pueblo.

Apocalipsis 5 presenta los veinticuatro ancianos que tenían “una copa de oro llena de incienso, que son las oraciones de los santos” (versículo 8). Por supuesto, el incienso también formaba parte del ritual del tabernáculo (y más tarde del templo). Era parte del sacrificio continuo. Así como los sacrificios se ofrecían cada tarde y mañana, también el sacerdote ponía incienso en el altar del incienso del primer departamento cada tarde y cada mañana. “Sobre él Aarón quemará incienso aromático cada mañana, cuando aderece las lámparas. Y cuando Aarón rncienda las lámparas al anoecer, quemará el incienso. Será un rito perpetuo (continuo) ante el Eterno por vuestras genera-

dones” (Exodo 30:7,8, la cursiva es nuestra). El relato de Lucas acerca de Zacarías y Elisabet dice que Zacarías estaba entonces sirviendo como sacerdote y, “conforme a la costumbre del sacerdocio, le tocó por sorteo ofrecer el *incienso*, en el *Santuario del* **8** (Lucas 1:9, la cursiva es nuestra).

Salmo 141:2 establece un vínculo más estrecho entre el incienso, la oración y el santuario: “Suba mi *oración* ante ti como el *incienso*, el alzar de mis manos como *la ofrenda de la tarde*” (la cursiva es nuestra).⁸

A pesar de las imágenes del santuario de Apocalipsis 4 y 5, hay un intenso debate en el adventismo sobre lo que representan esas imágenes. La primera escena del santuario en el capítulo 1 muestra la proximidad o cercanía de Cristo como Sumo Sacerdote en el cielo, con sus iglesias en la tierra. ¿Qué nos dice la siguiente escena?

Algunos, al ver el paralelismo entre Apocalipsis 4 y 5 y las escenas del tribunal celestial de Daniel 7, creen que estos capítulos representan el juicio investigador.⁹ Sin embargo, el hecho de que las imágenes del santuario de Apocalipsis 4 y 5 pertenezcan al primer departamento y no al segundo, contradice el concepto del juicio, que es algo único del segundo departamento. De hecho, en estos capítulos ni siquiera se menciona el juicio, Con la excepción de Apocalipsis 6:10, que es un llamado para que comience el juicio (aún no ha comenzado), la descripción del juicio no aparece sino hasta mucho más tarde en el libro de Apocalipsis. Finalmente, el santuario en el cielo, como se describe en Apocalipsis, coloca el juicio investigador en la segunda parte del libro, cuando aparece el segundo departamento. Por eso la estructura básica de Apocalipsis se opone a la idea de que las imágenes del santuario de los capítulos 4 y 5 representen el juicio.¹⁰

La Comisión sobre Daniel y Apocalipsis de la Asociación General, formada por un grupo de los eruditos más entendidos

en esta materia en la iglesia, cree que la mejor explicación de lo que sucede en estos dos capítulos es que Apocalipsis 4 y 5 representan la inauguración del santuario celestial. Después del énfasis en la cruz y el sacrificio de Cristo del capítulo 1 de Apocalipsis, la atención se desplaza al santuario celestial, donde Cristo comienza su obra como Sumo Sacerdote. Debido a las imágenes en estas escenas y a que ésta es la primera visión del santuario celestial en Apocalipsis, la comisión sugiere que estos capítulos representan la inauguración, el antitipo de la inauguración del santuario terrenal. 11

Una cosa es evidente: estas escenas celestiales destacan el Lugar Santo. Aunque los símbolos de las trompetas, de un cordero inmolado, de sangre y piedras en el pectoral del sumo sacerdote, son asuntos propios del santuario, las “siete lámparas de fuego” y “la copa de oro de incienso” son, sin duda, objetos del primer departamento. Por eso las escenas de introducción se han trasladado ahora no sólo del santuario terrenal al celestial, sino específicamente al Lugar Santo del santuario celestial.

Es evidente que cualquier énfasis que se haga en el santuario, ya sea en el primero o el segundo departamento, ya sea en el cielo o en la tierra, se basa en el sacrificio precedente o antiguo. Lo mismo se aplica a la escena del santuario de Apocalipsis 4 y 5. “El tema central es sobre las consecuencias de la cruz, una de las cuales fue el establecimiento del reino de Cristo en el santuario celestial”. 12 En la primera escena introductoria, Cristo estaba en la tierra; ahora está en el santuario en el cielo, representado como “un Cordero como si hubiera sido inmolado” (Apocalipsis 5:6). A pesar de los antecedentes del primer departamento de este escenario celestial, esta escena introductoria destaca lo que Cristo había logrado en la tierra como el Cordero.

En el capítulo 4 los veinticuatro ancianos adoran al Creador: “Señor y Dios, digno eres de recibir gloria, honra y poder,

porque tú creaste todas las cosas, por tu voluntad existen y fueron creadas” (Apocalipsis 4:11). En el capítulo 5 adoran al Redentor: “...porque fuiste muerto, y con tu sangre compraste para Dios gente de toda raza y lengua, pueblo y nación” (Apocalipsis 5:9). La obra de Cristo como Redentor es la que prepara el escenario para la apertura de los siete sellos, la secuencia profética de los eventos que siguen a esta escena introductoria y que finalmente conduce a la culminación del plan de redención.

Sin embargóla primera vista, la apertura de los siete sellos no parece ser positiva. En un sello a alguien se le da “el poder de quitar la paz de la tierra, para que se matasen unos a otros” (Apocalipsis 6:4). En otro sello al jinete se le da “poder sobre la cuarta parte de la tierra, para matar con espada, hambre, peste y con bestias de la tierra” (Apocalipsis 6:8); y en otro “se produjo un gran terremoto, el sol se ennegreció como un saco de cilicio, la luna se volvió toda como sangre” (Apocalipsis 6:12).

¿Es ésta la obra que Cristo cumplió como el Cordero inmolado?

En cierto sentido, sí. Cristo mismo nos advirtió en cuanto a las calamidades que precederían su retomo, y los sellos muestran cuáles serán algunas de estas calamidades. Jesús predijo guerras, hambres, pestilencias y terremotos que harían gemir al mundo hasta su regreso. Los eruditos hasta han vinculado los sellos de Apocalipsis 6 con las advertencias de Cristo en los evangelios en cuanto al fin del mundo, 13 eventos que él dijo que era o es “necesario” que ocurran (Marcos 13:7).

¿Por qué **¿**Porque forman parte de la gran controversia, y estas calamidades sólo pueden entenderse a la luz de tales acontecimientos. La gran controversia muestra que por el bien final de la humanidad y hasta por el bien del universo, el mal debe ser revelado completamente, tal como es, delante

de los seres humanos y del universo no caído. Sólo entonces el mal podrá ser erradicado y nunca más levantarse. “¿Qué tramáis contra el Señor? ¡El extermina! La tribulación no se levantará dos veces” (Nahúm 1:9).¹⁴

Apocalipsis 4 y 5 muestran también que a pesar de los desastres que puedan ocurrir en la tierra, el Señor Jesús sigue controlando todo desde el santuario en el cielo. Así como los capítulos 2, 7, 8 y 11 de Daniel representan el surgimiento inevitable de los poderes depravados y crueles que perseguirían al pueblo de Dios, estas profecías también prueban que el Señor sigue ejerciendo su dominio sobre la tierra y que al final traerá la consumación de su eterno y glorioso reino.¹⁵ Apocalipsis 4 y 5 presentan precisamente una vislumbre más detallada de la que presenta Daniel sobre lo que está sucediendo en el cielo, origen de lo que sucede en la tierra.

“Lo que se está haciendo en el templo en el cielo —escribe Kenneth Strand—, se hace para beneficio del pueblo de Dios en la tierra, y, por lo tanto, la actividad celestial representada en las escenas introductorias victoriosas encuentran una réplica inmediata en las fuerzas desatadas sobre la tierra, para que se cumpla el propósito de Dios para su pueblo”.¹⁶

Apocalipsis 4 y 5 también muestran el vínculo indisoluble entre el cielo y la tierra. Estos capítulos señalan que los eventos en el cielo están ligados a los sucesos en la tierra, especialmente en lo que respecta a la salvación.

“El rompimiento de los siete sellos es preliminar a la apertura real del libro y de los sucesos del tiempo del fin —escribe Ladd—. Representa las fuerzas que estarán operando a través de la historia, por medio de las cuales será promovido el propósito redentor y justiciero de Dios.”¹⁷ Beasley-Murray escribe que “los juicios de los sellos no son sino precursores de la salvación del mundo”.¹⁸

La mejor noticia de esta segunda escena del santuario es,

sin duda alguna, el lugar céntrico que ocupa la cruz. Los sellos son precursores de la consumación de la redención; deben abrirse antes de que se cumplan los propósitos de Cristo para la salvación de los seres humanos; y fueron abiertos sólo porque Jesús, en virtud de su muerte, merecía abrirlos. Por lo tanto, los eventos en el cielo que afectan la tierra, sólo acontecen por causa de la cruz, ¡lo que significa que lo que sucede en la tierra es también resultado de la cruz!

Cualesquiera que sean las calamidades que contengan los sellos, o cualquier sufrimiento predicho en el resto de Apocalipsis, la cruz clama —en las páginas de Apocalipsis a lo largo de los siglos, en el cielo y en la tierra— que el Dios que sufrió y murió por nosotros es un Dios de un amor tal que merece nuestra confianza, nuestra alabanza y obediencia, no importa cuán dolorosas sean las circunstancias en las cuales nos encontremos mientras prosigue la gran controversia.

La posición central que ocupa la cruz en Apocalipsis 4 y 5 revela también que aunque el León de la tribu de Judá está en el cielo, rodeado por la adoración de seres celestiales, es el Cordero que fue inmolado en la tierra. Aunque ahora reina como soberano, una vez luchó como siervo; aunque ahora disfruta de la alabanza de las criaturas vivientes, los ancianos y los ángeles, una vez fue “despreciado y desechado entre los hombres” (Isaías 53:3). Cualesquiera que sean los sufrimientos de la humanidad bajo los sellos, el Cordero ya sufrió como ser humano, llevando el peso del pecado y sufriendo como ningún ser humano. Cualesquiera que sea su exaltada posición en el cielo, Cristo la alcanzó sólo por lo que hizo en la tierra, cuando “como cordero fue llevado al matadero”, cuando fue “herido por nuestras rebeliones”, cuando fue “molido por nuestros pecados”, cuando fue “contado con los perversos”, cuando fue “angustiado” y “afligido”; cuando fue “herido de Dios y abatido” y cuando fue “cortado de la tierra de los vivientes” (Isaías

53:7, 5, 12, 4, 8).

Por eso, con la gloria de la cruz alcanzando hasta el cielo, no es de extrañar que los seres celestiales exclamen en el primer departamento del santuario celestial: “El Cordero que fue muerto es digno” (Apocalipsis 5:12).

1. Kenneth Strand, “Victorious Introduction Scenes”, en *Symposium on Revelation*, 51-72.
2. Mervyn Maxwell, *Dios revela el futuro*, t. 2 (Miami, Florida: Asociación Publicadora Interamericana, 1993), 164.
3. Dick Davidson, “Sanctuary Typology”, in *Symposium on Revelation*, 6:112.
4. Strand, “Victorious Introduction Scenes”, 55.
5. Paulien, 5. Me apoyo mucho en la obra de Jon Paulien en esta área para el resto del capítulo.
6. Véase también Exodo 29:4, 11; Levítico 1:3, 5; 1 Reyes 6:31, 32, 34.
7. En hebreo la palabra es *tamid*.
8. “Tengan siempre en cuenta los miembros de cada familia, que están íntimamente unidos con el cielo. El Señor tiene un interés especial en la familia de sus hijos terrenales. Los ángeles ofrecen el humo del fragante incienso de las oraciones de los santos” (*Conducción del niño*, 491).
 “El incienso que ascendía con las oraciones de Israel, representaba los méritos y la intercesión de Cristo, su perfecta justicia, la cual por medio de la fe es acreditada a su pueblo, y es lo único que puede hacer el culto de los seres humanos aceptable a Dios. Delante del velo del lugar santísimo había un altar de intercesión perpetua; y delante del lugar santo, un altar de expiación continua. Había que acercarse a Dios mediante la sangre y el incienso, pues estas cosas simbolizaban al gran Mediador, por medio de quien los pecadores pueden acercarse a Jehová, y sólo por cuya intervención puede otorgarse misericordia y salvación al alma arrepentida y creyente” (*Patriarcas y profetas*, 366).
9. Véase Martin Weber, *Some Cali it Heresy*, (Hagerstown, Md.: Review and Herald, 1985), 78, 79. Alberto Treiyer, *The Day of Atonement and the Heavenly Judgment* (Siloam Springs, Ark.: Creation Enterprises International, 1992), 472-502.
10. Para una detallada refutación de la idea el juicio en estos dos capítulos, véase Jon Paulien, “Seal and Trumpets”, 209-211.
11. La teoría de la inauguración viene de la posición de que debido a que “la escena contiene una variada mezcla de símbolos de casi cada aspecto del culto hebreo” (Paulien, “Seáis and trumpets”, 187), y a que la inauguración del santuario fue la única ocasión (con excepción del Día de Expiación) en la que se llevó a cabo el servicio completo del santuario, entonces los capítulos 4 y 5 deben ser la inauguración del santuario celestial.

El problema con esta teoría es la suposición de que el trono que se presenta en estos capítulos (Apocalipsis 4:2,4, 6, 9, 10; 5:1,6, 7, 11, 13) está automáticamente vinculado al segundo departamento del santuario. Podría ser, pero no necesariamente. Aunque este punto de vista concuerda bastante bien con los capítulos 4 y 5 de Apocalipsis, ¿qué sucede, por ejemplo, cuando la escena del trono aparece más tarde en Apocalipsis en contextos que se supone que siguen siendo escenas del primer departamento? Yo propongo otra solución a este dilema; lo presentaré en las notas al final del capítulo 8.

12. Paulien, "Seáis and Trumpets", 187.

13. Algunos eruditos vinculan los sucesos de los sellos con el discurso de Cristo en Mateo 24, Lucas 21, y Marcos 13. Creen que los siete sellos reflejan la substancia de esos discursos, especialmente el de Marcos. Véase Charles, 158.

14. Después de describir la muerte de Cristo en la cruz, Elena G. de White escribe:

Sin embargo, Satanás no fue destruido entonces. Los ángeles no comprendieron ni aun entonces todo lo que entrañaba la gran controversia. Los principios que estaban en juego habían de ser revelados en mayor plenitud. Y por causa del hombre, la existencia de Satanás debía continuar. Tanto el hombre como los ángeles debían ver el contraste entre el Príncipe de la luz y el príncipe de las tinieblas. El hombre debía elegir a quién quería servir" (*El Deseado de todas las gentes*, 709).

15. Y le fue dado dominio, y gloria y reino. Y todos los pueblos, naciones y lenguas le sirvieron. Su dominio es eterno, que nunca pasará, y su reino nunca será destruido" (Daniel 7:14).

16. Strand, 71.

17. Ladd, 95, 96.

18. Beasley-Murray, 129.

5

Las oraciones de los santos

C

V -/o m o hemos visto, la segunda “escena victoriosa de introducción” que usa símbolos del santuario (Apocalipsis 4 y 5), aparece inmediatamente después de la primera serie profética de Apocalipsis 2 y 3 (las cartas a las iglesias). De la misma manera, inmediatamente después de la segunda serie profética (la apertura de los siete sellos de Apocalipsis 6 y 7), aparece la tercera “escena victoriosa de introducción” que también usa símbolos del santuario.

“Y vi a los siete ángeles que estaban ante Dios, y les dieron siete trompetas. Otro ángel con un incensario de oro, vino y se paró junto al *altar*. Y le dieron mucho *incienso* para que lo ofreciera con las oraciones de todos los santos, sobre el *altar de oro* que está ante el trono. Y el humo del junto con las oraciones de los santos, subió de la mano del ángel a la presencia de Dios. El ángel tomó el incensario, lo llenó con fuego del

altar, y lo arrojó a la tierra. Y hubo truenos y voces, relámpagos y un terremoto” (Apocalipsis 8:2-5, la cursiva es nuestra).

Inmediatamente después de esta escena se derraman sobre la tierra los juicios de las siete trompetas, “y se quemó la tercera parte de la tierra, la tercera parte de los árboles, y toda la hierba verde... y la tercera parte del mar se convirtió en sangre” (versículos 7, 8), y se produjo una plaga de langostas (capítulo 9:3). Estos juicios, como los siete sellos abiertos anteriormente, no parecen ser nada deseables; pero estos juicios, como el desatamiento de los sellos, no suceden en forma arbitraria. Se desatan sobre la tierra sólo después de que sucede algo en el santuario celestial.

¿Y qué está sucediendo en el santuario celestial? Jesús, primero como el Cordero de Dios “que quita el pecado del mundo” (Juan 1:29), y ahora como “Sumo Sacerdote para siempre, según el orden de Melquisedec” (Hebreos 6:20), está ministrando en el Lugar Santo a nuestro favor. Es por esto que Apocalipsis nos asegura de nuevo que aún en medio de estas calamidades —todas forman parte de la gran controversia—, el Señor Jesús reina en el santuario de arriba.¹

Aunque esta gran verdad queda aclarada en Apocalipsis, no está limitada a este libro. El libro de Job también revela una actividad celestial que tiene consecuencias en la tierra: “Un día fueron los hijos de Dios a presentarse ante el Eterno, y entre ellos se presentó también Satanás” (Job 1:6).

En esta escena celestial el Señor le preguntó a Satanás de donde venía, y Satanás respondió: “De rodear la tierra y andar por ella” (versículo 7). El Señor le muestra a Satanás la tierra y a su siervo Job, y se lo describe como alguien que no tiene quien lo iguale en la tierra: “¡Hombre intachable y recto, temeroso de Dios y apartado del mal!” (versículo 8).

Satanás responde que el único motivo por el cual Job obedece a Dios es porque el Señor lo ha cercado a él, a su familia

y a todo lo que tiene (versículo 10), pero que si el Señor le hiciera daño a él y a sus posesiones, entonces éste lo blasfemaría en su rostro (versículo 11).

El Señor le dice entonces a Satanás: “Todo lo que tiene está en tu mano” (versículo 12).

Este debate celestial tiene una repercusión definida en la tierra. Job queda abrumado por el sufrimiento, que incluye la muerte de sus hijos. La trama de la historia se traslada entonces al cielo, a otro encuentro entre el Señor, Satanás y “los hijos de Dios”, lo que resulta en más sufrimiento para Job (véase Job 2:1-13).

Pero el asunto en cuestión es que las pruebas de Job no suceden —ni se quedan— en un vacío existencialista. No se trataba de sufrimientos sin sentido, de una vida sin sentido en un mundo sin sentido, en un universo sin sentido. Los sufrimientos de Job tenían un propósito, que sólo se puede comprender en el contexto de la gran controversia. El libro de Job demuestra cuán estrechamente conectados están los cielos y la tierra, y que lo que sucede en el primero afecta a la segunda.

Por supuesto, no todo lo que sucede en el cielo tiene semejante efecto “negativo” en la tierra. Algunos resultados son claramente positivos desde el principio. En el día del Pentecostés los seguidores de Cristo fueron reunidos en un aposento alto en Jerusalén, donde recibieron el derramamiento del Espíritu Santo:

“Cuando llegó el día de Pentecostés, estaban todos juntos en el mismo lugar. Y de repente vino del cielo un estruendo como de un viento impetuoso, y llenó la casa donde estaban. Y les aparecieron lenguas como de fuego, que se repartieron, y se posaron sobre cada uno de ellos. Todos quedaron llenos del Espíritu Santo, y empezaron a hablar en otras lenguas, según el Espíritu les concedía que hablasen” (Hechos 2:1-4).

Este derramamiento, que tendría profundas consecuencias

sobre la tierra, vino como resultado directo de algo que tuvo lugar en el cielo: la ascensión de Cristo a su Padre: “A este Jesús Dios lo resucitó, y de esto todos nosotros somos testigos. Así, exaltado hasta la diestra de Dios, recibió del Padre la promesa del Espíritu Santo, y ha derramado esto que ahora vosotros veis y oís” (Hechos 2:32, 33).²

Uno de los ejemplos más poderosos de los efectos del cielo sobre la tierra es, sin duda alguna, el juicio descrito en Daniel 7. Este capítulo presenta casi todo el desarrollo de la historia mundial: Babilonia, Medo-Persia, Grecia y Roma (pagana y papal). Entonces la trama se traslada al cielo, hacia el juicio:

“Mientras yo miraba fueron puestos tronos, y un Anciano de muchos días se sentó. Su vestido era blanco como la nieve, y el cabello de su cabeza como lana pura. Su trono llama de fuego, y sus ruedas fuego ardiente. Un río de fuego salía delante de él. Millares de millares le servían, y millones de millones asistían ante él. El tribunal se sentó en juicio, y los libros fueron abiertos” (Daniel 7:9, 10).

Después de este juicio los santos poseen el reino, y comienza una nueva era en la historia humana: “Pero se sentará el tribunal en juicio, y le quitarán su dominio (al cuerno pequeño), para que sea destruido por completo y para siempre. Y el reino, el dominio y la majestad de los reinos debajo de todo el cielo, serán dados al pueblo de los santos del Altísimo” (Daniel 7:26, 27). La introducción del reino de Dios, la consumación de la actividad de Cristo a favor de la humanidad, vienen como resultado directo de este juicio celestial.

Por lo tanto, es claro que lo que sucede en el cielo afecta directamente a lo que acontece en la tierra. La tercera escena del santuario en Apocalipsis, como las anteriores, es la precursora de sucesos en la tierra, en este caso, los efectos de las siete trompetas. Cualquiera que sea el significado de las trompetas (otro tópico de debate acalorado dentro del adventismo), viene

sólo como resultado de una actividad en el cielo. Aun en medio de las calamidades causadas en la tierra por las trompetas, la escena regresa al cielo, a “una voz que salía de los cuatro cuernos del altar de oro que está ante Dios” (Apocalipsis 9:13), desde donde una voz ordena al sexto ángel: “Suelta a los cuatro ángeles que están atados junto al gran río Eufrates” (versículo 14). Los vientos son soltados, y las consecuencias son: “para matar a la tercera parte de los hombres” (versículo 15), un suceso que tiene, sin duda, graves repercusiones en la tierra.

Finalmente, esta tercera escena de introducción al santuario está claramente vinculada con el primer departamento del santuario celestial. La anterior escena del Lugar Santo (Apocalipsis 4 y 5) fue un vistazo general; esta tercera escena se enfoca específicamente en el altar del incienso. Como se dijo en el capítulo anterior, el incienso era parte del *tamid*, la intercesión diaria de los sacerdotes en el primer departamento, el Lugar Santo, a favor de los pecadores.

En los primeros ocho capítulos de Apocalipsis, todos los símbolos del santuario se relacionan con el primer departamento. Vemos a Cristo vestido con sus vestiduras sacerdotales, que aparece entre los siete candeleros; en otro lugar, “siete lámparas de fuego” ardiendo (Apocalipsis 4:5); en otro, humo que se eleva desde el “altar de oro” del incienso (Apocalipsis 8:3,4). Estos símbolos, todos conectados con el primer departamento, demuestran que la actividad de Cristo en el santuario celestial, por lo menos en esta parte del libro de Apocalipsis, debe suceder también en el primer departamento.

Algunos hasta han encontrado paralelos entre los primeros ocho capítulos de Apocalipsis y el tratado talmúdico *Tamid* (un comentario judío antiguo de la Biblia, c. siglo V a.C.), que “contiene todas las regulaciones para las ofrendas de los sacrificios regulares diarios de acuerdo con Números 28:3, 4”.³ En otras palabras: la visión celestial de Juan del Lugar Santo

(donde ocurría diariamente el continuo o *tamid* en el santuario terrenal) parece estar “sutilmente asociada con las actividades en el templo relacionadas con el servicio continuo o *tamid*”.⁴

Por ejemplo, la *Mishnah Tamid* (3:9), trata de los sacerdotes arreglando las lámparas; Apocalipsis 1:12-20 muestra a Cristo entre las lámparas. La *Mishnah Tamid* (3:7), tiene una “puerta grande” que se abre; Apocalipsis tiene una puerta abierta en el cielo (véase Apocalipsis 4:1). *Mishnah Tamid*(3:7) tiene un cordero inmolado; también Apocalipsis 5:6. *Mishnah Tamid* (5:4) tiene la ofrenda del incienso; Apocalipsis 8:3, 4 también lo tiene. Y finalmente, *Mishnah Tamid* (7:3) tiene trompetas que suenan, Apocalipsis 8:2 tiene también trompetas.

Evidentemente hay paralelos, aunque no sean tantos o tan “impresionantes” como algunos lo sugieren.⁵

Pero algo aún más importante: si Hebreos identifica a Jesús como nuestro Sumo Sacerdote que intercede por nosotros en el santuario celestial, y si la primera parte de Apocalipsis muestra al Cristo posterior a la cruz en el primer departamento de ese santuario, ¿qué transmite ese aspecto de la obra de Cristo? El Día de Expiación continuaba la obra hecha en el primer departamento (véase Números 29:7-11), por lo tanto la salvación es un acto en proceso, aun para aquellos que viven durante la segunda fase del ministerio celestial de Cristo.

Pero la pregunta más importante es: ¿qué está haciendo Cristo mientras ministra?; ¿en qué consiste el ministerio del primer departamento, y qué significa que Cristo intercede por nosotros allí? Y aún más importante, ¿cómo se relaciona esta intercesión con lo que él realizó en el Calvario?

1. “Una cosa se comprenderá con certeza por el estudio del Apocalipsis: que la relación entre Dios y su pueblo es estrecha e inequívoca.

“Se advierte una maravillosa conexión entre el universo del cielo y este mundo. Lo que fue revelado a Daniel fue complementado más tarde por la revelación que se le

hizo a Juan en la isla de Patmos. Estos dos libros deben ser estudiados cuidadosamente” (*Testimonios para los ministros*, 114).

2. “La ascensión de Cristo al cielo fue la señal de que sus seguidores iban a recibir la bendición prometida. Habían de esperarla antes de empezar a hacer su obra. Cuando Cristo entró por los portales celestiales, fue entronizado en medio de la adoración de los ángeles. Tan pronto como esta ceremonia hubo terminado, el Espíritu Santo descendió sobre los discípulos en abundantes raudales, y Cristo fue de veras glorificado con la misma gloria que había tenido con el Padre, desde toda la eternidad. El derramamiento pentecostal era la comunicación del Cielo de que el Redentor había iniciado su ministerio celestial. De acuerdo con su promesa, había enviado el Espíritu Santo del cielo a sus seguidores como prueba de que, como sacerdote y rey, había recibido toda autoridad en el cielo y en la tierra, y era el Ungido sobre su pueblo” (*Los hechos de los apóstoles*, 31, 32).
3. Maurice Simón, “Introduction”, *Tamid* (London: Soncino Press, 1948), ix.
4. Paulien “Intertextuality”, 13.
5. Paulien, por ejemplo, vincula Apocalipsis 6:9 y 10, —donde las almas bajo el altar claman a Dios por la venganza de su sangre— con *Mishnah Tamid* 4:1, donde el sacerdote derrama la sangre que queda del sacrificio, en “la base sur del altar”. Es difícil ver ese paralelo. También existen otras discrepancias; sin embargo, aunque parece que es demasiado decir que los primeros ocho capítulos de Apocalipsis son “modelados de acuerdo a los servicios continuos del *Tamid* del templo” (“Intertextuality”, 12), parece que existe un vínculo. Pero algunos rechazan por completo este vínculo. “La estructura literaria de los primeros capítulos de Apocalipsis no sigue... el *tamid* rabínico, como se ha sugerido recientemente” (Alberto Triejer, *The Day of Atonement and the Heavenly Judgment* [Siloam Springs, Ark.: Creation Enterprise International, 1992] 671).

6

El Cristo posterior a la cruz

AJ. Apocalipsis empieza con el ministerio sumosacerdotal de Cristo en el primer departamento del santuario celestial. En el tipo terrenal del Antiguo Testamento, el ministerio del primer departamento era de intercesión; el sacerdote oficiaba con la sangre de los animales en el atrio o dentro del santuario. ¿Pero ¡qué sucede en los tiempos del Nuevo Testamento, cuando el Sumo Sacerdote, Jesús, está ministrando en el santuario celestial y la sangre es la suya propia?

La obra del sacerdote en el santuario terrenal no se podía separar del sacrificio, así mismo la obra de Cristo en el cielo tampoco puede separarse de su sacrificio. El ministerio celestial tiene sentido sólo por su relación con el terrenal. La obra de Cristo en la tierra lo preparó sin duda alguna para su obra en el cielo.

“Por eso, debía ser en todo semejante a sus hermanos para

venir a ser compasivo y fiel Sumo Sacerdote ante Dios, para expiar los pecados del pueblo. Y como él mismo padeció al ser tentado, es poderoso para socorrer a los que son tentados” (Hebreos 2:17,18).

“Porque no tenemos un Sumo Sacerdote incapaz de simpatizar con nuestras debilidades; sino al contrario, fue tentado en todo según nuestra semejanza, pero sin pecado” (Hebreos 4:15).

“Aunque era Hijo, por lo que padeció aprendió la obediencia. Y perfeccionado, vino a ser una fuente de eterna salvación para todos los que le obedecen. Y fue declarado por Dios Sumo Sacerdote, según el orden de Melquisedec” (Hebreos 5:8-10).

Estos versículos implican que la humanidad de Cristo no terminó con su misión terrenal. La Humanidad de la cual Jesús se apropió en la encarnación la llevó consigo al cielo; pero si él se hubiera despojado de su humanidad al entrar al cielo, ¿cómo podría seguir relacionándose con la tentación de los seres humanos?

“Es por su ascensión —escribe Brian K. Donne— que Cristo llevó consigo nuestra humanidad que él asumió en la encarnación, al trono de la Deidad”.²

Lo que él experimentó como “el Cordero de Dios” cuando “aprendió obediencia por las cosas que sufrió”, es lo que ahora lo hace un “misericordioso y fiel Sumo Sacerdote” capaz de ayudar a sus redimidos en “tiempos de necesidad”. Por virtud de su propia humanidad siempre presente, Jesús puede, como Sumo Sacerdote, permanecer suficientemente cerca de nosotros para libramos de las tentaciones que ya él ha vencido. “No os ha venido ninguna tentación, sino humana. Pero Dios es fiel, y no os dejará ser tentados más de lo que podáis resistir. Antes, junto con la tentación os dará también la salida, para que podáis soportar” (1 Corintios 10:13). Dios puede preparar una salida de la tentación porque él mismo venció.

La humanidad de Cristo es su gran vínculo con nosotros, la atadura que lo une a sus redimidos de una manera única, diferente a la que lo une a otras partes de su creación. El Cristo posterior al Calvario sigue siendo *Hijo del hombre*. Momentos antes de su muerte, Esteban tuvo una vislumbre del cielo que le permitió ver “a/ *Hijo del hombre* de pie a la diestra de Dios” (Hechos 7:56, la cursiva es nuestra). Cuando Daniel observó el juicio previo al advenimiento, vio a uno “ *un Hijo de* ~~h~~ viniendo “con las nubes del cielo” (Daniel 7:13, la cursiva es nuestra). Este Hijo de hombre es ahora nuestro Sumo Sacerdote. Por tanto, aun en medio de las grandes pruebas de la iglesia de Dios, aun entre las calamidades que vienen sobre el mundo, el pueblo de Dios tiene la seguridad, la certeza y la promesa de que Jesús no lo ha abandonado, que él sigue unido a ellos para siempre con una proximidad que llega desde el cielo a la tierra!

“Porque el que santifica y los que son santificados, todos proceden de uno. Por eso, no se avergüenza de llamarlos hermanos... Así, por cuanto los hijos participan de carne y sangre, él también participó de lo mismo, para destruir por la muerte al que tenía el imperio de la muerte, a saber, al diablo” (Hebreos 2:11,14).

La humanidad que Jesús tomó mientras hacía su obra en la tierra, la humanidad que lo ha vinculado a la carne y a la sangre humana, permanece con él mientras ministra en el santuario celestial. Un Hombre que vive entre las estrellas comprende el hambre, la sed, el desfallecimiento y las tensiones. “Cristo ha llevado su humanidad a la misma presencia de Dios —escribe el teólogo bautista Robert H. Culpepper—. Esto significa que nosotros podemos acudir a la presencia de Dios llenos de valor, sabiendo que tenemos un Sumo Sacerdote que es capaz de simpatizar con nosotros en nuestras debilidades”.³

A una distancia de años luz, un Hombre intercede por

nosotros delante de Dios: un Hombre que sufrió en carne, que escuchó el susurro del demonio, que sintió los reclamos de la carne, que experimentó la angustia del abuso, el chasco y el maltrato; un Hombre que estuvo bajo el influjo de la codicia, el orgullo, la ira, el egoísmo, el odio, y quien, a diferencia de todos nosotros, no sucumbió ante ninguno de ellos.

“Como él ha experimentado el sufrimiento al ser tentado en todos los aspectos en que nosotros lo somos —escribe Culpepper—, es capaz de simpatizar con nosotros plenamente en nuestras debilidades. El hecho de que triunfó, que no pecó, no lo hace menos capaz de identificarse con nosotros, sino más bien le da la sensibilidad que el pecado le hubiera debilitado. Más aún, ‘el triunfo de su conflicto lleva consigo el derecho de representar, ayudar y salvar’”⁴

Sin embargo, Jesús tuvo que adquirir nuestra identidad para salvamos no sólo del pecado, sino también de las consecuencias legales del pecado en sí. ¿De qué valdría la victoria o una vida moral y santa si al fin nos perdiéramos? El cristianismo tiene que ser más que ética, moral y conducta, porque la ética, la moral y la conducta no son suficientes para la salvación. Cristo debe hacer algo más que darnos una vida santa o libramos de las tentaciones. La victoria sola no es suficiente porque la salvación es más que obediencia. La obediencia de por sí, aun la que viene como resultado de una relación con Cristo, no puede lograr otra cosa que no sean obras, las cuales por sí mismas no salvan.

“Al que obra, no se le cuenta el salario como favor, sino como deuda. En cambio, al que no obra, pero cree en aquél que justifica al impío, su fe le es contada por justicia” (Romanos 4:4,5).

El aspecto más importante de la obra de Cristo en el cielo se proyecta sencillamente al aspecto más importante de su obra en la tierra: la expiación. En el más completo y verdadero

sentido de la *expiación* —no el aspecto limitado que le dan algunos evangélicos—, el ministerio sumosacerdotal de Cristo es una parte de la expiación tanto como lo fue su muerte en la cruz. No se pueden separar, así como no se podía separar la muerte del animal en el santuario terrenal de la ministración de su sangre hecha por el sacerdote.

“Más aún —escribe Donne—, su intercesión perpetua no es menos necesaria para nuestra aceptación de lo que fue su muerte en el Calvario, porque su presencia ante el Padre es la garantía permanente de nuestra presentación y aceptación en el cielo” (véase Hebreos 9:24; 7:24).⁵ Aunque cumpliendo diferentes funciones y representando diferentes papeles, la obra de Cristo en la tierra y en el cielo son inseparables. Lo que él está haciendo ahora como nuestro intercesor es otra fase de lo que él realizó como nuestro sacrificio.⁶

“El punto fundamental que debemos recordar —escribe Berkhof— es que el ministerio de intercesión no debe separarse de la expiación, pues ambos no son sino dos aspectos de la misma obra redentora de Cristo, y se puede decir que los dos se fusionan en uno. Martín encuentra que los dos aparecen constantemente juntos y están tan íntimamente relacionados en las Escrituras, que él cree justificado hacer la siguiente declaración: ‘La esencia de la intercesión es la expiación, y la expiación es esencialmente una intercesión’”.⁷

No hay duda de que Jesucristo pagó el precio completo del pecado en la cruz. Su vida perfecta era la única vida necesaria, la única vida suficiente, la única suficientemente buena para redimir a la humanidad del peso del pecado. Gracias a su sacrificio fueron completamente suplidas y absolutamente respondidas las demandas de la ley, la demanda de justicia, las demandas de un Dios santo. Después del Calvario, la humanidad, toda pecadora, tuvo la oportunidad de ser aceptada por el Padre gracias sólo a Jesús, cuya perfección y santidad están a

disposición de todo ser humano. Debido a su obra en la cruz, Cristo ofrece libremente a cada uno de nosotros la vida eterna en lugar de la destrucción eterna, el perdón en lugar de la condenación, bendiciones en lugar de maldiciones, reconciliación en lugar de separación, y un manto de perfección tejido en el taller del cielo en lugar de vestiduras contaminadas con la suciedad de la tierra. Nada que podamos hacer nosotros añade o resta a la cruz. Aunque el Calvario se yergue en el mismo corazón de la historia humana, la esencia de la obra de Dios en favor de la humanidad también permanece sobre ella, completa en sí misma, inmutable, válida para siempre, toda suficiente y siempre disponible.

En este sentido la expiación fue completada en la cruz: una obra hecha fuera de nosotros, independiente de nosotros pero, en último extremo, realizada a nuestro favor. Y la Biblia es clara en cuanto a la otra obra que Cristo está realizando *por nosotros* aun ahora, mucho después de su muerte.

“¿Quién condenará? Cristo es el que murió; más aún, el que también resucitó, el que además está a la diestra de Dios, e intercede *por nosotros*” (Romanos 8:34, la cursiva es nuestra).

“Por eso puede también salvar eternamente a los que por medio de él se acercan a Dios, ya que está siempre vivo para interceder *por ellos*” (Hebreos 7:25, la cursiva es nuestra).

“Donde Jesús entró *por nosotros* como precursor, hecho Sumo Sacerdote para siempre, según el orden de Melquisedec” (Hebreos 6:20, la cursiva es nuestra).

“Porque Cristo no entró en el Santuario hecho por mano de hombre, que era sólo copia del Santuario verdadero, sino que entró en el mismo cielo, donde ahora se presenta *por nosotros* ante Dios” (Hebreos 9:24, la cursiva es nuestra).

“...por cuanto derramó su vida hasta la muerte, y fue contado con los perversos, cuando en realidad, él llevó el pecado de muchos, y oró por *los transgresores*” (Isaías 53:12,

la cursiva es nuestra).

Es evidente que además de lo que Cristo hizo en el Calvario, él sigue obrando a nuestro favor; de otro modo Romanos, Hebreos e Isaías no hablarían en cuanto a la intercesión de Cristo.

Esta verdad es uno de los grandes y muchas veces descuidados aspectos del plan de salvación. Como escribe un evangélico, “Hace varios años algunos escritores expresaron su preocupación en cuanto a que la atención a la obra actual de Cristo ha sido ‘largamente descuidada’ por los teólogos sistemáticos de la iglesia. Los autores del Nuevo Testamento no habrían entendido dicho descuido, porque la obra actual de Cristo es uno de los temas más importantes”.

“La obra actual de Cristo” en el santuario celestial ha sido, por supuesto, uno de “los temas más importantes” para los Adventistas del Séptimo Día durante más de un siglo.

¿Qué conlleva exactamente esto?

Después de que nuestros primeros padres pecaron, no confesaron su pecado directamente, sino que ambos trataron de echar la culpa a otro. Fue tan rápido el cambio de su naturaleza y sus caracteres, de seres perfectamente inmaculados a pecadores, que inmediatamente empezaron a apropiarse de algunos de los rasgos de Satanás, el padre de la mentira.

A causa de la caída de Adán y Eva todos sus descendientes heredaron el mismo carácter y la misma naturaleza, y pronto el mundo entero se vio lleno de seres naturalmente corruptos, caídos, y malos. “El Eterno vio que la maldad de los hombres era mucha en la tierra, y que todo designio de los pensamientos del corazón de ellos era de continuo sólo el mal” (Génesis 6:5). El apóstol Pablo, comentando sobre la condición de los seres Immanos, citó las Escrituras cuando escribió: “No hay justo ni aun uno” (Romanos 3:10).

La frase teológica que describe la condición de los seres

humanos es “depravación total”. No significa esto que todos los seres humanos son absolutamente malos y pervertidos, sino que todo aspecto de la esencia de nuestro ser está infectado por el pecado y que ninguna parte de nosotros ha escapado de su corrupción. G. C. Berkhouwer escribe lo siguiente: “No hay límite o frontera dentro de la naturaleza humana, más allá de la cual podamos encontrar algunas últimas reservas aún no tocadas por el pecado; el hombre es en sí el que está totalmente corrompido”.⁹

Cuando Isaías escribió que todas nuestras justicias son como “trapo inmundo” (Isaías 64:6), usó las palabras *beged idiyim*, literalmente “vestimentas de menstruación”. Si nuestra *justicia* es como *beged idiyim*, ¿que serán entonces nuestros egoísmos, nuestras envidias, nuestras codicias, nuestras lujurias y nuestros odios?

Satanás fue el causante de la caída de nuestros primeros padres; los sedujo a apartarse de su Hacedor. Desde entonces, Satanás ha empleado esta táctica con éxito, atrayendo a la gente a separarse de Dios, señalándoles las tentaciones del mundo, por lo que se le conoce como “el dios de este siglo” (2 Corintios 4:4). El trató de hacer lo mismo con Jesús en el desierto, y fracasó; pero ha tenido éxito con casi todos los demás. En cada época ha habido (y hay) algunos que han esperado “la ciudad con fundamentos, cuyo arquitecto y constructor es Dios” (Hebreos 11:10); confesando que eran (y son) “peregrinos y forasteros sobre la tierra” (versículo 13), y que “deseaban (y desean) la (patria) mejor, a saber, la celestial” (versículo 16). Pero estas son las excepciones. La regla es que Satanás “engaña a todo el mundo” (Apocalipsis 12:9), y su táctica más poderosa para este engaño es llenar a la gente con el amor al mundo en lugar del amor a Dios, un amor sencillamente muy superior.

“¡Adúlteros! ¿No sabéis que la amistad del mundo es enemistad con Dios? El que quiere ser amigo del mundo, se

constituye en *enemigo de Dios*" (Santiago 4:4, la cursiva es nuestra).

"Porque la inclinación de la carne es muerte, pero la inclinación del Espíritu es vida y paz. Porque la inclinación de la carne *es contraria a Dios*, y no se sujeta a la Ley de Dios, ni tampoco puede" (Romanos 8:6, 7, la cursiva es nuestra).

"Esto digo y requiero en el Señor, que no andéis más como los otros gentiles, que andan en la vanidad de su mente. Ellos tienen el entendimiento entenebrecido, *separados de la vida de Dios* por su ignorancia, debida a la dureza de su corazón" (Efesios 4:17, 18, la cursiva es nuestra).

En su libro *Economic and Philosophical Manuscripts of 1844* [Manuscritos Económicos y Filosóficos de 1844] (¡esta es la fecha!), Karl Marx escribió que la esencia del problema de la gente era que estaban siendo marginadas por la economía capitalista por la cual estaban esclavizados. Marx usó la narración bíblica de la caída y el subsecuente alejamiento de la humanidad de Dios, como su argumento para mostrar la realidad. Pero irónicamente, el argumento de Marx es la verdad literal, no la realidad que él presenta. La enemistad de la gente no proviene de lo que hacen de nueve a cinco (en su trabajo), sino del pecado que los ha apartado de su Creador, la fuente de su existencia, su esencia y su propósito.

¿Por qué? Porque Dios es "santo, santo, santo" (Apocalipsis 4:8), y nosotros somos pecadores, pecadores, pecadores. Porque los caminos de Dios son "justos y verdaderos" (Apocalipsis 15:3) y los nuestros injustos y falsos. Porque Dios es "justo" y nosotros somos como *begeg idiyim*. Porque Dios es perfecto, y nosotros somos imperfectos; él es misericordioso, y nosotros somos inmisericordes; él es perdonador, y nosotros condenamos; él es abnegado mientras que nosotros somos egoístas, "...vuestras iniquidades os han separado de vuestro Dios, y vuestros pecados han ocultado su rostro de vosotros para

no escuchar” (Isaías 59:2).

“Desde el punto de vista bíblico, hay una hostilidad fundamental entre el hombre irregenerado y su Creador —escribe Raoul Dederen—. El pecado la produjo. El pecado rompió el compañerismo y levantó una barrera entre el hombre y Dios, sin mencionar la que produjo entre el hombre y el hombre”.¹⁰

El pecado es la antítesis de Dios; está en oposición a todo lo que es Dios. Dios es santo, perfecto, justo, y el pecado no es nada de esto. En realidad es todo lo opuesto. Y debido a que somos pecadores por naturaleza, estamos naturalmente en oposición a Dios y enemistados con todo lo que él es.

Sin embargo, el amor de Dios por la humanidad es mayor que su repugnancia contra el pecado. Así como su perfección y su justicia pueden exigir que el pecado sea destruido, su amor demanda que la gente sea salva. Dios quiere erradicar el pecado, pero no a los pecadores. El “no quiere que ninguno perezca, sino que todos procedan al arrepentimiento” (2 Pedro 3:9). “Así, no es la voluntad de vuestro Padre celestial que se pierda ni uno de estos pequeños” (Mateo 18:14).

Como el pecado es un problema para Dios y para los seres humanos, Jesús, el Dios-Hombre, lo resolvió para ambos en la cruz. Para los seres humanos, Jesús pagó la culpa de los pecadores, que de otro modo los conduciría a la muerte eterna. “Cristo nos redimió de la maldición de la Ley, al hacerse maldición por nosotros” (Gálatas 3:13). Y en lo que respecta a Dios, su juicio contra el pecado fue derramado sobre Jesús, no sobre nosotros, para que él pudiera salvarnos de la condenación que el pecado finalmente produce. “Dios demuestra su amor hacia nosotros, en que siendo aún pecadores, Cristo murió por nosotros” (Romanos 5:8).

La repugnancia de Dios contra el pecado y su amor por la humanidad llegaron a su clímax en la cruz; allí se comprendió la gran paradoja del odio de Dios por el pecado y su amor por

los pecadores; y de esta manera Dios pudo cerrar el abismo que el pecado había abierto entre él y la humanidad.

“Porque si cuando éramos enemigos, *reconciliados* con Dios por la muerte de su Hijo; mucho más, habiendo sido *reconciliados*, seremos salvos por su vida. Y no sólo esto, sino que también nos alegramos en Dios por el Señor nuestro Jesucristo, por medio de quien hemos recibido ahora la *redención*” (Romanos 5:10,11, la cursiva es nuestra).

“Por eso, debía ser en todo semejante a sus hermanos, para venir a ser compasivo y fiel Sumo Sacerdote ante Dios, para *expiar* los pecados del pueblo” (Hebreos 2:17, la cursiva es nuestra).

“Por cuanto agradó al Padre que en él habitase toda plenitud, y por medio de él *reconciliar* consigo todas las cosas, así lo que está en la tierra como lo que está en los cielos, haciendo la paz mediante la sangre de su cruz” (Colosenses 1:19,20, la cursiva es nuestra).

El pecado hizo que la humanidad se enemistara con Dios, y que esté enajenada y separada de él. Pero Cristo reconcilió a los hombres con Dios, recibiendo en el Calvario todo el impacto de la ira de Dios contra el pecado. “Ahora es el juicio de este mundo”, dijo Jesús (Juan 12:31) precisamente poco antes de su muerte. El mundo es pecador y merecía todo el castigo del pecado; pero en lugar de esto, Cristo, por amor a la humanidad, tomó ese castigo sobre sí mismo “siendo hecho maldición por nosotros”, por eso no tenemos que enfrentar la condenación que de otro modo nos ocasionarían nuestros pecados.

Fue por esto que Jesús no sólo recibió todo el impacto de nuestros pecados, pagando con su vida lo que merecía la nuestra, sino que su vida perfecta e inmaculada reemplaza a nuestra vida pecaminosa. Aunque somos pecadores y hemos quebrantado la ley de Dios, separándonos de Dios, Cristo toma nuestro lugar, y la perfección y la justicia alcanzada en su vida

se acredita a la nuestra. Somos aceptados por Dios, no a base de nuestra propia justicia, que es *idiym*, sino en base a su justicia, que adquirimos por la fe. Cuando estamos “en Cristo Jesús”, Dios nos ve como él ve a Jesús, y somos justificados, perdonados y reconciliados con Dios por la justicia de Cristo.

Esta es la reconciliación, que sólo se produce por el acto salvador de Dios a favor de la humanidad. “Porque Dios estaba en Cristo, *reconciliando consigo al* , no atribuyendo a los hombres sus pecados” (2 Corintios 5:19, la cursiva es nuestra). Somos reconciliados porque nuestros pecados, que son los causantes de la enemistad, ya no nos son imputados o cargados: todo recae sobre Jesús en la cruz. Dios reconcilió al mundo consigo mismo mediante Cristo, pero sólo los que aprecian esta reconciliación disfrutan unión con Dios mediante Cristo “para que todos sean uno, como tú, oh Padre, en mí, y yo en ti. Que también ellos sean uno en nosotros” (Juan 17:21). Esta unión es la que nos da vida eterna.

Gracias a la muerte expiatoria de Cristo, los seres humanos caídos pueden mantenerse firmes reconciliados con Dios. Por su gracia, Dios ha elegido vemos no como somos realmente, con todas nuestras imperfecciones, sino como Cristo es en toda su perfección. En lugar de dejamos enfrentar las consecuencias legales de nuestros pecados, Dios hizo a Jesús, “que no tenía pecado,... pecado por nosotros, para que nosotros seamos hechos justicia de Dios en él” (2 Corintios 5:21). Acudimos al Calvario acongojados y convertidos, y Dios, en lugar de ver nuestro pecado, nuestra maldad y depravación, ve la santidad y perfección de Jesús. Esta es la única manera en que el pecador puede ser justificado, reconciliado y unido con Dios. Esta reconciliación proviene de la cruz, de la obra que Jesús realizó por nosotros hace casi dos mil años.

Pero las buenas nuevas no son sólo que Dios perdona nuestros pecados por causa de Cristo, sino que también nos

promete concedemos la victoria sobre ellos. A pesar de todas las promesas bíblicas en cuanto a ser victoriosos (véase 1 Corintios 10:13), morir al pecado (véase Romanos 6:2, 11), a vencer al mundo (véase 1 Juan 5:4), a llegar a ser una nueva creación en Cristo (véase 2 Corintios 5:17), a que Cristo obra en nuestro interior (véase 2 Corintios 4:10,11), a participar de la naturaleza divina (véase 2 Pedro 1:4), a ser perfectos (véase Mateo 5:48), a vivir por el Espíritu (véase Romanos 8:9-13), a crucificar la carne (véase Gálatas 5:24), a ser obedientes (véase 1 Pedro 1:14), a tener pensamientos puros (véase 2 Corintios 10:5) y a guardar los mandamientos (véase 1 Juan 5:2) ¡los cristianos seguimos pecando todavía!

No debe ser así. Tenemos la promesa del Creador del universo de hacemos vencedores. “Esa misma palabra poderosa —escribe A. T. Jones— es para sostener a los cristianos en el camino cristiano, así como sostiene al sol en su camino. El cristiano que pone su confianza en esa palabra que es para sostenerlo, así como pone su confianza en esa palabra que sostiene al sol, encontrará que esa misma palabra lo sostendrá a él lo mismo que sostiene al sol”.¹¹ Pero aun con todo ese poder prometido, todavía fallamos (como lo demostró más tarde la apostasía de Jones).

Por supuesto, la falta no está en Dios, su Palabra o sus promesas, sino en nosotros, en nuestras elecciones, nuestras mentes camales y en nuestros corazones corruptos. El pecado —aunque no tiene que ser así— sigue siendo una realidad personal para el cristiano convertido y nacido de nuevo, que ama a Dios con todo su corazón, con toda su alma y con toda su mente. Así sucedió con Moisés, con David, con Pedro y también con Elena G. de White; y también lo sigue siendo con cada uno de nosotros.

¿Qué sucede cuando el cristiano peca? Pablo escribió que por medio de la sangre de Cristo, el Señor pudo “demostrar su

justicia, al haber pasado por alto, en su paciencia, *los pecados pasados*” (Romanos 3:25, la cursiva es nuestra).

¿Pero qué acerca de los pecados presentes y aun los futuros?

“Hijitos míos, esto os escribo para que no pequéis. Pero si alguno hubiera pecado, Abogado tenemos ante el Padre, a Jesucristo el Justo” (1 Juan 2:1).

Juan está hablando a creyentes. Aunque los amonesta contra el pecado, él está consciente de su existencia aun entre los cristianos, por eso señala a Jesús, nuestro Abogado, nuestro Sumo Sacerdote en el santuario celestial.

El pecado originalmente produjo el abismo entre Dios y la humanidad, y lo sigue haciendo. No es menos odioso ahora que cuando Adán y Eva cayeron. “Porque... toda transgresión y desobediencia recibió justa retribución” (Hebreos 2:2). Los pecados cometidos por cristianos —y quizás *especialmente* los cometidos por los cristianos— son una ofensa para Dios y deben ser enfrentados.

Pero para los cristianos arrepentidos afortunadamente Jesús vive como su intercesor. “Por eso puede también salvar eternamente a los que por medio de él se acercan a Dios, ya que está siempre vivo para interceder por ellos” (Hebreos 7:25).

Jesús, por medio de su intercesión, está situado entre el pecador y Dios, como lo hacía el sacerdote en el servicio terrenal. El sacerdote entraba en la presencia de Dios con la sangre de un animal, que era aceptada en favor del pecador, así como Jesús acude a la presencia de Dios con su propia sangre, que es aceptada en nuestro lugar. Cristo, como Intercesor, está presentando su propia sangre, sus propios méritos ante el Padre, porque no hay nada más.

Jesús es “el Mediador del nuevo pacto, y la sangre rociada que habla mejor que la de Abel” (Hebreos 12:24).

“Y Cristo entró en ese Santuario una vez para siempre, no

con sangre de machos cabríos ni de becerros, sino con su propia sangre, y consiguió la eterna redención” (Hebreos 9:12).

“Por tanto, hermanos, siendo que tenemos plena seguridad para entrar en el Santuario, por la sangre de Jesús, ...acerquémonos con corazón sincero” (Hebreos 10:19, 22).

“La sangre de Cristo —escribe Edward Heppenstall— es moneda celestial. El pecador arrepentido no puede apelar a nada más porque no hay otra cosa disponible. Delante de Dios, el hombre puede solamente rogar a través de los méritos de la vida inmaculada de Cristo y su perfecto sacrificio. El creyente no tiene nada que ofrecer de sí mismo”.

El cristiano nacido de nuevo es justificado por la fe en Cristo (véase Romanos 5:1). Su fe es considerada justa delante de Dios, quien acepta la perfección de Cristo en su lugar (véase Romanos 4:5). Pero cuando peca y confiesa sus pecados, Cristo, como su Abogado, se presenta ante el Padre mostrando sus méritos, su santidad y su perfección, que son aceptados en su lugar. Por eso, cuando Dios mira al pecador, no ve en él su injusticia sino a Jesús en toda su santidad y perfección presentando sus méritos en su favor.

¿Cuáles son esos méritos? Jesús posee todas las características del Padre. Jesús es “la misma imagen de su ser real” (Hebreos 1:3). Jesús dice: “el que me ha visto a mí, ha visto al Padre” (Juan 14:9). “Yo y el Padre somos uno” (Juan 10:30).

Por lo tanto, el abismo que el pecado produce entre los seres humanos y Dios está siendo superado constantemente, no por los humanos sino por la intercesión de Jesús, quien constantemente presenta ante el Padre, no nuestras faltas, sino su perfección inmaculada.

En esto radica la esencia del ministerio de la expiación de Cristo en el santuario celestial. Lejos de apartar la obra de la cruz, la obra de Cristo en el cielo es la *aplicación* constante de la cruz a favor de los pecadores nacidos de nuevo, que siempre

necesitan ser cubiertos por la justicia de Cristo.

“La continua intercesión de Cristo a nuestro favor —escribe Culpepper— es un recordativo constante de que Dios nos trata no en base a quienes somos, o qué hacemos, sino en base a los méritos de quién es Cristo y lo que él ha hecho”. B

En todo el ministerio sumosacerdotal de Cristo, su obra de justificación y santificación está constantemente disponible a favor de los que por fe han aceptado su muerte. Como Sumo Sacerdote, Cristo ofrece a los creyentes no sólo una protección legal, sino una experiencia de la cual ellos pueden participar. Debido a que no tenemos un Sumo Sacerdote incapaz de simpatizar con nuestras debilidades sino, al contrario, “tentado en todo según nuestra semejanza, pero sin pecado” (Hebreos 4:15), tenemos la promesa de que Cristo está obrando para darnos la victoria que ya obtuvo para nosotros. “Pero gracias a Dios, que nos da la victoria por medio de nuestro Señor Jesucristo” (1 Corintios 15:57).

Aunque estas promesas son reales y están disponibles sólo mediante la obra de Cristo como nuestro Sumo Sacerdote, no siempre nos aprovechamos de ellas, y por eso caemos; y debido a que caemos, debemos tener a Jesús como nuestro sustituto y garante, situado entre nosotros y Dios. Por esto, cuando Apocalipsis presenta a Jesús como sacerdote o muestra los siete candelabros y el altar del incienso en el primer departamento del santuario celestial, somos conducidos al centro de la obra de Cristo en el cielo. A pesar de las pruebas de las siete iglesias, las calamidades de los sellos y el tumulto de las trompetas, el cristiano tiene la esperanza, la promesa y el consuelo de saber que Cristo es su intercesor personal ante el Padre. Apocalipsis muestra que Cristo ha llevado nuestra humanidad a los mismos portales del cielo.

Por lo tanto, ninguna tentación es tan grande que Cristo como Cordero no haya vencido, o para la cual Cristo, como

Sumo Sacerdote, no pueda facilitar un medio de escape. Ningún pecado es tan grande que Cristo, como Cordero, no haya pagado por completo su deuda; o que Cristo, como Sumo Sacerdote, no pueda cubrirlo si rogamos por sus méritos. Todo aspecto de nuestra salvación, perfeccionada por Jesús, como “un Cordero como si hubiera sido inmolado” (Apocalipsis 5:6), está siempre, en todo momento, disponible para su pueblo por medio de Jesús, como “uno semejante al Hijo del Hombre, vestido de una ropa que llegaba hasta los pies. (Y) con el pecho ceñido con una cinta de oro” (Apocalipsis 1:13).

1. “Cristo ascendió al cielo con una humanidad santificada y santa. Llevó esta naturaleza consigo a las cortes celestiales y la llevará por los siglos eternos, como Aquel que ha redimido a cada ser humano que está en la ciudad de Dios, como Aquel que ha implorado ante el Padre: ‘En las palmas de mis manos los tengo esculpidos’*(*Comentario bíblico adventista* 5:1100).
“Cristo debía identificarse con los intereses y necesidades de la humanidad. El que era uno con Dios se vinculó con los hijos de los hombres mediante lazos que jamás serán quebrantados. Jesús ‘no se avergüenza de llamarlos hermanos’ (Hebreos 2:11). Es nuestro Sacrificio, nuestro Abogado, nuestro Hermano, que lleva nuestra forma humana delante del trono del Padre, y por las edades eternas será uno con la raza a la cual redimió: es el Hijo del hombre” (*El camino a Cristo*, 14).
“Aun cuando Cristo Jesús h» pasado a los cielos, allí continúa siendo una cadena viviente que une a sus creyentes con su propio corazón de amor infinito. Los más humildes y débiles están unidos íntimamente a su corazón por una cadena de simpatía. Nunca olvida que él es nuestro representante, y que lleva nuestra naturaleza” (*Testimonios para los ministros*, 19).
2. Rev. Brian K. Donne, “The Significance of the Ascension of Jesús Christ in the New Testament”, *Scottish Journal of Theology* 30 (1977), 564.
3. Robert H. Culpepper, “The High Priesthood and Sacrifice of Christ in the Epistle to the Hebrews”, *The Theological Educator* 32 (1985), 54.
4. *Ibíd*, 48.
5. Donne, 565.
6. “La intercesión de Cristo por el hombre en el santuario celestial es tan esencial para el plan de la salvación como lo fue su muerte en la cruz. Con su muerte dio principio a aquella obra para cuya conclusión ascendió al cielo después de su resurrección” (*El conflicto de los siglos*, 543).
7. L. Berkhof, *Systematic Theology* (Gran Rapids, Mich.: Eerdmans 1949), 402.
- H David J. Macleod, *Bibliotheca Sacra*, 148 (abril-junio 1991), 184.

9. G. C. Berkhouwer, *Man, The Image of God* (Grand Rapids, Mich.: Eerdmans, 1962), 135.
10. Raoul Dederen, "Atoning Aspects in Christ's Death", in *The Sanctuary and the Atonement*, 300.
11. A. T. Jones, "Sermón No. 12", in *The Third Angel's Message* (Calistoga, Calif.: John Ford, Md. 1977), 218.
12. Edward Heppenstall, *Our High Priest* (Washington, D. C.: Review and Herald, 1972), 58, 59.
13. Culpepper, 58.

"Cristo es el vínculo de unión entre Dios y el hombre. El prometió su intercesión personal. Coloca toda la virtud de su justicia de parte del suplicante. Intercede por el hombre, y el hombre, que necesita de ayuda divina, intercede por sí mismo en presencia de Dios, usando la influencia de Aquel que dio su vida por la vida del mundo" (*Joyas de los testimonios*, 3:93, 94).

"Cristo intercede por la raza perdida mediante su vida inmaculada, su obediencia y su muerte en la cruz del Calvario. Y ahora, no como un mero suplicante, intercede por nosotros el Capitán de nuestra salvación, sino como un Conquistador que reclama su victoria. Su ofrenda es completa, y como Intercesor nuestro ejecuta la obra que él mismo se señaló, sosteniendo delante de Dios el incensario que contiene sus méritos inmaculados y las oraciones, las confesiones y las ofrendas de agradecimiento de su pueblo" (*Palabras de vida del gran Maestro*, 121).

"Como nuestro Intercesor, su tarea consiste en presentarnos a Dios como sus hijos e hijas. Cristo intercede en favor de los que lo han recibido. Les da poder por virtud de sus propios méritos, para llegar a ser miembros de la familia real, hijos del rey celestial" (*En los lugares celestiales*, 79).

"Los servicios religiosos, las oraciones, la alabanza, la confesión arrepentida del pecador, ascienden desde los verdaderos creyentes como un incienso hasta el santuario celestial; pero al pasar por los corruptos canales de la humanidad, quedan tan contaminados que a menos que sean purificados con sangre, nunca pueden ser de valor ante Dios. No ascienden con pureza impecable, y no son aceptables a Dios a menos que el Intercesor que está a la diestra de Dios los presente y purifique con su justicia. Todo el incienso de los tabernáculos terrenales debe estar humedecido con las purificadoras gotas de la sangre de Cristo. El sostiene delante del Padre el incensario de sus propios méritos, en el cual no hay mancha de corrupción terrenal. Reúne en este incensario las oraciones, las alabanzas y las confesiones de su pueblo, y añade su propia justicia inmaculada. Entonces, perfumado con los méritos de la propiciación de Cristo, el incienso asciende delante de Dios, plena y enteramente aceptable" (*Afin de conocerle*, 77).

"Cuán agradecidos debiéramos estar por tener un intercesor celestial. Jesús nos presenta ante el Padre vestidos con su justicia. El ruega delante del Padre a nuestro favor. El dice: 'Yo he tomado el lugar del pecador. No mires a este hijo descarriado, sino mírame a mí. No mires sus vestiduras inmundas, sino mira mi justicia'" (*Bible Echo and Signs of the Times*, 19 de junio de 1882).

7

El altar del incienso

Fu el ministerio sumosacerdotal de Cristo y las buenas nuevas que transmite, produce otro interrogante: ¿Hay en realidad un edificio en el cielo donde Cristo ha estado los últimos dos mil años? Y si así fuera, ¿que hay dentro?

Por ejemplo, la tercera escena del santuario en Apocalipsis, muestra un altar de incienso. ¿Hay en el cielo un altar de incienso donde los ángeles queman incienso mezclado con las oraciones del pueblo de Dios en la tierra?

¿Cuánto de Apocalipsis es literal y cuánto es simbólico? ¿Hay en el cielo criaturas vivientes llenas de ojos? (Apocalipsis 4:8); ¿hay una “puerta”? (versículo 1) y “siete lámparas de fuego”? (versículo 5).

Cuando Apocalipsis describe las almas de los mártires que claman venganza (Apocalipsis 6:9, 10), o describe a una mujer en el cielo a punto de dar a luz (Apocalipsis 12:4), o presenta

“un dragón rojo” cuya cola arrastraba la tercera parte de las estrellas del cielo (versículos 3, 4), estos símbolos sin duda no son literales. Por lo tanto, cuando Apocalipsis presenta escenas introductorias del santuario, ¿los altares, el incienso, los incensarios y los candeleros son objetos concretos que existen en el cielo, o son sólo símbolos? ¿Y esto tiene acaso importancia?

Sí, la tiene, pero sólo hasta cierto punto, porque la pregunta fundamental no es si en el cielo hay animales cubiertos de ojos sino si hay un santuario. Después del chasco de los mileritas, los que permanecieron en los números o cálculos proféticos básicos (después de revisar los sucesos proféticos), fundaron la Iglesia Adventista del Séptimo Día dando por sentado que existía un santuario literal en el cielo. El santuario fue su solución para el error de los mileritas.¹ Si no hay un santuario celestial, su solución fue incorrecta, y entonces la Iglesia Adventista ha sido fundada sobre una mentira.

“Los pioneros de la Iglesia Adventista —escribe P. Gerard Damsteegt— nunca dudaron de la existencia de la estructura real de un santuario celestial dividido en dos compartimientos, y el tabernáculo mosaico era su duplicado en la tierra. Su doctrina del santuario dependía de su realidad objetiva. Ellos entendían que sin el santuario no podía justificarse su posición en cuanto a Daniel 8:14, ni para el cambio en el ministerio sacerdotal de Cristo el 22 de octubre de 1844”.²

En la Iglesia Adventista siempre ha habido personas que no creen que hay un santuario en el cielo. Si así fuera, sería un golpe mortal para la doctrina adventista. Pero la iglesia fue alertada de que sufriría este ataque, y así ha sido.³

Si el único libro bíblico que tuviéramos fuera Apocalipsis, el tema de un santuario literal sería difícil de explicar. El Apocalipsis es un libro completamente lleno de simbolismos. Desde “una espada aguda de dos filos” que salía de la boca de uno “semejante al Hijo del hombre” (Apocalipsis 1:13, 16;

19:15), hasta “la muerte y el sepulcro... lanzados en el lago de fuego” (Apocalipsis 20:14), el libro abunda en imágenes y simbolismos. ¿Qué es literal? ¿qué es simbólico? ¿Cómo saber la diferencia?

Afortunadamente el Apocalipsis no es un libro aislado: es sólo uno de los sesenta y seis libros de la Biblia que ayudan a diferenciar entre lo simbólico y lo literal en este libro.

El Antiguo Testamento, y especialmente el Nuevo, enseñan que sí hay un santuario celestial. El Señor le dio a Moisés instrucción para edificar el santuario terrenal: “Y harán un santuario para mí, y habitaré en medio de ellos. Conforme a todo lo que yo te muestre, el *diseño* del tabernáculo, y el diseño de todos sus utensilios, así lo haréis”⁴ (Exodo 25:8, 9, RVR 1960).

“Diseño” es una traducción del hebreo *tabnit*, que está vinculado al verbo **בָּנִיתִי** “edificar”. En la Biblia hebrea (y en varias acepciones) se refiere a la edificación de ciudades, paredes, casas, muros, templos y fortalezas.⁵ Este verbo se usa para decir que el Señor “edificó en el cielo sus cámaras”⁶ (Amos 9:6).

Además de “diseño”, *tabnit* se traduce como “modelo”, “figura”, “construcción”, “imagen” o “réplica”, y se usa muchas veces en relación con objetos reales. Los hijos de Israel querían edificar un altar para que las futuras generaciones pudieran decir: “Mirad la copia [*tabnit*] del altar del Eterno que levantaron nuestros padres” (Josué 22:28). Moisés advirtió a los hijos de Israel que no hicieran para ellos “escultura, imagen [*tabnit*] de figura alguna, efigie [*tabnit*] de varón o hembra” (Deuteronomio 4:16, RVR 1960).

Cuando el Señor le mostró a Moisés un *tabnit* (Exodo 28), ¿vió Moisés sólo un anteproyecto o el *tabnit* de un santuario verdadero en el cielo? Aunque la palabra *tabnit* en sí misma podría implicar algo físico, no tiene que ser necesariamente así.

Niels-Eric Andreason, escribe: “para estar seguro, los textos mismos... no implican la existencia de un santuario celestial que sirva de modelo. Un plan divinamente revelado para el santuario terrenal satisfaría la expresión *tabnit*. Sin embargo, la mayoría de los comentaristas sostienen que hay un santuario celestial en estos versículos...”^{7, 8 9}.

Otros versículos del Antiguo Testamento dan a entender, afortunadamente, que sí hay un santuario literal en el cielo. “¡Oíd, pueblos todos! ¡Atiende, tierra y todo lo que contiene! El Señor, el Eterno, el Señor desde su santo templo, sea testigo contra vosotros. Porque el Eterno sale de su lugar, descenderá y hollará las alturas de la tierra” (Miqueas 1:2, 3).

“El Eterno está en su santo templo, el trono del Señor está en el cielo” (Salmo 11:4).

“Proclamad el poder de Dios, cuya majestad está sobre Israel, cuyo poder está en los cielos. ¡Pavoroso es Dios desde su Santuario!” (Salmo 68:34, 35).

“... el Eterno está en su santo templo. Calle ante él toda la tierra” (Habacuc 2:20).

En Daniel 8:14 hay una evidencia del templo celestial. “Y él respondió: ‘Hasta 2,300 días de tardes y mañanas. Entonces el Santuario será purificado’”. Si esta declaración se toma aisladamente, sería difícil saber a cuál santuario se refiere Daniel, pero en su contexto el significado es claro. La purificación del santuario ocurre al final de la visión del capítulo 8, que incluye un camero (Medo-Persia), un macho cabrío (Grecia) y un cuerno pequeño (Roma pagana y papal). Por eso la cronología del versículo 14 que viene *después* de una fase de la Roma papal, coloca la purificación del santuario siglos después de que fuera destruido el santuario terrenal.¹⁰ La única alternativa que queda es que este versículo está hablando de la purificación del santuario en el cielo.¹¹

Además, la purificación del santuario en el versículo 14 es

paralela al juicio celestial descrito en Daniel 7. Como constituyen el mismo evento, ¹²y Daniel 7 trata claramente de un suceso celestial, ¹³entonces la purificación del santuario de Daniel 8 debe ocurrir también en el cielo.

Sin embargo, la evidencia más poderosa de un santuario celestial se encuentra en el libro de Hebreos.

“Lo principal de lo que venimos diciendo es que tenemos un Sumo Sacerdote que se sentó a la diestra del trono de la Majestad en el cielo; y es ministro del Santuario, de aquel *verdadero Santuario* que el Señor levantó, y no el hombre” (Hebreos 8:1,2, la cursiva es nuestra).

Después de hablar en cuanto al santuario terrenal, el autor dice entonces que éste era “copia y sombra de lo que hay en el cielo” (versículo 5).

Después de hablar en cuanto al servicio del santuario terrenal temporal, el autor escribe que “Cristo ya vino, y ahora es el Sumo Sacerdote de los bienes definidos. El Santuario donde él ministra *es más grande y más perfecto; y no es hecho por mano de hombre*, es decir, no es de este mundo. Y Cristo entró en ese Santuario una vez para siempre, no con sangre de machos cabríos ni de becerros, sino con su propia sangre, y consiguió la eterna redención” (Hebreos 9:11,12, la cursiva es nuestra).

El tabernáculo celestial no sólo es un tabernáculo “más grande y más perfecto”, sino que, aunque parezca raro, también necesita ser limpiado: “Fue, pues, necesario que la copia de las realidades celestiales fuese purificada con esos sacrificios. Pero las realidades celestiales mismas requieren mejores sacrificios que éstos” (versículo 23). Es evidente: si las cosas celestiales necesitan ser purificadas, tienen que existir.

No es de extrañar entonces que William Johnsson, erudito en Hebreos y director de la *Adventist Review*, escribiera que el libro de Hebreos “desde su mismo comienzo presenta las de-

claraciones más definitivas de la Biblia en apoyo de un santuario real y un ministerio real celestial”.¹⁴

A pesar de esto, algunos conocedores de la materia argumentan que el autor de Hebreos estuvo muy influenciado por las “ideas y formas” de Platón, y, por lo tanto, no se refería a una estructura física en el cielo sino que se trataba de ideas platónicas.

Platón (c. 429-347 a.C.) creía que el mundo en que vivimos y que experimentamos con nuestros sentidos, esta colosal esfera, no es el mundo verdadero, sino una sombra, una copia de la esencia de la realidad. Este mundo colosal —escribió— es “humano, mortal, sensible, compuesto, disoluble, siempre cambiante y jamás semejante a sí mismo”.¹⁵ El comparó la comprensión humana del mundo con la que tendrían personas encadenadas en una caverna desde la niñez, forzadas a mirar solamente sus recónditas paredes. Detrás de esas personas hay un fuego, y cualquier cosa que pasara entre ellas y el fuego proyectaría sombras sobre la pared de enfrente. Platón argumentaba que para esas personas la única realidad eran las sombras. “¿No convendrían en dar —pregunta en su obra *La república*— a las sombras que ven los nombres de las cosas mismas?”¹⁶

En contraste con las sombras en las paredes de una caverna, Platón creía que la realidad existía en “ideas o formas”, una existencia transcendental de “esencias inmutables, eternas e impalpables o modelos de los cuales los objetos visibles actuales que vemos son sólo copias deficientes”.¹⁷ Por ejemplo, un triángulo es sólo la copia de un triángulo perfecto, transcendental e impalpable, y se convierte en triángulo sólo a medida que participa de la “forma” del triángulo. Algo es hermoso solamente si participa o tiene parte en la “forma” o “idea” absoluta de la belleza. Platón escribió: “Digo, pues, que existe algo bueno, bello y grande por sí mismo...; lo que lo hace bello (a algo) no

puede ser más que la presencia o la comunicación de la primera (absoluta) belleza... Solamente afirmo que todas las cosas bellas son bellas por la presencia de lo bello". 18

Estos conceptos plátonicos, filtrados y modificados por el gran judío helenista Filón Judeo (c. 20 a.C-50 d.C), se supone que, según algunos eruditos, son la base filosófica del libro de Hebreos. Según ellos, cuando Hebreos habla del “verdadero santuario” (Hebreos 8:2) o el “más grande y más perfecto” santuario (Hebreos 9:11), en contraste con la simple “sombra” (Hebreos 10:1) o “copia” (Hebreos 9:24) en la tierra, el autor estaba repitiendo los conceptos plátonicos por medio de Filón. Por este motivo muchos comentaristas creen que las referencias a un santuario celestial en el libro de Hebreos son solamente suposiciones, y que no hay ningún santuario en el cielo. Los adventistas que niegan la realidad del santuario celestial lo hacen, créalo o no, influenciados por estos conceptos paganos.

No hay duda de que los escritores bíblicos fueron influenciados por el ambiente en que vivieron, pero la Biblia fue “inspirada por Dios” (2 Timoteo 3:16). Sin embargo nos preguntamos: ¿cuán extensa fue esa influencia? Para Pablo, dado el mundo en que habitaba, una cosa era enviar al esclavo Onésimo a Filemón —aunque sería difícil imaginarse que Pablo enviara a un esclavo escapado de regreso a una plantación del sur —de los Estados Unidos—, y otra cosa muy diferente es creer que el tema principal de Hebreos haya tenido su base en las enseñanzas del filósofo griego que enseñaba, entre otras cosas, que en una sociedad ideal “los hijos serán comunes y los padres no conocerán a sus hijos ni éstos a sus padres”, 19 o que después de la muerte algunas almas andan “vagando alrededor de las tumbas” y cementerios. 20

Pero en forma aun más concluyente, un estudio a fondo del libro de Hebreos prueba que aunque el autor pudiera haber usado algo del lenguaje platónico, el libro no está definitiva-

mente influenciado por las ideas platónicas. Hebreos expresa que Jesús “entró en el cielo” [4:14], penetró “más allá del velo” [6:19], “se sentó para siempre a la diestra de Dios” [10:12], un concepto totalmente extraño a las “ideas y formas” de Platón, ideas que no son relativas al espacio y no pueden físicamente ser penetradas. “El mundo ideal de Platón —escribe R. Williamson—, no es un cielo que puede ser penetrado ni siquiera por Jesús; sólo podría ser penetrado por el intelecto”.²¹

La idea central del libro de Hebreos es que Jesús llegó a ser nuestro Sumo Sacerdote y entró en el cielo *en el tiempo determinado*. “Dando el Espíritu Santo a entender con esto que aún no se había manifestado el camino al Lugar Santísimo, entre tanto que la primera parte del tabernáculo estuviese en pie... No por sangre de machos cabríos ni de becerros, sino por su propia sangre” (Hebreos 9:8,12, RVR 1960). Este concepto contradice la opinión popular de la actualidad permanente de las “ideas y formas” de Platón y la comprensión que Filón tenía de ellas.

“Con estas ideas —escribe William Johnsson—, el lenguaje del santuario en Hebreos se desvía profundamente del modelo filónico. No podemos seguir aferrados a un orden celestial eterno, invariable e inmutable, muy apartado e intocable por los sucesos de la tierra”.²²

Hebreos dice que “fue... necesario que la copia de las realidades celestiales fuese purificada” (Hebreos 9:23), una posición diametralmente opuesta a las “ideas y formas” de Platón, que —según él— son perfectas y absolutas.

El libro de Hebreos es teología cristiana, no metafísica griega. Si algo refleja Hebreos es el pensamiento judío a través de la historia, que enseña que hay un santuario en el cielo.

“El santuario (terrenal) corresponde con el santuario celestial —dice una antigua fuente—, y el arca con el trono celestial”.²³

El Talmud Babilónico menciona “el templo celestial y el

templo terrenal”,²⁴ y el Talmud de Jerusalén dice que “el Lugar Santísimo terrenal está precisamente debajo del Lugar Santísimo celestial”.²⁵

Otra fuente antigua dice que “no hay diferencia de opinión en cuanto a que el santuario de abajo es el equivalente del santuario de arriba”.²⁶

Según el Talmud, los judíos creían que había siete cosas que existían con anterioridad a la creación del mundo, y entre ellas estaba el templo celestial.²⁷

Otra fuente añade: “Y después de eso el ángel me abrió las puertas del cielo, y vi un templo santo, y sobre el trono la gloria del Ser Supremo”.²⁸

Los judíos creían no solamente que había un santuario en el cielo, sino que allí también se llevaba a cabo un ministerio. “¿Por qué —pregunta el Talmud— está el sumo sacerdote vestido de blanco el Día de Expiación?” Y su respuesta es: “Porque el servicio en el templo terrestre debe ser igual al del templo celestial”.²⁹ De acuerdo con la *Enciclopedia judía*, “Los rabinos hablan de Miguel (Metatron) como el capitán de la hueste celestial, como el sumo sacerdote que ofrece sacrificio en el templo de arriba”.³⁰ La idea de Miguel como sumo sacerdote se hizo tan generalizada entre los judíos, que empezaron a orar directamente a él, una práctica que los rabinos prohibieron. Con el tiempo los judíos vieron a Miguel, como sumo sacerdote, “haciendo expiación por su pueblo”.³¹

Sea cual fuere el pensamiento no canónico, las Escrituras canónicas son claras en sí mismas en cuanto a que existe un santuario literal en el cielo. Como el libro de Hebreos enseña que Jesús entró en un ministerio en el santuario celestial después de su sacrificio, y como el Apocalipsis abunda en imágenes del santuario y de Jesús como Sumo Sacerdote (cualquier otra cosa es simbólica), las visiones de Cristo y del santuario celestial deben ser visiones de cosas reales que describen verdades

espirituales. Por ejemplo, cuando en Apocalipsis se habla del Cordero en el cielo, se está usando un símbolo para representar una verdad espiritual, pero este símbolo representa una realidad; en este caso, Jesús.

“No podemos dejar de confundir la mitología con el santuario celestial —escribe Dick Davidson—, descartándolo como el conjunto de imágenes dentro del mundo simbólico de la literatura apocalíptica. 2 Los pasajes dominantes del Antiguo Testamento que claramente forman la base de las descripciones del santuario de Apocalipsis, con todo el múltiple testimonio de diferentes escritores con diferentes estilos (incluyendo el apocalíptico), están completamente de acuerdo en la realidad objetiva de la existencia del santuario celestial”.³³

Pero ¿existe en el santuario celestial un altar sobre el cual un ángel quema incienso mezclado con las oraciones de los santos, como lo describe Apocalipsis? Muchos adventistas insistirán en que sí y alegarán que cualquier desviación de esa creencia es apostasía. Para ellos, la relación punto por punto entre el cielo y la tierra es la única manera segura de entender el santuario celestial, y eliminar, remover o simbolizar aun la vara de una cortina sería jugar con verdades eternas.

Pero el literalismo extremo se encontrará con problemas. Cuando David animó a Salomón a edificar el templo, el rey le dio todos los detalles para el atrio, las cámaras que lo rodeaban, los vasos de servicio, el peso de los candeleros. “Todos estos detalles —dijo David—, me fueron trazados por el Eterno, que me hizo entender *todo el diseño*” (1 Crónicas 28

La palabra para “diseño” es *tabnit*; pero el *tabnit* divinamente revelado para el templo de Salomón no repetía exactamente el *tabnit* divinamente revelado para el tabernáculo del desierto. El templo de Salomón variaba en muchas cosas: tenía dos atrios; el tabernáculo del desierto, uno; el templo de Salomón tenía diez candelabros; el tabernáculo del desierto, uno; el

templo de Salomón tenía diez mesas para los panes de la proposición; el tabernáculo del desierto, una; el templo de Salomón tenía diez fuentes; el tabernáculo del desierto, una; y así sucesivamente. Si el templo terrenal seguía una relación minuciosa con el celestial, ¿cuál de los dos estaba más cerca del original: el santuario del desierto o el templo de Salomón?

Roy Adams pregunta: “Si tanto el tabernáculo del desierto como el templo de Jerusalén fueron construidos de acuerdo al modelo divino, ¿cómo se puede entender ‘modelo’ en un sentido estrictamente literal, cuando las dos estructuras mostraban en tantos detalles unas diferencias tan impresionantes? Y la situación se complica aún más cuando tomamos en cuenta las ulteriores variaciones y desarrollos indicados en el templo ideal de Ezequiel (Ezequiel 40:1-43:27). Estas diferencias deberían conducirnos, por lo menos, a no dogmatizar en cuanto a la apariencia del santuario celestial basándonos en nuestro conocimiento del terrenal”.³⁴

Otro aspecto decisivo del servicio del santuario terrenal, si no su fundamento, era el altar del holocausto sobre el cual eran sacrificados los animales. ¿Habrá en el cielo un altar para el holocausto? Si así fuera, ¿cuál sería su propósito ahora, después de que Cristo “se presentó una sola vez para siempre, para quitar el pecado, por medio del sacrificio de sí mismo”? (Hebreos 9:26).

La Biblia no dice en ninguna parte que en el cielo hay un altar de sacrificio, por lo tanto el tema no puede discutirse. Y esto es muy importante: la Biblia jamás menciona un altar de holocausto en el cielo porque esa función se cumplió totalmente en la tierra, sobre la cruz. Pero si esta parte fundamental del servicio del santuario falta en la estructura celestial, ¿podrían faltar también otras partes del servicio del santuario en dicha estructura? O en otras palabras: ¿pueden también otras partes del santuario celestial ser

Sí. La manera en que la cruz espiritualizó el altar del holocausto, demuestra la forma en que otros aspectos del santuario también pueden espiritualizarse sin negar su realidad fundamental, o aún mayor.³⁵

El altar del holocausto del tabernáculo del desierto era una estructura de madera, cuadrada y hueca, (véase Exodo 27:1), cubierto de bronce (véase Exodo 27:1,2,8; Números 16:37,38). De sus cuatro esquinas sobresalían cuernos de madera cubiertos de bronce (véase Exodo 27:2). Además del altar había varios utensilios que formaban parte del servicio del altar para los sacrificios, como cuchillos, calderos, tazones, tenazas, garfios y palas, etc., sin incluir la madera para quemar, así como el elemento más importante: los animales sacrificados que producían carne, grasa y sangre.

Sin embargo, por muy real, concreto y físico que fuera el altar y su servicio, solamente era un tipo, símbolo o sombra de la muerte de Cristo, la mayor y más perfecta realidad. Cada sacrificio, cada pizca de la corriente constante de sangre derramada durante siglos, ya fuera en el desierto o en los cultos en Jerusalén, prefiguraban únicamente la realidad espiritual superior del Calvario. Estas “sombras” en sí y de por sí no podían salvar a nadie, porque “la sangre de los toros y los machos cabríos no puede quitar los pecados” (Hebreos 10:4). Una persona sólo puede tener “redención por su sangre (de Jesús), el perdón de los pecados según la riqueza de su gracia” (Efesios 1:7).

Lo único que proporciona salvación es la muerte de Jesús en la cruz, no la muerte sobre el altar ni de uno ni de diez mil machos cabríos. Por eso, aunque la presencia personal de Cristo en la cruz fue tan real como la de los sacrificios típicos, la realidad espiritual se superpuso en sumo grado a todo lo que sucedía en el altar terrenal. Y, además, mucho después de que desapareciera el altar del holocausto, la realidad física de la cruz

permanecería grabada para siempre en las cicatrices en las manos de Aquel que fue herido en la casa de sus “amigos” (véase Zacarías 13:6).³⁶ La cruz fue mayor, más perfecta y más permanente en todo sentido que los sacrificios en el altar del holocausto.

El Calvario fue el aspecto del plan de salvación, como lo enseña el santuario, que permaneció claramente terrenal. El resto de la ministración del santuario se lleva a cabo en el cielo, con Jesús como Sumo Sacerdote. Después que se hace el cambio al cielo, ¿por qué negar su realidad física? ¿Las realidades celestiales son acaso algo menos reales que el Calvario?

“La diferencia entre el santuario terrenal y el celestial —escribe Dick Davidson— no es que el celestial sea menos literal, menos real, como nuestra sobredosis de pensamiento occidental griego podría llevarnos a suponerlo sin damos cuenta”.³⁷ De hecho, lo poco que se conoce del santuario celestial³⁸ indica que el “más grande y más perfecto” santuario (Hebreos 9:11) y lo que contiene, sería más real que el terrenal, que fue sencillamente una “copia y sombra de lo que hay en el cielo” (Hebreos 8:5), una “copia del *Santuario* verdadero” (Hebreos 9:24).

En el Lugar Santísimo del tabernáculo terrenal había dos querubines de oro. “Harás también dos querubines de oro,... en los dos extremos de la cubierta... Sus caras estarán una frente a la otra mirando el Propiciatorio” (Exodo 25:18, 20). Había también querubines bordados en la cortina dentro del santuario (Exodo 26:31).

Estos querubines inanimados del santuario terrenal simbolizaban, obviamente, los “millares de millares” que sirven a Dios y los “millones de millones” que le asisten (Daniel 7:10) en el santuario celestial. En todo el libro de Apocalipsis, los seres angélicos están vinculados con el santuario celestial: “Y del Santuario salió otro ángel” (Apocalipsis 14:15). “Y del altar

salió aún otro ángel” (Apocalipsis 14:18). “Después de estas cosas miré, y he aquí fue abierto en el cielo el templo del tabernáculo del testimonio; y del templo salieron los siete ángeles que tenían las siete plagas” (Apocalipsis 15:5,6, RVR 1960). “Y miré, y oí la voz de muchos ángeles alrededor del trono, de los seres vivientes y de los ancianos. Su número era miles de millares, y diez mil veces diez mil” (Apocalipsis 5:11).

¿Qué es más real: dos estatuas (querubines) de oro y algunas figuras tejidas sobre cortinas, o cientos de miles de ángeles? Estos seres celestiales son una realidad mucho mayor que sus símbolos terrenales, así como la cruz representaba una realidad mucho mayor que el altar que simbolizaba. No es pues de extrañar que el autor de Hebreos, contrastando el santuario terrenal con el celestial, llamó al celestial una realidad “más grande y más perfecta” (Hebreos 9:11), y al terrenal, sencillamente una “copia y sombra” (Hebreos 8:5).

En un extremo del servicio del santuario está la cruz; en el otro, la hueste angélica. Si la cruz y los ángeles representan cosas más reales que sus símbolos, ¿por qué debería el resto del santuario celestial ser menos real que los símbolos usados para representarlo? ¿Por qué espiritualizar en Apocalipsis lo que otras escrituras hacen literal?

¿Hay entonces un altar en el santuario celestial donde los ángeles ofrecen incienso, y por cuál motivo? El incienso no puede hacer nuestras oraciones más aceptables a Dios de lo que la sangre de toros y vacas pueden justificarnos. Aunque la Biblia no da suficiente información para conocer exactamente qué es lo que hay en el santuario celestial, cualquier cosa que sea, es una realidad “más grande y más perfecta” que el altar en la tierra, así como el altar del holocausto y los dos querubines de oro simbolizaban cosas más reales que ellos mismos. La insistencia dogmática de que cada pieza del mobiliario del santuario terrenal tiene que estar en el cielo, en lugar de forta-

lecer el argumento de la realidad de un santuario celestial, lo debilita; porque lo que está allá es más real que una caja de madera cubierta de bronce, con cuatro cuernos en las esquinas, un candelabro de oro o una mesa con dos columnas de pan. Un “tabernáculo más grande y más perfecto”, cualquiera que sea su significado, no puede ser un casco vacío.

Y si “la sangre de los toros y los machos cabríos no puede quitar los pecados” (Hebreos 10:4), ¿qué propósito tenía el templo terrenal? Si ninguno de estos sacrificios interminables podían expiar las transgresiones, ¿por qué el Señor instituyó el sacrificio de millones de criaturas desvalidas e inocentes? ¿No fue acaso para instruir al mundo en cuanto a la salvación, desde la muerte del “Cordero de Dios” sin mancha, hasta separar finalmente al pecado de los pecadores? Como “una sombra de los bienes venideros” (Hebreos 10:1), ¿no era acaso instructivo el propósito del santuario? Pablo dijo que el Evangelio había sido predicado al antiguo Israel (véase Hebreos 4:2), y que el servicio del santuario fue uno de los métodos más claros que usó el Señor para hacerlo.⁴⁰

Ahora bien, así como el santuario terrenal enseñaba a seres humanos terrenales en cuanto a la salvación, ¿no podría el santuario celestial enseñar a los habitantes celestiales en cuanto a lo mismo? No hay duda de que las inteligencias celestiales están interesadas en el plan de salvación, y así como el santuario terrenal nos enseñaba a nosotros, ¿no podría el “más grande” enseñarlos a ellos?⁴¹

El Apocalipsis muestra a seres celestiales observando —y reaccionando— ante las actividades de Dios en el santuario celestial. Cuando Jesús recibe el rollo con los siete sellos, los ángeles del santuario exclaman: “El Cordero que fue muerto es digno de recibir poder y riquezas, sabiduría y fortaleza, honra, gloria y alabanza” (Apocalipsis 5:12). Después de que se desatan los sellos, esos ángeles lo alaban de nuevo: “¡Amén! Ala-

banza y gloria, sabiduría y acción de gracias, honra, poder y fortaleza, a nuestro Dios por los siglos de los siglos. ¡Amén!” (Apocalipsis 7:12). Después de que los ángeles salen del templo celestial con las siete plagas (“Y salieron del Santuario los siete ángeles que llevaban las siete plagas” [Apocalipsis 15:6]) que empezaron a derramar sobre la tierra, un ángel del santuario exclama: “Cierto, Señor Dios Todopoderoso, tus juicios son verdaderos y justos” (Apocalipsis 16:7). Estos ángeles en el santuario han observado lo que el Señor está haciendo en el cielo, y, evidentemente, a medida que se va desplegando más ampliamente el cuadro se regocijan en las obras y el poder de Dios.

Pero más importante que el hecho literal del santuario celestial son sus verdades espirituales. La función substituye la forma, y la tercera escena del santuario en Apocalipsis, con su énfasis en el altar del incienso, indica la continua intercesión de Cristo como nuestro Sumo Sacerdote. Aunque no se menciona a Jesús, “la escena descrita puede entenderse como símbolo de la ministración de Cristo a favor de su pueblo... Cristo, como intercesor, añade sus méritos a las oraciones de los santos, que por este medio son hechas aceptables ante Dios”.⁴²

Así como los sacerdotes ministraban el incienso a favor del pueblo de Dios, sólo la justicia de Cristo —no un altar ardiendo con incienso— hace nuestras oraciones aceptables al Señor. La importancia no radica en si en el santuario celestial se usa un incienso real, sino en la obra de Cristo como nuestro Intercesor: “Pero si alguno hubiera pecado, Abogado tenemos ante el Padre, a Jesucristo el Justo” (1 Juan 2:1). “Por eso puede también salvar eternamente a los que por medio de él se acercan a Dios, ya que está siempre vivo para interceder por ellos” (Hebreos 7:25).

Lo que implica esta tercera escena del santuario, con todo el simbolismo tomado en consideración, es que la obra de Cristo

a nuestro favor continúa. El mismo amante Salvador que murió en la cruz por nosotros, está ahora obrando a nuestro favor en el cielo. El santuario enseña que la justicia de Cristo, forjada, elaborada por su vida perfecta y su muerte expiatoria, no se detiene en la cruz. Esa justicia —su justicia— es traspasada a su obra a nuestro favor en el cielo, y es lo único que hace que nuestra oraciones no sólo sean aceptables ante el Padre, sino que nosotros mismos también lo seamos.

¿En realidad, qué más necesitamos?

1. “El asunto del santuario fue la clave que aclaró el misterio del desengaño de 1844. Reveló todo un sistema de verdades que formaban un conjunto armonioso y demostraban que la mano de Dios había dirigido el gran movimiento adventista; y al poner de manifiesto la situación y la obra de su pueblo, le indicaba cuál era su deber desde allí en adelante” (*El conflicto de los siglos*, 476).
2. P. Gerard Damsteegt, “Among Sabbatarian Adventists”, in *Doctrine of the Sanctuary: A historical Survey*, 43, Frank Holbrook, ed. (Silver Spring, Md.: General Conference of Seventh-day Adventists, 1989), 43.
3. “El enemigo presentará falsas doctrinas, tales como la doctrina de que no existe un santuario. Este es uno de los puntos en los cuales algunos se apartarán de la fe” (*El evangelisniOy* 167).
4. Véase también 1 Crónicas 28:19.
5. Véase Brown, Driver, and Briggs, *Hebrew and English Lexicón of the Old Testament*.
6. Esta palabra también ha sido traducida como “escaleras” o “capas”. “Roof chamber” viene de Brown, Driver, and Briggs, bajo la raíz *bnh*.
7. Niels-Eric Andreason, “The Heavenly Sanctuary in the Old Testament”, en *The Sanctuary and the Atonement*, Richard Leshy y Arnold Wallenkamp, ed. 69. Si desea una lista de comentaristas que ven un santuario literal en estos versículos, vea la nota 21 en el artículo se acabó de mencionar.
8. “Mientras Moisés estaba en el monte, Dios le ordenó: ‘Hacerme han un santuario, y yo habitaré entre ellos’ (Exodo 25:8); y le dió instrucciones completas para la construcción del tabernáculo... Dios presentó ante Moisés en el monte una visión del santuario celestial, y le ordenó que hiciera todas las cosas de acuerdo con el modelo que se le había mostrado” (*Patriarcas y profetas*, 356).
9. Para un estudio más detallado del *tabnit*, véase Dick Davidson, *Typology in Scripture* (Berrien Springs, Mich.: Andrews University Press, 1981), 367, 388.
10. Gerhard Hasel, “The Little Horn, the Heavenly Sanctuary and the Time of the End: A Study of Daniel 8:9-14”, en *Symposium on Daniel*, Frank Holbrook, ed.

(Washington, D. C.: General Conference of Seventh-day Adventist, 1986), 378-426.

11. “El santuario celestial, en el cual Jesús ministra, es el gran modelo, del cual el santuario edificado por Moisés no era más que una copia... El esplendor incomparable del tabernáculo terrenal reflejaba a la vista humana la gloria de aquel templo celestial, donde Cristo nuestro precursor ministra por nosotros ante el trono de Dios. La morada del Rey de reyes, donde miles y miles ministran delante de él, y millones de millones están en su presencia (Daniel 7:10); ese templo, lleno de gloria del trono eterno, donde los serafines, sus resplandecientes guardianes, cubren sus rostros en adoración, no podía encontrar en la más grandiosa construcción que jamás edificaran manos humanas, mas que un pálido reflejo de su inmensidad y de su gloria” (*El conflicto de los siglos*, 466).
 “Así fue como los que estaban estudiando ese asunto, encontraron pruebas irrefutables de la existencia de un santuario en el cielo. Moisés hizo el santuario terrenal según un modelo que le fue enseñado. San Pablo declara que ese modelo era el verdadero santuario que está en el cielo. Y San Juan afirma que lo vio en el cielo” (Ibíd. 467).
12. William H. Shea, “Unity of Daniel”, en *Symposium on Daniel*, 165-220.
13. Hay tronos que se ponen en su lugar, el Anciano de días se sienta, un río de fuego sale delante de él, millares de millares le sirven, el Hijo del hombre viene en las nubes del cielo y se acerca al Anciano de días, los libros se abren y comienza el juicio. Este es, sin duda, un acontecimiento celestial.
14. William Johnsson, “The Heavenly Sanctuary—Figurative or Real?” en *Issues in the Book of Hebrews*, Frank Holbrook, ed. (Washington, D. C.: General Conference of Seventh-day Adventist, 1989), 40.
15. Platón, *Fedón* (Espasa-Calpe, Colección Austral, Buenos Aires, 1966), 40.
16. Platón, *La república o El estado* (Espasa-Calpe, Colección Austral, Madrid, 1973), 206.
17. Samuel Enoch Strumph, *From Sócrates to Sartre* (New York: McGraw-Hill, 1982), 56.
18. Platón, *Fedón*, 61.
19. Platón, *La república o El estado*, 157.
20. Platón, *Fedón*, 42
21. R. Williamson, “Platonism and Hebrews”, *Scottish Journal of Theology* 16 (1963), 419.
22. Johnsson, “The Heavenly Sanctuary—Figurative or Real?” 45.
23. Midrash Rabbah on Numbers, chapter 4, sec. 13, Soncino edition, 1:110, 111.
24. Sanhedrin 99b.
25. Berakoth, cap. 4., Mishnah 5.
26. Midrash on Psalms. Psalm 30. sec. 1.
27. Pesahim 54a.
28. Testament of Levi 5:1.
29. *The Jewish Encyclopedia*, 11:616.
30. *The Jewish Encyclopedia*, 1:596.
31. Ibíd. 8:537.

32. La frase “literatura (o género) apocalíptica” se refiere a algo más que el libro de Apocalipsis. “La forma apocalíptica fue común entre los judíos del período intertestamentario (desde Malaquías [unos 400 años a. C.] hasta Cristo) y los primeros cristianos, y también entre ciertos escritores de la iglesia primitiva” (*Comentario bíblico adventista*, 7:733, 740-741; 5:88-91).
33. Davidson, “Sanctuary Typology”, en *Symposium on Revelation*, 103, 104.
34. Roy Adams, *The Sanctuary* (Hagerstown, Md.: Review and Herald, 1993), 54.
35. “Hay que evitar dos peligros. No podemos concentrarnos solamente en la ‘geografía celestial’ y perder los mensajes espirituales que son comunicados. Pero también podemos espiritualizar la realidad espacio-temporal y así perder a ambos: la substancia literal y la verdad espiritual”. Davidson, “Sanctuary Typology”, 106.
36. “Sólo queda un recuerdo: nuestro Redentor llevará siempre las señales de su crucifixión. En su cabeza herida, en su costado, en sus manos y en sus pies se ven las únicas huellas de la obra cruel efectuada por el pecado” (*El conflicto de los siglos*, 732. Véase el *Comentario bíblico adventista*, 7:967).
37. Davidson, “Sanctuary Typology”, 104.
38. “Aunque podamos afirmar la *realidad* del santuario celestial en el libro de Hebreos, contamos comparativamente con muy pocos datos sólidos en cuanto a su apariencia” (Johnsson, “The Heavenly Sanctuary—Figurative or Real?”, 51).
39. “Cuando en una visión le fue dado al apóstol Juan que viese el templo de Dios en el cielo, contempló allí ‘siete lámparas de fuego ardiendo delante del trono’ (Apocalipsis 4:5, VM). Vio un ángel que tenía ‘en su mano un incensario de oro; y le fue dado mucho incienso, para que lo añadiese a las oraciones de todos los santos, encima del altar de oro que estaba delante del trono’ (Apocalipsis 8:3, VM). Se le permitió al profeta contemplar el primer departamento del santuario en el cielo; y vio allí las ‘siete lámparas de fuego’ y el ‘altar de oro’, representados por el candelabro de oro y el altar de incienso en el santuario terrenal. De nuevo ‘fue abierto el templo de Dios’ (Apocalipsis 11:19), y miró hacia adentro del velo interior, el lugar santísimo. Allí vio ‘el arca de su pacto’, representada por el cofre sagrado construido por Moisés para guardar la ley de Dios” (*El conflicto de los siglos*, 446, 467).
40. “Todos los que servían en relación con el santuario eran educados constantemente acerca de la intervención de Cristo a favor de la raza humana. Ese servicio tenía el propósito de crear en cada corazón amor por la ley de Dios, que es la ley del reino divino. Las ofrendas de sacrificios habían de ser una lección objetiva del amor de Dios revelado en Cristo” (*Mensajes selectos*, 1:274).
41. Véase *Desequilibrio fatal*, 53-132.
42. *Comentario bíblico adventista*, 7:803.

8

La hora de su juicio

Aunque las primeras tres escenas del santuario celestial en Apocalipsis se relacionan con el primer departamento, la cuarta se desarrolla directamente en el segundo departamento, el Lugar Santísimo: “Entonces fue abierto el Santuario de Dios que está en el cielo, y quedó a la vista el Arca de su Pacto en su Santuario. Y hubo relámpagos, voces y truenos, y un terremoto y una fuerte granizada” (Apocalipsis 11:19).*

“El Arca de su Pacto” llamada también “el Arca del Testimonio” (Exodo 25:22), “el Arca del Pacto” (Números 10:33), y “el Arca del Pacto de Dios” (Jueces 20:27), era el cofre de madera recubierto de oro que contenía la vara de Aarón, la vasija de oro con maná y las dos tablas sobre las cuales Dios escribió los Diez Mandamientos. Sobre el arca estaba el propiciatorio, y tanto el arca como el propiciatorio estaban en el Lugar Santísimo, donde una vez al año el sumo sacerdote

ministraba en el Día de Expiación, que era un tiempo de juicio para el pueblo de Dios.

No es de extrañar, entonces, que el Lugar Santísimo aparezca en el libro de Apocalipsis en el contexto del juicio. En los versículos que están inmediatamente antes de que Juan viera “el Arca de su Pacto” en el templo en el cielo, los veinticuatro ancianos están alabando a Dios, diciendo: “Te damos gracias, Señor Todopoderoso, que eres y que eras, porque has asumido tu inmenso poder, y has empezado a reinar. Se han airado las naciones, y ha llegado tu ira: el tiempo de juzgar a los muertos, de dar el galardón a tus siervos los profetas, a los santos y a los que veneran tu Nombre, pequeños y grandes, y de destruir a los que destruyen la tierra” (Apocalipsis 11:17, 18).

Es tiempo de juzgar a los muertos, y entre ellos están los “siervos de Dios, los profetas y los santos”. Sin lugar a dudas, este juicio es positivo; es el juicio de estas personas y a su favor, porque, como resultado, reciben su recompensa. Por eso el versículo siguiente muestra el Lugar Santísimo, donde se celebraba el juicio en el santuario terrenal, un juicio a favor de los fieles hijos de Dios. Excepto en la inauguración del santuario terrenal, el Sumo Sacerdote entraba en el segundo departamento sólo para el juicio. Por esta razón el Apocalipsis, después de avanzar del Lugar Santo al Santísimo proclama el mensaje de la hora del juicio: “¡Reverenciad a Dios y dadle honra, porque ha llegado la hora de su juicio!” (Apocalipsis 14:7).

Excepto en Apocalipsis 6:10, en donde se clama que haya un juicio que aún no se ha llevado a cabo, este libro no describe un juicio sino hasta que llega al capítulo 11, versículo 18, e inmediatamente introduce el Lugar Santísimo en el versículo 19. Sólo *después* de la escena de este segundo departamento aparecen las palabras comunes para juicio (*krima, krino*): “Porque tus actos de justicia han quedado manifiestos” (15:4). “Ha juzgado a la gran ramera” (19:2). El “juzga y pelea con

justicia” (19:11). “Y cada uno fue juzgado según sus obras” (20:13). El juicio no tiene lugar hasta que ocurre la transición del primer departamento al segundo, y el segundo departamento no aparece sino hasta la segunda mitad del libro.²

Esta transición es una de las más importantes de todas las escenas de introducción del santuario celestial, porque el juicio que representa es el suceso fundamental que precede a la consumación de la salvación: la segunda venida de Jesús.³

El traslado al Lugar Santísimo y la visión del “Arca de su Pacto” introduce automáticamente los Diez Mandamientos que estaban colocados dentro del arca. No es de extrañar, entonces, que después de ver el Lugar Santísimo en el cielo, dos versículos en Apocalipsis mencionen la obediencia a los Diez Mandamientos: el dragón procura hacer guerra contra “el resto de sus hijos, los que guardan los Mandamientos de Dios” (Apocalipsis 12:17); y “¡Aquí está la paciencia de los santos, los que guardan los Mandamientos de Dios y la fe de Jesús!” (Apocalipsis 14:12). El Apocalipsis vincula, pues, el Lugar Santísimo del santuario celestial con el juicio y los mandamientos de Dios.⁴

El primer ángel de Apocalipsis 14 anuncia que ha llegado el juicio de Dios. Y antes de que termine el capítulo, otro ángel sale del templo con una hoz “porque ha llegado la hora de segar, y la mies de la tierra está madura” (Apocalipsis 14:15). Cristo viene para recibir a su pueblo, pero antes de hacerlo los juzga mediante un proceso por medio del cual él separa la paja del trigo. El juicio está ligado a la segunda venida; en realidad, el juicio es el prerrequisito para la segunda venida.

“El Señor juzgará a su pueblo” (Hebreos 10:30).

“Tened también vosotros paciencia, afirmad vuestro corazón, porque la venida del Señor se acerca. Hermanos no os quejéis unos de otros, para que no seáis condenados. Mirad que el juez está a la puerta” (Santiago 5:8, 9).

“Dejad crecer juntos lo uno y lo otro hasta la siega. Y al

tiempo de la siega yo diré a los segadores: Arrancad primero la cizaña, y atadla en manojos para quemarla, pero juntad el trigo en mi granero” (Mateo 13:30).

“Cuando el rey entró a ver a los convidados, notó allí un hombre sin vestido de boda. Y le dijo: ‘Amigo, ¿cómo entraste aquí sin vestido de boda?’ Pero él cerró la boca. Entonces el rey dijo a los que servían: ‘Atadlo de pies y manos, y echadlo en las tinieblas de afuera’” (Mateo 22:11-13).

“Juntará el trigo en su granero, y quemará la paja en el fuego inapagable” (Lucas 3:17).

“Y mientras fueron a comprar, llegó el novio, y las que estaban preparadas, entraron con él a la boda. Y se cerró la puerta. Después vinieron también las otras vírgenes, y dijeron: ‘¡Señor, señor, ábrenos!’. Pero él respondió: ‘Os aseguro que no os conozco’. Velad, pues, porque no sabéis el día ni la hora en que el Hijo del Hombre ha de venir” (Mateo 25:10-13).

Antes de la segunda venida hay un juicio del profeso pueblo de Dios, en el cual el Señor separará a los fieles de los infieles. “El juicio previo al advenimiento —escribe Edward Heppenstall— es el preludio de la venida de Cristo y el establecimiento de su reino. El apóstol Juan habla en Apocalipsis 14:6-20 de la segunda venida de Cristo como dependiente del juicio que hace posible que él pague ‘a cada uno según sus obras’ (Romanos 2:6). Este juicio se representa con las figuras de la cosecha del trigo —los justos—, y la cosecha de las uvas silvestres: los que no se han arrepentido”.⁵

Por supuesto, no hay ningún otro aspecto del adventismo que haya sufrido más ataques que el juicio previo al advenimiento, especialmente porque se supone que anula la cruz.⁶

No hay duda de que el juicio investigador ha sido enseñado en una manera contraria al Evangelio, lo que contribuye a comprender la antipatía que despierta; pero es una gran mentira decir que la doctrina en sí misma contradice el Evangelio. Al

contrario, lejos de negar la cruz, el juicio previo al advenimiento conduce al clímax de la obra de Cristo en el Calvario.

Como los Diez Mandamientos están íntimamente vinculados al juicio, hemos tenido la tendencia a insistir más en la ley que en la gracia, aunque el juicio investigador tiene que ver, ante todo, con la gracia. Apocalipsis 11:19 hace énfasis *en el arca* que contiene la ley, no en la ley. En el Día de Expiación de Levítico, tipo terrenal del juicio celestial, casi todo estaba relacionado con sangre, no con la ley.

“Luego tomará un poco de la *sangre* del becerro, y con su dedo rociará al lado oriental del Propiciatorio, y con su dedo esparcirá la *sangre* siete veces ante el Propiciatorio. Después degollará para el sacrificio de la expiación, el macho cabrío por el pecado del pueblo. Llevará la *sangre* al interior, detrás del velo, y hará con la *sangre* como hizo con la *sangre* del becerro, la esparcirá sobre el Propiciatorio y delante de él... Entonces Aarón saldrá hacia el altar que está ante el Eterno, y lo exiará. Tomará *sangre* del becerro, *sangre* del macho cabrío, y untará todos los cuernos del altar. Y con su dedo esparcirá de la *sangre* siete veces sobre él. Así lo purificará y lo santificará de las impurezas de los israelitas” (Levítico 16:14,15, 18, 19, la cursiva es nuestra).

Con la excepción del macho cabrío [Azazel] —símbolo de Satanás, no de Cristo—,⁷ la sangre era el elemento clave en el Día de Expiación. “Porque la vida de la criatura está en la sangre, y yo os la he dado para exiar vuestras personas sobre el altar. Por eso la misma sangre exiará a la persona” (Levítico 17:11). La sangre es la que expía, purifica del pecado, no la ley; y cada gota simbolizaba la única sangre que realmente realiza la expiación: la sangre de Cristo.⁸ “Sabed que habéis sido rescatados de la vana conducta que recibisteis de vuestros padres, no con cosas corruptibles, como oro o plata, sino con la sangre preciosa de Cristo, como de un cordero sin mancha ni

defecto” (1 Pedro 1:18,19).

Así como la sangre era lo único que le permitía al penitente israelita salir ileso en el Día de Expiación, así la sangre —la sangre de Cristo— es lo único que le permite al penitente salir ahora ileso en el Día de Expiación celestial. En el ministerio diario Cristo, como Intercesor, presenta su propia y perfecta vida en lugar de la vida imperfecta del pecador arrepentido; en el servicio anual hace lo mismo. Siempre que el nombre de uno de sus verdaderos seguidores aparece ante el juicio,⁹ Cristo presenta su sangre,¹⁰ su justicia, a favor de esa persona.

“El juicio previo al advenimiento —escribe Norman Gullett— está centralizado en Cristo, no en el hombre. Lo decisivo no es tanto lo que las personas tienen o hayan hecho de por sí. Es, más bien, si han aceptado o rechazado lo que Cristo hizo por ellos cuando fue juzgado en su lugar en la cruz del Calvario” (Juan 12:31).”

El ministerio anual de Cristo es un acontecimiento más concluyente que su ministerio diario, porque en el anual su sangre cubre a los pecadores *vez por todas*. Bajo el ministerio diario, el pecador puede ser cubierto, pero podría apartarse y finalmente perderse. Pero una vez que Cristo nos libre en el juicio por virtud de su sangre, su perfección, su manto de justicia (véase Mateo 22:1-13), somos “una vez salvos, siempre salvos”, y nunca más estaremos en peligro de apostatar. Cuando los nombres de los verdaderos penitentes aparezcan en el juicio, quedarán sellados para siempre, eternamente seguros en Cristo. “El que es injusto siga siendo injusto, y el sucio siga ensuciándose. El justo siga siendo justo, y el santo siga santificándose” (Apocalipsis 22:11). Y la única manera de ser considerados “santos” y “justos” a la vista de Dios —no importa cuán obedientes, fieles y santificados seamos por la morada del Espíritu Santo en nosotros—, es por medio de la justicia de Cristo que nos es imputada, justicia que él invoca a nuestro

favor de una vez por todas en el juicio previo al advenimiento.

Cuando el Sumo Sacerdote entraba en el segundo departamento del santuario terrenal, esparcía dos veces la sangre “sobre el Propiciatorio y delante de él” (Levítico 16:15).

“Propiciatorio” es una traducción que se deduce de la difícil palabra hebrea *kapporet*, de la raíz *kpr*. El origen de *kpr* es discutible; los eruditos la vinculan con “lavar” o “limpiar”, pero comúnmente se traduce como “hacer propiciación”, “apaciguar”, “cubrir”, “expiar”. Muchas veces se traduce como expiar. “Porque la vida de la criatura está en la sangre, y yo os la he dado para expiar [*kpr*] vuestras personas sobre el altar. Por eso la misma sangre expiará a la persona” (Levítico 17:11). “Aquel día dijo Moisés al pueblo: ‘Vosotros habéis cometido un gran pecado. Pero subiré ahora al Eterno. Quizás consiga el perdón [*kpr*] de vuestro pecado’” (Exodo 32:30).

Este verbo también se usa para “rescate”. En el antiguo Israel, si un hombre tenía un buey que era violento y mataba a una persona, el dueño tenía que pagar con su vida o hacer una restitución financiera: “Si se impone rescate, dará por el rescate (*kpr*) de su persona, cuanto le sea impuesto” (Exodo 21:30).

Por lo tanto, la sangre se usaba para librar de la culpa. (¡Cualquiera que sea el significado exacto de *kpr*, no hay duda de que se puede aplicar a “cubrir y expiar” la transgresión.

El *kapporet* o “propiciatorio” era fundamental en el Día de Expiación. En lugar del pecador se aceptaba la sangre de un animal inocente, y esa sangre era rociada sobre el *kapporet* y delante de él, lo que en sí implicaba expiación y protección. El *kapporet* no se levantaba ni era removido en el Día de Expiación. Cubría la ley, que nunca salía a la vista porque este era el Día de Expiación, y la ley no podía expiar a nadie ni a nada. La migra era la que expiaba.

Ya sabemos lo suficiente para no creer que la obediencia en la ley expía nuestros pecados. Nadie ha guardado jamás la ley,

ni la guardará lo suficiente como para ser salvo por ella. Sólo la justicia de Cristo —simbolizada por la sangre y por el *kapporet*— nos libra del juicio.

De manera que en el juicio previo al advenimiento, tipificado por el ritual del Yom Kippur (Día de Expiación), lo que nos cubre es lo que Cristo ha hecho como nuestra expiación. No es nuestra obediencia a la ley —aunque tiene importancia— lo que nos permite mantenemos perfectos, santos y justos a la vista de Dios durante el juicio. Solamente la justicia que Cristo nos imputa (acredita) a nuestro favor —justificación concedida— puede sellarnos en el Día de la Expiación.

Hay quienes rechazan la justicia imputada. Temen que sea una excusa para pecar. Los que tienen esta actitud nunca han experimentado personalmente la justificación por la fe, porque los que la han sentido saben que el gozo y la libertad de ser justificados en Cristo conduce a la persona a odiar y apartarse del pecado, no a acariciarlo. Las maravillosas y liberadoras noticias de que Cristo es nuestro sustituto *nunca* implican que estamos exonerados de obedecer la ley. Esa justificación imputada sencillamente nos libera de la esclavitud y la inutilidad de tratar de ser salvos por la ley.

La expiación nunca será una licencia para pecar, especialmente en el Día de Expiación, cuando la gente debía “afligir” sus almas (véase Levítico 16:31). No importa cuán firmes se sintieran los escritores del Nuevo Testamento en cuanto a la justificación por la fe, también lo estaban en cuanto a la obediencia y a la vida justa. “Hijos míos, que nadie os engañe. El que practica la justicia es justo, como Cristo es justo” (1 Juan 3:7). “Pero los que son de Cristo, han crucificado la carne con sus pasiones y malos deseos. Si vivimos en el Espíritu, andemos también en el Espíritu” (Gálatas 5:24,25).

En el contexto del Lugar Santísimo, en donde sólo la justicia de Cristo puede expiar, el Apocalipsis menciona dos

veces la ley (véase Apocalipsis 12:17; 14:12). Pablo pregunta: “Luego, ¿anulamos la Ley por la fe? ¡De ninguna manera! Al contrario, confirmamos la Ley” (Romanos 3:31). Los que viven bajo el engaño de que la justificación por la fe no exige obediencia estricta a los Mandamientos de Dios, se encontrarán un día abrumados por las palabras que saldrán directamente de la boca de Cristo: “¡Nunca os conocí! ¡Apartaos de mí, obradores de maldad!” (Mateo 7:23).

Ni siquiera el hecho de que Cristo es nuestro sustituto anula el juicio en donde se tienen en cuenta nuestras obras. Al contrario, nuestras obras muestran que tenemos una fe salvadora. “Así también, si la fe no tiene obras, está muerta. Pero alguno dirá: ‘Tú tienes fe, y yo tengo obras’. Muéstrame tu fe sin tus obras, y *yote mostraré* *mife por mis obras*” (la cursiva es nuestra).

Los que no son adventistas también lo ven así: S. H. Travis escribe lo siguiente en el *Diccionario de Pablo y sus Cartas* [Diccionario de Pablo y sus Cartas]: “El enfoque de Pablo en la relación con Cristo no está en conflicto con su afirmación del juicio de acuerdo a las obras; porque él entiende que las obras de la persona son evidencia de su carácter, que muestran si su relación con Dios se fundamenta en la fe o en la incredulidad... En el juicio final, la evidencia de sus obras confirmará la realidad de esta relación”. ¡Travis se expresa como si estuviera describiendo el juicio investigador!

Cuando Apocalipsis 11:19 abre el camino hacia el Lugar Santísimo del santuario celestial, lo abre hacia la fase final de la obra de Cristo por nosotros. Esa obra es más de expiación que de juicio, por lo cual se la llama el Día de *Expiación*, no el Día del *Juicio*. La expiación bíblica es el acto de Dios de reconciliarnos consigo mismo, y cualquier acción dedicada exclusivamente a esa reconciliación debe constituir buenas nuevas. La expiación siempre es buenas nuevas: es la esencia

del Evangelio; y el Día de Expiación es una noticia aún mejor.

1. Kenneth Strand, “An Overlooked Old-Testament Background to Revelation 11:1”

(*Andrews University Seminary Studies*, 22, no. 3), argumenta que Apocalipsis 11:1 podría estar vinculado al Día de Expiación de Levítico 16. El ve la “medida” del templo, el altar, y los adoradores vinculados en el ritual del *Yom Kippur*. “Hay, sin embargo, un pasaje del Antiguo Testamento que presenta un paralelo sorprendente con Apocalipsis 11:1, esto es, *Levítico 16* en donde se describe el Día de Expiación del antiguo Israel. Excepto la omisión del sacerdocio en Apocalipsis 11:1, los mismos tres objetos bajo estudio son comunes a ambos pasajes: templo, altar, y adoradores” (324). El problema con esta tesis es que Apocalipsis 11:2 presenta a la Santa Ciudad siendo pisoteada por “cuarenta y dos meses” *después* de la medición que tiene lugar en el versículo 1, lo cual no es la interpretación aceptada por los Adventistas del Séptimo Día en cuanto a la relación entre el Día de Expiación antitípico, y el período del tiempo profético representado por los cuarenta y dos meses.

2. La transición en Apocalipsis del Lugar Santo al Lugar Santísimo tiene un paralelismo con Daniel 8, que abunda en palabras e imágenes del santuario. Una parte considerable de Daniel 8 presenta la obra del cuerno pequeño contra el ministerio suinosacerdotal de Cristo. Daniel aclara que el cuerno pequeño ataca el “*tamid*” > el “diario” (versículo 11), que es el punto central del ministerio celestial del Sumo Sacerdote en el primer departamento.

Angel Rodríguez escribe: “Un estudio del uso del *tamid* en el libro de Levítico, revela que el término estaba estrechamente vinculado con el ministerio de los sacerdotes en el primer departamento del santuario. Nunca se usa en conexión con el ministerio en el segundo departamento”.

Exactamente como en las tres primeras escenas del santuario celestial en Apocalipsis, el énfasis en Daniel 8 sólo se hace en el primer departamento; pero, como en Apocalipsis, el cambio al siguiente departamento sucede también en Daniel. Daniel 8:14 dice: “Hasta 2,300 días de tardes y mañanas. Entonces el Santuario será purificado”. El vínculo con el Día de la Expiación en el segundo departamento es obvio, porque solamente entonces, cuando el Sumo Sacerdote entraba al segundo departamento (que contenía el “arca del testimonio”) era purificado el santuario. El capítulo va desde el Lugar Santo al Lugar Santísimo. De manera que Daniel 8 dice en un capítulo lo que Apocalipsis desarrolla en once: cubre la transición del Lugar Santo al Lugar Santísimo.

3. Los mismos símbolos de Daniel 8 prueban la importancia del juicio previo al advenimiento. El capítulo consiste en la visión del camero (versículo 3), el macho cabrío (versículo 5), el cuerno pequeño (versículo 9) y la purificación del santuario (versículo 14). El resto del capítulo explica esta visión, o por 'd menos la mayor parte de ella. El camero es identificado como Media y Persia (versículo 20), uno de los poderes más importantes del mundo antiguo. Es difícil exagerar la importancia

de este imperio, porque fue la nación que el Señor usó en forma especial para vencer a Babilonia y también para reintegrar a los judíos a su tierra después de la cautividad babilónica. Por lo tanto, la nación compuesta por los medos y los persas fue un instrumento de extrema importancia, no solamente en la antigua historia del Cercano Oriente sino, específicamente, en la salvación bíblica y aun en la historia de la salvación.

El macho cabrío se identifica como Grecia (versículo 21). Una vez más Daniel está tratando con un símbolo de gran importancia en la historia. Bajo la dirección de Alejandro, los griegos macedonios extendieron su dominio por todo el mundo antiguo conocido. Con Grecia y con Medo-Persia, Daniel estaba tratando con un gran poderío y con acontecimientos de importancia increíble.

El cuerno pequeño es Roma, tanto pagana como papal. La importancia de este poder tampoco se puede exagerar demasiado, no sólo por la historia del mundo sino también por la historia de la salvación. Hoy día no solamente estamos viviendo con los efectos de este poder, sino *con este poder*. De acuerdo a la Biblia (Daniel 2 en particular), estos son aún los días del Imperio Romano en su fase papal. Fue Roma la que crucificó a Cristo; fue Roma la primera que sofocó y luego usurpó el Evangelio; y es Roma la que jugará un papel de suma importancia en los sucesos de los últimos días. Y este cuerno pequeño es también, sin duda, de suma importancia.

Y, finalmente, la visión de Daniel 8 culmina con la purificación del santuario en el versículo 14.

Los siguientes cuatro temas componen la visión de Daniel 8: Medo-Persia, Grecia, Roma y la purificación del santuario. Si Medo-Persia fue tan importante; si el segundo, Grecia, fue tan importante, y el tercero, Roma fue y sigue siendo tan importante, ¿qué prueba esto en cuanto al cuarto tema o aspecto?

¡También debe ser fundamental! Si hay solamente cuatro temas y los primeros tres son de suma importancia, el cuarto —la purificación del santuario— debe serlo también.

¿Por qué el Señor tendría que hacer culminar estos tres importantes poderes mundiales con un suceso carente en sí mismo —aparentemente— de un significado fundamental?

No importa cómo se pueda interpretar la purificación del santuario de Daniel 8:14, es evidente que debe ser un suceso fundamental en la historia de la salvación, que corre parejo con los principales poderes mundiales que comparten la misma visión. Y no hay duda de que el juicio previo al advenimiento, —el juicio final antes de la segunda venida de Cristo— es un evento tal.

Además, la aplicación del principio de día por año, que exige la misma profecía —los 2,300 años de Daniel 8:14— constituye la secuencia más larga de tiempo profético de las Escrituras. Ninguna otra profecía abarca tantos años. R. F. Cottrell describa que “el hecho de que mediante sus profetas Dios señalara el tiempo de la purificación del santuario más de dos mil años antes de que tuviera lugar, indica claramente que se trata de un suceso de no poca importancia. Debe ser un suceso de tal magnitud que preocupe profundamente a la raza humana”.

La importancia de Daniel 8:14 establece firmemente el llamado profético de la

Iglesia Adventista del Séptimo Día, porque nadie más utiliza esta profecía. La mayoría de las otras iglesias ignoran la profecía, y las pocas que hacen algún comentario en cuanto a ella la vinculan, por lo general, con el rey seléucida de la antigüedad, llamado Antíoco IV Epifanes, una interpretación absurda basada en una falsa tradición, en una historia imperfecta y en una exégesis defectuosa. La purificación del santuario es claramente un suceso apocalíptico de importancia superado solamente por la segunda venida, y sólo los adventistas conocen el desarrollo de lo que está sucediendo, por lo tanto, hay que predicarlo.

No es coincidencia tampoco que en el momento de la transición del Lugar Santo al Lugar Santísimo — 1844—, surge el mensaje de la verdad presente vinculado con él. Los mensajes de los tres ángeles de Apocalipsis 14 empezaron a predicarse después que fue comprendida la verdad del ministerio de Cristo en el segundo departamento, porque los mensajes de los tres ángeles están vinculados a esa segunda fase de la obra de Cristo.

4. “Nadie podía dejar de ver que si el santuario terrenal era una figura o modelo del celestial, la ley depositada en el arca en la tierra era una copia exacta de la ley guardada en el arca del cielo; y que aceptar la verdad relativa al santuario celestial envolvía el reconocimiento de las exigencias de la ley de Dios y la obligación de guardar el sábado del cuarto mandamiento. En esto se basó el secreto de la oposición violenta y resuelta que se le hizo a la exposición armoniosa de las Escrituras, que revelaban el servicio desempeñado por Cristo en el santuario celestial” (*El conflicto de los siglos*, 488).
5. Heppenstal, *Our High Priest*, 219, 220.
6. Para un juicio crítico más detallado y amplio, véase Desmond Ford, *Daniel 8:14, The Day of Atonement, and the Investigative Judgment* (Casselberry, Fla.: Euanglion Press, 1980).
7. Para un estudio detallado de Azazel, véase Alberto Trieier, *The Day of Atonement and the Heavenly Judgment*, 231-265.
8. “Porque la sangre de los toros y los machos cabríos no puede quitar los pecados” (Hebreos 10:4).
9. Véase Apocalipsis 3:5; Mateo 10:32; Lucas 12:8; Mateo 22:1-13.
10. “Cuando en el servicio simbólico el sumo sacerdote salía del lugar santo el día de la expiación, se presentaba ante Dios para ofrecer la sangre de la víctima ofrecida por el pecado de todos los israelitas que se arrepentían verdaderamente. Así también Cristo sólo había terminado una parte de su obra como intercesor nuestro para empezar otra, y sigue aún ofreciendo su sangre ante el Padre en favor de los pecadores” (*El conflicto de los siglos*, 482).
11. Norman Guley, “Daniel’s Pre-Advent Judgment in Its Biblical Context”, *Journal of the Adventist Theological Society* (Autumn 1991, 59).
12. La *Strong’s Exhaustive Concordance* tiene una versión de *kpr* que se usa para cada traducción de la palabra “atonement” en el Antiguo Testamento.
13. S. H. Travis, “Judgment”, in *Dictionary of Paul and His Letters*, Gerald Hawthorne and Ralph Martin, eds. (Downers Grove, Ill.: InterVarsity Press, 1993), 517.



Uno semejante al Hijo del hombre

i le lamentable que la obra de Cristo en el segundo departamento del santuario en el cielo haya sido distorsionada por más de un siglo, y en lugar de verse el juicio previo al advenimiento como la aplicación cumbre del Calvario a nuestro favor, hay muchos adventistas que han puesto el juicio en tensión y hasta en oposición a la cruz. La salvación debe tener sus raíces en lo que Cristo ha hecho por nosotros, sin embargo hemos enseñado el juicio investigador en tal forma que la atención se enfoca en nosotros y en lo bien que nos desempeñamos, una situación desesperada aun para para el más santo y más santificado cristiano Adventista del Séptimo Día.

No es de extrañar entonces que haya tantos adventistas que no tengan la seguridad de su salvación. ¿Cómo podría alguien tener esperanza de hacerse aceptable ante Dios, mirándose a sí mismo y a sus obras, especialmente si ha tenido también una

vislumbre de la santidad y la justicia de la Deidad? Pero lejos de negar el Evangelio, cuando el ministerio de Cristo en el Lugar Santísimo del santuario celestial *enseña en relación con lo que él realizó en la cruz*, queda confirmado que nuestra salvación viene solamente por fe en lo que él ha hecho por nosotros, y sólo por eso.

Helmut Ott escribe lo siguiente: “El Evangelio no admite excepciones: ‘El que tiene al Hijo tiene vida eterna; el que no tiene al Hijo, no tiene vida eterna’. O somos salvados por gracia mediante la fe en los méritos del Salvador, o no somos salvados”.*

Algunos adventistas también reducen el concepto de los dos departamentos en el santuario celestial, sin duda como reacción a la manera deficiente en que hemos enseñado la idea del juicio en general. Aunque estos fieles adventistas creen que hay un santuario, en la verdad del juicio investigador y la validez de 1844, no obstante rechazan la idea de que Cristo haya trasladado su ministerio del Lugar Santo al Lugar Santísimo del santuario celestial; en cambio, fijan su interés más bien en las *fases* del ministerio celestial de Cristo que en ese movimiento o traslado celestial.²

Las fases del ministerio de Cristo son, por supuesto, infinitamente más importantes que ese traslado; pero lo importante es lo que Cristo hace en el cielo, no cómo lo hace. Sin embargo, este nuevo énfasis, aunque quizás constituye un bien intencionado intento de hacer la doctrina más aceptable a personas no adventistas, no solamente se aparta de lo que enseñaron los pioneros³ sino que es realmente una concesión innecesaria.

¿Se trasladó Cristo realmente del primero al segundo departamento del santuario celestial?

Un lugar apropiado para responder esta pregunta es comenzar con el capítulo 7 de Daniel. Este capítulo comienza en la tierra con cuatro grandes bestias, que representan cuatro

reinos mundiales que surgen del “gran mar” (versículo 2). Tanto los judíos como los eruditos bíblicos cristiano han interpretado durante siglos que el león, el oso, el leopardo, y la cuarta bestia, representan, respectivamente, los sucesivos reinos de Babilonia, Medo-Persia, Grecia y Roma pagana.⁴

Después de la bestia que representa a la Roma pagana, surgió el poder del feroz cuerno pequeño que, entre otras cosas, combatiría “a los santos” (versículo 21), hablaría “palabras contra el Altísimo” (versículo 25) y trataría de “cambiar los tiempos y la ley” (versículo 25). Este cuerno pequeño fue descrito más adelante en una profecía de tiempo profético que colocaba un aspecto de su obra en el siglo dieciocho o diecinueve.⁵

Muchos eruditos modernos identifican este cuerno pequeño como el rey seléucida Antíoco Epífanes (siglo II a.C).⁶ Los futuristas lo identifican como un poder desconocido que aún no ha surgido; pero las características de este cuerno pequeño que presentan las Escrituras, comprueban que sólo puede ser la Roma papal, como ha sido reconocido por judíos y eruditos cristianos desde hace siglos.⁷

Después de describir el poder del cuerno pequeño, el énfasis del capítulo 7 de Daniel se traslada hacia arriba, a la escena del juicio en el cielo. El juicio aparece tres veces en este capítulo.

“Mientras yo miraba fueron *puestos* tronos, y un Anciano de muchos días se sentó” (versículo 9). Luego se describe al Anciano de muchos días: “Su vestido era blanco como la nieve, y el cabello de su cabeza como lana pura”; y también su trono: “Su trono llama de fuego, y sus ruedas fuego ardiente”. El siguiente versículo describe una vasta multitud celestial que “asistían ante él”, y, finalmente, “el tribunal se sentó en juicio, y los libros fueron abiertos” (versículo 10).

En el versículo 9 dice que los tronos “fueron puestos”. La

raíz del verbo arameo *rma* significa literalmente “lanzar”, “echar”. La misma raíz aparece en Daniel 3:24, cuando Nabucodonosor preguntó a los soldados: “¿No *echaron* tres varones atados dentro del fuego?”, y en Daniel 6:16 cuando “trajeron a Daniel, y lo *echaron* en el foso de los leones”. Por qué se usó ese verbo en particular en Daniel 7:9, es otra historia.⁸ Lo importante es que esos tronos al ser “puestos” están en movimiento.

La descripción del trono de Dios en conexión con el juicio refleja los símbolos de Ezequiel cuando describe su visión del Señor, también sobre un trono (veáse Ezequiel 1:26), rodeado de fuego (versículo 4) y con ruedas (versículo 16). Aunque el contexto de Ezequiel difiere del de Daniel, en ambos casos el trono o tronos se mueven.⁹

Esta escena del juicio continúa en Daniel 7:13: “Seguí mirando en la visión de la noche, y vi que con las nubes del cielo venía como un Hijo de hombre. Llegó hasta el Anciano de días y fue llevado ante él”.

Por supuesto, este “Hijo de hombre”¹⁰ es Jesús, quien en cada uno de los cuatro Evangelios se llama a sí mismo el “Hijo del hombre”.¹¹ Las “nubes del cielo” se pueden entender como ángeles, quienes en forma masiva tienen la apariencia de nubes.¹² Y a pesar de los intensos esfuerzos de la alta crítica de vincular al “Anciano de días” con el dios cananeo El, ¹³esta frase se refiere claramente al Padre, a Jehová, al “Dios eterno”.¹⁴

En el versículo 13 en la visión de Daniel, los tres verbos que se refieren al “Hijo del hombre” denotan movimiento.

El versículo dice que el Hijo del hombre *venía* “con las nubes del cielo”. La raíz aramea del verbo *ath* significa literalmente “venir”. Por ejemplo, se usa en Esdras 5:3: “En ese tiempo *vin*o a ellos Tatnai, capitán del otro lado del río”, y en Esdras 4:12: “Sea notorio al rey, que los judíos que partieron de ti a nosotros, *vinieron* a Jerusalén” (la cursiva es nuestra).

Daniel 7:13 dice más adelante que el Hijo del hombre “*llegó* hasta el Anciano de Días” (la cursiva es nuestra). Este verbo deriva de la raíz *math*, que significa “a Daniel 6:24 refiriéndose a los acusadores de Daniel, que fueron echados en el foso de los leones y devorados “antes de *llegar* f *math*, alcanzar] al suelo del foso”.

La última frase de Daniel 7:13 dice que el Hijo del hombre “fue *llevado* ante... el Anciano de días” (la cursiva es nuestra). El verbo *llevar* deriva de la raíz *grb*, que significa “acercar”. Se usa en Daniel 6:12: “ *fueron luego ante* el rey [*grb*, ‘acercarse’] y le hablaron del edicto real” (RVR 1960, la cursiva es nuestra). En Daniel 7:13 *grb* aparece en una forma especial que significa “hacer venir cerca” o, más claramente, “traer cerca”. Por lo tanto, o “las nubes del cielo” o los ángeles trajeron al “Hijo del hombre” hasta que “llegó hasta el Anciano de días y fue llevado ante él”.

Sin duda alguna, estos verbos de acción del versículo 13 describen el movimiento del Hijo del hombre.

Y finalmente leemos en Daniel 7:22: “Hasta que vino el Anciano de días, y pronunció juicio en favor de los santos del Altísimo. Y vino el tiempo, y los santos poseyeron el reino”. Aquí también el verbo usado en conexión con el Anciano de días deriva de la raíz aramea *ath*, que significa “venir”. *cvidenente que el Anciano de días también estaba en movimiento.*

Estos versículos representan diferentes aspectos del juicio previo al advenimiento de Cristo. Aunque los eventos no están presentados en orden cronológico, podrían ser ordenados así: “Vino el anciano de días” (versículo 22); entonces “fueron l’Uestos tronos” y el “Anciano de muchos días se sentó” (versículo 9). En seguida “vi que con las nubes del cielo venía como un Hijo de hombre... (que) llegó hasta el Anciano de días” (versículo 13). “El tribunal se sentó en juicio, y los libros fueron

abiertos” (versículo 10). Finalmente: “y vino el tiempo y los santos poseyeron el reino” (versículo 22).

Cualquiera que sea el orden, el *movimiento* es indisputable, ya sea de tronos, de ángeles, de Jesús o del Padre.

De manera que con movimientos tan claramente representados en esta descripción del juicio previo al advenimiento, ¿por qué tenemos que crear problemas con el movimiento de Jesús del Lugar Santo al Lugar Santísimo del santuario celestial? La escena del juicio en sí misma, como se presenta en el capítulo 7 de Daniel, no dice nada en cuanto al santuario; pero la descripción del juicio en este capítulo es paralela a la Daniel 8:14, que trata únicamente el tema del santuario. El juicio de Daniel 7 y la purificación del santuario de Daniel 8 son el mismo acontecimiento presentado desde diferentes perspectivas; y la perspectiva del capítulo 7 de Daniel muestra claramente el movimiento implicado.

El libro de Exodo muestra que el tipo terrenal tenía dos departamentos; Levítico muestra que el Sumo Sacerdote entraba al Lugar Santísimo cuando éste iba a ser purificado; el libro de Hebreos muestra que Cristo es ahora nuestro Sumo Sacerdote en el santuario celestial; Daniel 8 muestra que el santuario celestial es purificado; Apocalipsis muestra el camino hasta dentro del Lugar Santísimo del santuario celestial, y Daniel expone claramente el movimiento implicado en el juicio. De manera que es muy claro que “el Hijo del hombre” entró al Lugar Santísimo del santuario celestial el Día de Expiación antitípico.

Elena G. de White añade algunos pensamientos interesantes concernientes al movimiento implicado en el juicio previo al advenimiento. En el libro *Primeros escritos* dice lo siguiente:

“Vi un trono, y sobre él se sentaban el Padre y el Hijo... Vi al Padre levantarse del trono, y en un carro de llamas entró en el lugar santísimo, al interior del velo, y se sentó. Entonces Jesús

se levantó del trono, y la mayoría de los que estaban prosternados se levantó con él. No vi un solo rayo de luz pasar de Jesús a la multitud indiferente después que él se levantó, y esa multitud fue dejada en completas tinieblas. Los que se levantaron cuando se levantó Jesús, tenían los ojos fijos en él mientras se alejaba del trono y los conducía un trecho. Alzó entonces su brazo derecho, y oímos su hermosa voz decir: ‘Aguardad aquí; voy a mi Padre para recibir el reino; mantened vuestras vestiduras inmaculadas, y dentro de poco volveré de las bodas y os recibiré a mí mismo’. Después de eso, un carro de nubes, cuyas ruedas eran como llamas de fuego, llegó rodeado de ángeles adonde estaba Jesús. El entró en el carro y fue llevado al lugar santísimo, donde el Padre estaba sentado”. 15

Elena G. de White describe aquí el mismo suceso que Daniel describió en el capítulo 7 desde otro ángulo. En Daniel 7 el “Anciano de muchos días se sentó” (versículo 9). En la visión de Elena G. de White ella vio al Padre entrar al Lugar Santísimo y luego “se sentó”.

En seguida, en Daniel 7: “vi que con las nubes del cielo venía como un Hijo de hombre. Llegó hasta el Anciano de días” (versículo 13). En la visión de Elena G. de White se describe “un carro de nubes” que llevó a Jesús al “lugar Santísimo, donde estaba el Padre sentado”.

En Daniel 7 también son “las nubes del cielo” las que llevan a Jesús al Padre (veáse versículo 13); en la visión de Elena G. de White, ella ve un “carro de nubes” que lleva a Jesús al Padre.

En Daniel 7, después de que Jesús y el Padre se trasladaron “los santos poseyeron el reino”, (versículo 22). En la visión de Elena G. de White, Jesús dijo que él iba a su Padre a “recibir el reino”.

Es, pues, claro que tanto Daniel como Elena G. de White están describiendo el mismo suceso; se trata de la misma visión.

Elena G. de White ve a Jesús primero con el Padre. ¿Dónde había estado Jesús antes que se terminaran los 2300 días? El libro de Hebreos presentó a Jesús hace unos dos mil años como estando en el santuario en el cielo, el “verdadero santuario” (8:2). En *Primeros escritos* Elena G. de White presenta a Jesús también en el santuario al lado del Padre. Si el Padre y el Hijo están juntos y ambos no van al Lugar Santísimo sino hasta el final de los 2.300 días, entonces ¿cuál es el único lugar donde ambos estaban antes de que terminaran los 2.300 días? Tiene que ser el Lugar Santo. Elena G. de White escribió: “Vi al Padre levantarse del *trono*”. ¿Estaba entonces el trono en el Lugar Santo? Evidentemente sí.

Por lo general, los eruditos colocan el trono de Dios sólo en el Lugar Santísimo porque se piensa que donde está Dios es donde debe estar su trono; una posición bastante justa.¹⁶ Pero la afirmación de que la presencia de Dios debe siempre manifestarse en el Lugar Santísimo es sólo una suposición. Aunque muchas veces se lo presenta en el Lugar Santísimo, en las Escrituras no se dice o enseña que su presencia sólo se manifiesta allí.

Mervyn Maxwell escribe lo siguiente: “La suposición de que el trono celestial de Dios está situado únicamente en el Lugar Santísimo del santuario celestial, pasa por alto el hecho de que en el Antiguo Testamento la presencia de Dios no siempre estaba confinada al Lugar Santísimo, sino que a veces se manifestaba también en el Lugar Santo”.¹⁷

Exodo 33:9 declara que “la columna de nube descendía y se ponía a la entrada de la Tienda, y el Señor hablaba con Moisés”. En Deuteronomio 31:15 se coloca a Dios en el mismo lugar: a la entrada de la tienda. Ezequiel 9:3 explica que “La gloria del Dios de Israel... se trasladó al umbral del templo”. Exodo 40:34 nos dice que la “gloria del Eterno llenó el santuario”. Aunque la localización usual de Dios en relación con el

servicio del santuario era el Lugar Santísimo, la Biblia no limita su presencia sólo a este lugar. Repetimos: la idea de que Dios el Padre y Jesucristo se trasladen del Lugar Santo al Lugar Santísimo del santuario celestial no contradice en nada las Escrituras.¹⁸

Algunos argumentan que la visión de Daniel del juicio celestial es solamente simbólica. Pero... ¿el Anciano de Días es simbólico? ¿El Hijo del hombre es simbólico? ¿O acaso lo son los innumerables seres que observan el juicio? Sin duda alguna, el Padre y el Hijo son reales, ¿entonces por qué no han de serlo los traslados ya indicados?

A otros les molesta la idea de tener a Dios “encerrado” en el cielo. ¿Pero por qué esta idea? Después de todo él se manifestaba siempre entre los querubines en el Lugar Santísimo del tabernáculo terrenal, un lugar muy específico. ¿Por qué tenemos que crear un problema imaginándonos a Dios confinado en el “más grande y más perfecto” tabernáculo (Hebreos 9:11)? Indudablemente debe ser más difícil imaginarse a Dios situado entre dos ángeles de oro en la estructura terrenal, que entre millones y millones de verdaderos ángeles en la estructura celestial.

¿Hay acaso algo más difícil que la salida del Creador de la infinitud y la eternidad para venir a residir en la carne humana? Si Jesús, Aquel que “existía antes de todas las cosas, y todas las cosas subsisten en él” (Colosenses 1:17) pudo manifestarse en el mundo como un infante desvalido, ¿cuál es el problema para que Dios pueda manifestarse a sí mismo en el santuario celestial? El problema no radica en la doctrina de que el Padre y Cristo ministren en los dos departamentos del santuario en el cielo, sino en aquellos cuya imaginación limita a Dios.

Por largo tiempo los adventistas han sostenido que el juicio es para beneficio de un universo expectante, quienes, aunque están intensamente interesados en los asuntos del pecado y la

salvación, les falta el conocimiento de la presciencia o la omnipotencia del Padre. “La investigación no se hace para informar a Dios ni a Cristo —dice el *Comentario bíblico adventista*—, sino para informar al universo en general, para que al aceptar a algunos y rechazar a otros, Dios sea vindicado” 9 Por lo tanto, el santuario, los libros, los tronos y hasta el juicio en sí, se exponen todos ante estas “inteligencias celestiales”, lo que por lo menos sugiere que se trata de asuntos literales.

Más importante aún: los movimientos en las cortes celestiales demuestran que Dios no está estático, que él interviene en la historia humana y no sólo en ciertos momentos, y luego deja que la humanidad siga su propia suerte; al contrario, sino que Dios es un poder viviente, dinámico que está constantemente en contacto con su propia creación, obrando en forma recíproca, particularmente con sus redimidos, inclusive hasta el día de hoy.

Los libros de Daniel, Hebreos y Apocalipsis enseñan que la salvación es una actividad en constante proceso. El Señor permanece directamente involucrado ahora en nuestra redención. Su ministerio actual en el santuario celestial como Sumo Sacerdote, es su constante aplicación para nosotros ahora de lo que hizo como Cordero aquí en la tierra. Es un hecho que el cielo está en constante movimiento con la actividad redentora y salvadora de Dios a nuestro favor. No es de extrañar que Jesús dijera: “... levantad vuestra cabeza, porque vuestra redención está cerca” (Lucas 21:28). Por medio de la fe, debemos mirar siempre hacia arriba, a Cristo nuestro Sumo Sacerdote que está ministrando en el santuario celestial.

“Por eso puede también salvar eternamente a los que por medio de él se acercan a Dios, ya que está siempre vivo para interceder por ellos” (Hebreos 7:25).

1 Helmut Ott, "Another Look at Valuegenesis", *Ministry* (febrero de 1994, 20).

2. Para un ejemplo más reciente de esta clase de pensamiento, véase Roy Adams *The Sanctuary* (Review and Herald, 1993). Hasta el lenguaje que usa el libro *Creencias de los adventistas del séptimo día* hace énfasis en esto. "Hay un santuario en el cielo, el verdadero tabernáculo que el Señor erigió y no el hombre. En él Cristo ministra en nuestro favor, para poner a disposición de los creyentes los beneficios de su sacrificio expiatorio ofrecido una vez y para siempre en la cruz. Llegó a ser nuestro gran Sumo Sacerdote y comenzó su ministerio intercesor en ocasión de su ascensión. En 1844, al concluir el período profético de los 2.300 días, entró en el segundo y último aspecto de su ministerio expiatorio" (*Creencias de los adventistas del séptimo día*, 360, Miami, Florida: Asociación Publicadora Interamericana, 1988).

3. Por ejemplo, Uriah Smith escribió (*Review and Herald*, 18 de febrero de 1858): entonces aquí Pablo llama al tabernáculo erigido por Moisés una *sombra* de las cosas celestiales. Un rasgo distintivo de este tabernáculo era que tenía dos departamentos, uno santo y uno santísimo. El santuario celestial tiene lo mismo; porque un santuario en el cielo con un solo departamento no proyectaría su sombra sobre los dos de la tierra".

J. N. Andrews escribió (*Review and Herald*, 3 de febrero de 1853), que "el templo fue edificado en una escala más grande y magnífica que el tabernáculo (del desierto), pero que su rasgo distintivo, como el del tabernáculo, consistía en el hecho de que estaba compuesto por dos lugares santos. Esto es una prueba evidente de que el santuario celestial constaba de lo mismo".

Jaime White escribió (*Review and Herald*, 8 de septiembre de 1863) que "un examen de esta asunto nos mostraría que la purificación del santuario que iba a tener lugar, significaba sencillamente que nuestro gran Sumo Sacerdote cambiaría su ministración del Lugar Santo al Lugar Santísimo del templo celestial, para finalizar allí su obra de mediación para el mundo".

"Por consiguiente, la proclamación de que el templo de Dios fue abierto en el cielo y fue vista el arca de su pacto, indica que el lugar santísimo del santuario celestial fue abierto en 1844, cuando Cristo entró en él para consumir la obra final de la expiación. Los que por fe siguieron a su gran Sumo Sacerdote cuando dio principio a su ministerio en el lugar santísimo, contemplaron el arca del pacto" (*El conflicto de los siglos*, 486).

Si desea temer una amplia compilación de lo que los pioneros escribieron en cuanto al santuario, véase *Pioneer Anieles on the Sanctuary, Daniel 8:14, the Judgment, the 2300 Days, Year-Day Principie, Atonement, 1846-1905* de Paul Gordon, 1983.

4. Véase L. E. Froom, *Prophetic Faith of Our Fathers* (Washington, D. C.: Review and Herald, 1953).

5. Para más detalles del tiempo profético en este aspecto, véase William Shea, *Selected Studies on Prophetic Interpretation* (Washington, D. C.: Review and Herald 1982) 56-58.

- Doubleday and Company, Inc. 1977).
7. Hartman and Di Lella, *Book of Daniel*, 3.
 8. William Shea, "Unity of Daniel", en *Symposium on Daniel* (Silver Spings., Md.: Biblical Research Institute, 1986), 210-216.
 9. Véase Shea, *Selected Studies on Prophetic Interpretation*, 13-20.
 10. Arthur Ferch, *The Son of Man in Daniel 7* (Berrien Springs, Mich.: Andrews University Press, 1979).
 11. Véase Mateo 25:31; 26:2; Marcos 2:8; 9:9; Lucas 9:22; Juan 3:13,14.
 12. Véase también Hechos 1:9; Apocalipsis 1:7; Mateo 24:30.
 13. Frank Cross, *Canaanite Myth and Hebrew Epic* (Cambridge, Mass.: Harvard University Press, 1973), 17.
 14. Judah Slotki, *Daniel, Ezra, Nehemiah* (London: Soncino Press, 1978), 58.
 15. *Primeros escritos*, 54, 55.
 16. Véase, por ejemplo, Mario Veloso, "The Doctrine of the Sanctuary and the Atonement in the Book of Revelation", en *The Sanctuary and the Atonement: Biblical, Historical, and Theological Studies*, A. V. Wallenkampf y W. R. Leshner, eds. (Washington, D. C.: Biblical Research Institute, 1981), 394-419.
 17. C. Mervyn Maxwell, *Dios Revela el Futuro* (Miami, Florida: Asociación Publicadora Interamericana, 1993), 2:171.
 18. En el capítulo 4 yo discuto la conclusión de la Comisión Sobre Daniel y Apocalipsis, de que la escena celestial de introducción de los capítulos 4 y 5 de Apocalipsis es la inauguración del santuario celestial. Aunque estoy de acuerdo, este punto de vista fue discutido parcialmente sobre la base de que la escena contenía imágenes de "casi todos los aspectos del culto hebreo", incluyendo el Lugar Santísimo, presentado específicamente por la visión de Juan sobre "trono" Pero el trono de por sí no tiene que estar en el Lugar Santísimo. De hecho, si el trono está en el Lugar Santísimo esto destruye el concepto de que la primera mitad de Apocalipsis —por lo menos hasta el capítulo 11— trata del ministerio del primer departamento, porque el trono se ve en numerosos otros versículos antes de Apocalipsis 11. (Véase Apocalipsis 6:13; 7:11, 15, 17; 8:3). ¿Cómo entonces podría esta parte de Apocalipsis tratar solamente del primer departamento? Pero si el Padre se traslada (como lo hace en Daniel 7) y su trono le sigue, el problema está resuelto. Las escenas del trono anteriores al capítulo 11 de Apocalipsis se desarrollan en el Lugar Santo, mientras que los capítulos 4 y 5 de Apocalipsis pueden seguir siendo escenas de la inauguración, aunque se enfoquen solamente en el Lugar Santo.
 19. *Comentario bíblico adventista*, 4:855.
 20. Véase *Testimonies for the Church*, 6:316.



El tabernáculo del testimonio

I —a anterior escena del santuario celestial trata del juicio en el cielo. La escena siguiente —Apocalipsis 15:5-16:1— se refiere al juicio en la tierra, el juicio de las siete plagas:

“Después de estas cosas miré, y he aquí *abierto en el cielo el templo del tabernáculo del testimonio; y del templo* salieron los siete ángeles que tenían las siete plagas, vestidos de lino limpio y resplandeciente, y ceñidos alrededor del pecho con cintos de oro. Y uno de los cuatro seres vivientes dio a los siete ángeles siete copas de oro, llenas de la ira de Dios, que vive por los siglos de los siglos. Y *el templo* se llenó de humo por la gloria de Dios, y por su poder; y nadie podía entrar en *el templo* hasta que se hubiesen cumplido las siete plagas de los siete ángeles” (Apocalipsis 15:5-8, RVR 1960, la cursiva es nuestra).

Inmediatamente después de esta escena celestial, Apoca-

lipsis describe la devastación de las plagas sobre la tierra: úlceras, quemaduras, oscuridad, etc. Los siguientes versículos recalcan lo que es evidente en todo el libro, a saber: que lo que sucede en el cielo produce acontecimientos sobre la tierra. “Oí una gran voz que decía desde *el templo* a los siete ángeles: Id y derramad *sobre la tierra* las siete copas de la ira de Dios” (Apocalipsis 16:1, RVR 1960, la cursiva es nuestra).

¿Qué estaba sucediendo en el cielo que traería tan terribles consecuencias sobre la tierra?

En Apocalipsis 15:5-16:1 se menciona cinco veces la palabra “ *πῖ*” (RVR 1960). Juan ve el templo del cielo abierto, a los ángeles que llevan las plagas saliendo del templo, que el templo se llena de humo y nadie podía entrar hasta que se completaran las siete plagas; y, finalmente, oye una voz dentro del templo que ordena a los ángeles que derramen las plagas.

La descripción más instructiva del templo en este pasaje se encuentra en el versículo cinco: “Después de estas cosas miré, y he aquí fue abierto en el cielo *el templo del tabernáculo del testimonio*” (Apocalipsis 15:5, RVR 1960, la cursiva es nuestra). El “tabernáculo del testimonio” no es una expresión común. Aparece solamente cinco veces en las Escrituras. Además de Apocalipsis 15 se encuentra sólo en Exodo y Números. “... pondrás a los levitas en el tabernáculo del Testimonio, y sobre todos sus utensilios, y sobre todas las cosas que le pertenecen” (Números 1:50, RVR 1960).’

El “testimonio” se refiere repetidamente, por supuesto, a la ley de Dios,² los Diez Mandamientos, los cuales aparecen sólo en el Lugar Santísimo, en el contexto del santuario. Aunque es tentador asegurar que esta escena del santuario se refiere sólo al Lugar Santísimo (especialmente porque el resto de la visión se refiere al “templo” en general y no a una parte específica), la expresión “tabernáculo del testimonio” se presta

para referirse a todo el santuario.

Pero la frase recalca la ley. En contraste con la visión anterior del santuario (Apocalipsis 11:19), que se interpreta como “el arca de su pacto” (RVR 1960), Apocalipsis 15:5 dice “el tabernáculo del testimonio” (RVR 1960). El énfasis en esta frase se hace en el testimonio, en la ley. La frase “el arca de su pacto”, aunque está definitivamente relacionada con el Lugar Santísimo, que implica la ley, no hace tanto énfasis en la ley como lo hace en la frase “el tabernáculo del testimonio”. El arca de su pacto es el mueble que contiene el testimonio, no el testimonio en sí.

La diferencia podría ser muy significativa. Como hemos visto en Apocalipsis 11:19, es una perspectiva del juicio investigador, el Día de Expiación celestial, y el principal aspecto de la expiación es la obra de Dios a nuestro favor. Por lo tanto, el énfasis debe estar en algo que no sea la ley, porque la ley ni expía ni puede expiar. La ley, específicamente nuestra transgresión de ella, es lo que hace necesaria la expiación. La sangre —símbolo de la perfecta vida de Cristo— se rociaba sobre el *kapporet*, el “propiciatorio”, que deriva de una palabra que significa *expiación*. Es por esto que quizás Juan escribe en Apocalipsis 11:19 que “quedó a la vista el Arca de su Pacto”, con el *kapporet* sobre ella. Esta escena del juicio previo al advenimiento se enfoca en el arca, símbolo de la expiación, y no en “el tabernáculo del ~~el~~ símbolo de la

Pero en Apocalipsis 15:5 (RVR 1960) se hace énfasis en la ley, no en la misericordia ni en la expiación. La humanidad no redimida tiene que sufrir las consecuencias de su transgresión de esa ley.

“Una vez anteriormente —escribe G. B. Caird—, en la visión de la última trompeta (11:19), él [Juan] había visto abrirse el santuario celestial y aparecer el arca. Esta vez no es el arca sino el testimonio que contiene lo que llama su atención.

Se acaba el tiempo de misericordia y la ley de Dios sigue ahora su curso”.³

En esta quinta escena del santuario, la “ira de Dios” se menciona tres veces. Como resultado de esta actividad celestial se derraman las plagas. El santuario se llena de humo y nadie (“no man”, ningún hombre [King James Versión], a menudo usa esta palabra para significar un ángel)⁴podía entrar hasta que se completara el derramamiento de las plagas. No es claro por qué los ángeles específicamente no pueden entrar al templo en este tiempo, pero podría estar implícito que el juicio que se presenta en Apocalipsis 11:19 ya ha terminado. El libro de Daniel (con el complemento de Exodo, Levítico y Hebreos) muestra que durante el juicio previo al advenimiento numerosos seres angélicos observan ese juicio en el santuario. Daniel 7:10 describe a “millares de millares” y “millones de millones” que están delante de Dios cuando “el tribunal se sentó en juicio, y los libros fueron abiertos”. El hecho de que haya libros debe ser para satisfacción de los seres que observan, no para el Señor que sabe todas las cosas.

En la última parte de Apocalipsis 14 (que precede inmediatamente a la visión del santuario celestial en el capítulo 15), ha llegado el tiempo de que los malvados sean echados “en el gran lagar de la ira de Dios” (Apocalipsis 14:19) y los salvados sean “segados” (cosechados) de la tierra (versículo 16). El juicio debe haber terminado, porque de lo contrario el Señor no estaría recompensando a los justos y castigando a los malos sin haberlos juzgado. Y ahora, hasta después de que la ira de Dios sea derramada sobre los impenitentes, nadie puede entrar en el santuario donde miríadas de ángeles han estado anteriormente contemplando el juicio. La escena del santuario celestial de Apocalipsis 15:5-16:1 muestra entonces el final del juicio previo al advenimiento y la cesación de la obra mediadora de Cristo como nuestro Sumo Sacerdote.

“La quinta escena del santuario —escribe Davidson— marca el cierre o ‘⁵del santuario. Se llenó d humo de la gloria de Dios y nadie podía entrar: la gracia se ha cerrado. Sigue el derramamiento de las siete plagas: la ira de Dios sin mezcla de misericordia (16:1-21)”.

En Apocalipsis 15:1 Juan ve los siete ángeles que tienen las siete últimas plagas. Entonces, como una escena entre paréntesis, se le muestran los redimidos en el cielo, aquellos “que habían alcanzado la victoria sobre la bestia, su imagen, su marca y el número de su nombre” (Apocalipsis 15:2, 3). La visión continúa desde el santuario, desde el cual los ángeles salen y derraman las plagas sobre la tierra. El caso de cada persona ya debe haber sido decidido, y ahora la ira de Dios es derramada sobre los que no tienen “el sello de Dios” sino “la marca de la bestia”.

Los que han ganado la victoria sobre la bestia y su imagen y cantan el cántico de Moisés sobre el mar de vidrio, se contrastan con aquellos sobre quienes caen las plagas. Estas caen sobre aquellos que “derramaron la sangre de los santos y los profetas” (Apocalipsis 16:6), “blasfemaron el nombre de Dios” (versículo 9) y “no se arrepintieron de sus obras” (versículo 11). Se ha cerrado la gracia y ahora enfrentan la ira de Dios.⁶

El cierre de la gracia y la cesación del ministerio sumosacerdotal de Cristo representado aquí, hacen surgir numerosas preguntas controversiales que, sin duda, seguirán siendo debatidas hasta el momento del cierre de la gracia. ¿Cómo quedará el pueblo de Dios después del cierre de la gracia? ¿Estará pecando? ¿Serán perfectos? ¿Qué significa vivir sin Mediador? ¿Serán estas personas salvadas en forma diferente de los que vivieron en tiempos anteriores?

Este tema ha dado lugar a mucho extremismo, muchas reacciones y mucho legalismo. Muchas veces el problema surge

del *uso selectivo* de las citas del espíritu de profecía, acumulando cada bando declaraciones que creen que apoyan su posición. Pero cualquier posición, particularmente en cuanto a temas de tanta importancia, *se debe basar en la Biblia, no en los escritos de Elena G. de White.*

La equivocación más grande en relación con el cierre de la gracia probablemente tenga que ver con la salvación de este grupo final, conocido muchas veces como los 144 mil. Muchos cristianos adventistas han perdido la esperanza y hasta la fe, por el concepto erróneo que han tenido de esta última generación. Se les ha bombardeado tanto con declaraciones *rebuscadas* del espíritu de profecía, que muchos han rechazado completamente el mensaje o han sido arrastrados a un “adventismo evangélico”, que las más de las veces conduce a un Evangelio fuera de balance o desproporcionado.

Si en cada debate en cuanto a quienes vivirán sin Mediador (cualesquiera que sean estas personas, sea lo que fueren sus caracteres, obediencia o santidad) se hiciera énfasis en el hecho de que no hay esperanza de salvación separados de lo que Cristo hizo por nosotros en la cruz hace dos mil años, no surgirían estos problemas, pues encontrarían la salvación exactamente de la misma manera en que la alcanzaron todos los pecadores que hayan vivido alguna vez: solamente en Cristo y su justicia.

Nunca será demasiada la importancia que se dé a esto. La salvación sólo se puede alcanzar con el método de Dios: únicamente mediante la fe en Cristo. “En ningún otro hay salvación, porque no hay otro Nombre bajo el cielo, dado a los hombres, en que podamos ser salvos” (Hechos 4:12). “Así, habiendo sido justificados por la fe, estamos en paz con Dios, por medio de nuestro Señor Jesucristo” (Romanos 5:1). “Sabemos que el hombre no es justificado por las obras de la Ley, sino por la fe en Jesucristo. Así, nosotros también hemos creído en Jesucristo, para ser justificados por la fe en Cristo, y no por las obra de la

Ley; porque por las obras de la Ley ninguno será justificado” (Gálatas 2:16). “El que cree en él, no es condenado. Pero el que no cree, ya es condenado, porque no creyó en el Nombre del único Hijo de Dios” (Juan 3:18).

Estas verdades no se aplican solamente a las anteriores generaciones, o a los que mueran antes de la venida del Señor y sean resucitados: se aplican a todos en cualquier época, aun a los santos que sean trasladados al fin del tiempo, que vivirán después de que el juicio termine y Cristo haya cesado su intercesión en el santuario de celestial. Lo único que capacita a estas personas para ser aprobadas en el juicio es la justicia imputada de Cristo. Cristo se pone en su lugar, rogando que se adjudiquen a ellos por última vez los méritos de su justicia, de su perfección.

Lo que Cristo hace *por* nosotros y lo que hace *en* nosotros, no importa cuán inseparable sea en la práctica, debe permanecer claro en nuestra teología. Mientras más se predique de la victoria, más se necesita predicar sobre la justificación. Mientras más altas sean las normas de uno en cuanto a la santidad, más alto debe levantar la cruz y lo que ella cumplió. Mientras más perfección uno procura tener, más necesita experimentar la gracia. Y mientras más uno hable en cuanto a la última generación que vivirá sin un Mediador, más debe hablar en cuanto a la vida perfecta de Cristo imputada a esa última generación.

El asunto importante para los que vivan durante el juicio al final del tiempo, no es (no debería ser) acerca de cómo serán salvados los de este grupo, aunque muchas veces se ha limitado a este contexto. Todo el mundo se salva de la misma manera: por la sangre de Cristo. El asunto de la perfección no es: “¿cuán perfecta debiera ser esta última generación para que sea salva y sellada?”, sino: Ahora que estas personas han sido salvadas y selladas por la justicia de Cristo, *¿cómo deben vivir y actuar?*

Y este es el mismo interrogante que todos los redimidos han tenido que enfrentar a través de toda la historia del pecado y de la salvación.

Muchas veces se habla del concepto de *perfección* sólo en el contexto de la última generación. Por lo general no se discute basándose en la Biblia, sino en los escritos de Elena G. de White; y el que logra reunir más citas al respecto es el que gana. Pero *perfección* es un término bíblico, un concepto bíblico y hasta una promesa bíblica. La perfección de la cual habla la Biblia no se limita a los que vivan sin Mediador y sean trasladados, es una promesa bíblica que ha estado presente en todas las épocas. Si así lo entendemos, nos ayudará a comprender lo que significa la perfección para la última generación.

Hace casi cuatro mil años que el Señor le dijo a Abrahán: “Yo soy el Dios Todopoderoso. Anda delante de mí, y sé perfecto” (Génesis 17:1).

Dios también le dijo a la generación de hebreos cuando iban a entrar a la tierra prometida: “Perfecto serás ante el Eterno tu Dios” (Deuteronomio 18:13).

En la dedicación del templo, el rey Salomón se puso de pie ante su pueblo, y dijo: “Sea, pues, perfecto vuestro corazón para con Jehová nuestro Dios” (1 Reyes 8:61, RVR 1960).

Hace casi 2,900 años el profeta Hanani le dijo al rey Asa: “Porque los ojos de Jehová contemplan toda la tierra, para mostrar su poder a favor de los que tienen corazón perfecto para con él” (2 Crónicas 16:9, RVR 1960).

El salmista escribió: “Cuidaré de andar por el camino de la perfección. ¿Cuándo vendrás a mí? En la integridad de mi corazón andaré en mi casa” (Salmo 101:2).

Jesús creía en la perfección. “Sed, pues, perfectos, como vuestro Padre celestial es perfecto” (Mateo 5:48).

Pablo escribió; “Así, amados, ya que tenemos tales promesas, limpiémonos de toda impureza de la carne y del espíritu,

perfeccionando la santificación en la reverencia a Dios” (2 Corintios 7:1).

“No que lo haya alcanzado ya, ni que ya sea perfecto, sino que prosigo, por ver si alcanzo aquello para lo cual fui también alcanzado por Cristo Jesús. Hermanos, no considero haberlo ya alcanzado; pero una cosa hago, olvido lo que queda atrás, me extendo a lo que está delante, y prosigo a la meta, al premio al que Dios me ha llamado desde el cielo en Cristo Jesús. Así, todos los que somos perfectos, sintamos esto mismo. Y si otra cosa sentís, eso también os lo revelará Dios” (Filipenses 3:12-15).

“A él anunciamos, amonestando y enseñando a todos, en toda sabiduría, para presentar a todo hombre perfecto en Cristo” (Colosenses 1:28).

“Os saluda Epafras, que es uno de vosotros, siervo de Cristo. Siempre os recuerda en sus oraciones, para que estéis firmes, perfectos y completos en todo lo que Dios quiere” (Colosenses 4:12).

“Por eso, dejando la enseñanza elemental acerca de Cristo, vayamos hacia la perfección” (Hebreos 6:1).

“Pero tenga la paciencia su obra completa, para que seáis perfectos y cabales, sin que os falte cosa alguna” (Santiago 1:4).

“No hallé tus obras perfectas ante Dios” (Apocalipsis 3:2).

Es evidente que la perfección bíblica no es una doctrina adventista derivada solamente de los escritos de Elena G. de White y aplicable solamente a la última generación. ¡Dios ha estado llamando a la gente a la perfección durante miles de años!

Entre estos se cuenta Noé. “Noé fue un varón justo y *perfecto* entre los de su tiempo. Con Dios caminó Noé” (Génesis 6:9), la cursiva es nuestra). Sin embargo Noé no tuvo mucho éxito con sus hijos; y este hombre “perfecto” cierta vez se emborrachó e hizo un papel indecente, que causó risa.

“Y cuando Salomón era ya viejo, sus mujeres inclinaron su corazón tras dioses ajenos, y su corazón no era perfecto con Jehová su Dios, como el corazón de su padre David” (1 Reyes 11:4, RVR 1960). ¿Pero fue David perfecto a pesar del adulterio, del asesinato, de la mentira, de consentir a sus hijos y de la poligamia?

La Biblia dice que “el corazón de Asa fue perfecto en todos sus días” (2 Crónicas 15:17); luego se habla en cuanto a su pacto ilícito con Ben Hadad, rey de Siria, el reproche que le hizo el profeta Anani y la respuesta del rey: “Y Asa se enojó con el vidente. Tanto se irritó que lo echó en la cárcel. En ese tiempo Asa oprimió a algunos del pueblo” (2 Crónicas 16:10).

Es, pues, evidente que la perfección bíblica no significa impecabilidad, no cometer errores nunca ni nunca quedarse corto en alcanzar el ideal de Dios.⁷ Por eso es que todos estos hombres “perfectos” necesitaban, para ser salvos, que la justicia de Cristo les fuera imputada, igual que todos los demás seres humanos que hayan vivido alguna vez sobre la tierra.

La perfección bíblica significa actitud, no actos, porque los actos de estos hombres estuvieron lejos de ser perfectos, ni sus obras tampoco fueron impecables.

“Sea, pues, perfecto vuestro corazón para con Jehová nuestro Dios” (1 Reyes 8:61, RVR 1960). “Su corazón [el de Salomón], no era perfecto con Jehová su Dios, como el corazón de su padre David” (1 Reyes 11:4, RVR 1960). “Porque los ojos de Jehová contemplan toda la tierra, para mostrar su poder a favor de los que tienen corazón perfecto para con él” (2 Crónicas 16:9, RVR 1960).

Lo que Dios ve es el corazón. “El Eterno no mira lo que el hombre mira. El hombre mira lo que está ante sus ojos, pero el Señor mira el corazón” (1 Samuel 16:7). No podemos ser salvos por lo que hacemos, porque las obras de la ley nunca pueden ser lo suficiente buenas como para merecer la salvación. Pero,

en contraste, la fe es una obra del corazón, que es lo que determina nuestra posición delante de Dios: “Así, concluimos que el hombre es justificado por la fe, sin las obras de la Ley” (Romanos 3:28). Cuando Jesús le dijo al joven rico: “Si quieres ser *perfecto*, anda, vende lo que tienes, dalo a los pobres” (Mateo 19:21, la cursiva es nuestra), ¿quiso decir que si este hombre sencillamente vendía sus bienes y daba su riqueza a los pobres, sería éticamente perfecto, sin pecado, y nunca cometería un error, nunca necesitaría arrepentirse de nuevo, nunca haría algo malo, sino que constantemente mostraría un amor, una compasión y una misericordia perfectas? Por supuesto que no. El problema del joven rico era su corazón. El necesitaba un ajuste de actitud. El tenía una cosa —un ídolo— al cual estaba apegado, y una vez que se librara de él estaría totalmente dedicado y, por lo tanto, “perfecto” ante los ojos de Dios.

Lo que el Señor quiere es nuestro corazón, porque entonces seguirán nuestras obras y nuestras acciones correspondientes. Aunque Noé, David y Asa cometieron errores, sus corazones “perfectos” delante de Dios se manifestaban en acciones santas. A pesar de las notables excepciones que presentan las Escrituras en sus vidas (¡y cuántas más que no fueron registradas!), estos hombres eran creyentes fieles y obedientes en Cristo, lo que se demostraba por su arrepentimiento, su santidad y su obediencia. Hasta David, con sus más terribles pecados, mostró un arrepentimiento instantáneo cuando fue reprendido por Natán. Su corazón era perfecto delante de Dios, aunque sus acciones algunas veces no lo fueron.

“Cuidaré de andar por el camino de la perfección. ¿Cuándo vendrás a mí? En la integridad de mi corazón andaré en mi casa” (Salmo 101:2). ¿Cuál pecador ha caminado alguna vez por “el camino de la perfección”, que nunca cometió un error, que nunca tuvo un pensamiento equivocado, que siempre mostró un amor y una compasión perfectas, que siempre oró la cantidad

perfecta de tiempo y que siempre hizo todo perfectamente? Andar por “el camino de la perfección” significa caminar con un corazón perfecto, con un corazón totalmente dedicado a Dios, porque si nuestro corazón es recto delante de Dios, nuestras acciones serán también rectas, no importa la etapa de crecimiento espiritual en que nos encontremos.

Perfección es un término relativo. No se puede esperar que la persona cuyo corazón ha sido perfecto delante de Dios durante sólo tres años actúe igual que aquel cuyo corazón ha sido perfecto por treinta años. Por ejemplo, en Hebreos 9:11 se habla de un santuario “más grande y más perfecto”. ¿Cómo puede algo ser “más perfecto” a menos que la perfección sea relativa? La palabra en hebreo significa “madurez”.⁸ Un recién nacido puede ser todo lo que se espera que sea un recién nacido, pero a las dos semanas de nacido no es de ninguna manera ni parecido al pianista o al ingeniero que será algún día. Por eso, a la vista de Dios podemos ser perfectos mientras sigamos esforzándonos por ser perfectos.

Pero esta comprensión de la perfección bíblica todavía no responde a la pregunta de lo que sucede en Apocalipsis 15, cuando se cierre la gracia y la ira de Dios sea derramada sin misericordia sobre los malvados. ¿Qué sucederá en ese tiempo terrible cuando los justos tengan que vivir a la vista de un Dios santo sin un Mediador?⁹ Después de todo, no importa lo perfecto que pueda ser su corazón hacia Dios, ¡si usted ha hecho lo que hizo David, necesita un Mediador! “Hijitos míos, esto os escribo para que no pequéis. Pero si alguno hubiera pecado, Abogado tenemos ante el Padre, a Jesucristo el justo” (1 Juan 2:1).

¿Qué sucederá cuando ya no tengamos más un Abogado junto al Padre? “El Señor vio que no había hombre, y se maravilló que no hubiera quien intercediese” (Isaías 59:16). Si Apocalipsis 15 describe el cierre de la gracia y la terminación

del ministerio sumosacerdotal de Cristo, ¿cómo serán o estarán sus fieles seguidores que vivan en ese tiempo?

Repetimos: el asunto que aquí se trata no es de *salvación*. Estas personas ya han sido selladas en Cristo, vindicadas en el juicio por la justicia de Cristo interpuesta en su favor. No importa lo santos y justos que sean o cuán fielmente reflejen la imagen de Jesús, su única esperanza radica en lo que Cristo hizo por ellos en la cruz.

“Dios tiene un sólo criterio para la salvación —escribe Beatrice S. Neall—: La fe en los méritos de un Salvador crucificado. La justificación es nuestro único título al cielo. Sería injusto que Dios cambiara los requisitos para la última generación^{M 10}”.

Sin embargo, las Escrituras enseñan en cuanto a una última generación purificada. No se necesitan los escritos de Elena G. de White para probar que Dios tendrá un pueblo santo y justo en los últimos días.

“El que es injusto siga siendo injusto, y el sucio siga ensuciándose. El justo siga siendo justo, y el santo siga santificándose” (Apocalipsis 22:11).

Este texto tiene que ver con el cierre de la gracia, porque sólo entonces dejará Dios al injusto y al sucio seguir su camino, sin ofrecerles la esperanza del arrepentimiento y la salvación.

Pero así como los injustos y los sucios permanecerán en ese tiempo injustos y sucios, los santos y justos seguirán siendo santos y justos. No se trata de una declaración legal, sino de un hecho existencial.

“Hijos míos, que nadie os engañe. El que practica la justicia es justo, como Cristo es justo” (1 Juan 3:7). “Así, amados, ya que tenemos tales promesas, limpiémonos de toda impureza de la carne y del espíritu, perfeccionando la santificación en la reverencia a Dios” (2 Corintios 7:1). “Seguid la paz con todos, y la santidad, sin la cual nadie verá al Señor” (Hebreos 12:14).

Santidad y rectitud no son sólo declaraciones objetivas en el cielo; son experiencias subjetivas en las vidas de todos los verdaderos seguidores de Cristo, aun cuando no todo el mundo alcance el mismo nivel. Si la santificación es la obra de toda la vida, entonces claramente Cristo puede hacer más en algunas vidas que en otras. Y, sin duda, Jesús tiene la oportunidad de desarrollar su justicia o rectitud en un grado mayor en esta última generación —los 144 mil— que en ninguna otra.

Apocalipsis dice en cuanto a los 144 mil: “Estos son los que no se contaminaron con mujeres, pues son vírgenes. Estos son los que siguen al Cordero por dondequiera que va. Estos fueron redimidos de entre los hombres como primicias para Dios y para el Cordero; y en sus bocas no fue hallada mentira, pues son *sinmancha delante del trono de Dios*” (Apo 14:4,5, RVR 1960, la cursiva es nuestra).

Estos son “redimidos de entre los hombres”. Como la redención es nada más y nada menos que el resultado de la justicia imputada de Cristo, por lo tanto, este grupo, tiene a Cristo como su sustituto legal. Pero este hecho no disminuye la realidad de su santificación. Todo lo contrario: como fueron redimidos llegaron a ser santos. La santidad es parte de la redención. Los 144 mil demuestran esta santidad de carácter. Tienen una doctrina pura —el símbolo de la “virgen”—; no hay “engaño” en sus bocas y “son sin mancha delante del trono de Dios”.

Estas características no se pueden adjudicar a todos los que sean salvos; no son requisitos previos y absolutos para la salvación. El ladrón en la cruz que aceptó a Cristo había acabado de maldecirlo, así que de él no se puede decir que no “fue hallada mentira en su boca”. Como ladrón que era no estaba “sin mancha”; y, considerando todos los errores teológicos de su tiempo, no es tampoco probable que su comprensión de la teología fuera correcta. Sin embargo, en esa etapa de su vida

Dios lo tomó, lo aceptó donde estaba en el sendero de la santificación, y tenemos las palabras del mismo Cristo diciendo que ese hombre será salvo.

Todo el que forme parte de la última generación tendrá un carácter más desarrollado que el que logró el ladrón. Ese ladrón no tuvo la oportunidad de experimentar lo que experimentarán los 144 mil. Dios no espera tanto del ladrón en su corta vida como creyente, como lo que espera de los santos que estén vivos en el momento de la segunda venida. “A quien se le dio mucho, mucho se le reclamará” (Lucas 12:48). Aquel cuyo carácter no se haya desarrollado más que el del ladrón, no estará entre esa última generación, aunque pudiera ser salvo.

La perfección del corazón, como la santidad y la santificación, es relativa. Los 144 mil son los que más lejos llegarán en su experiencia de santificación, hasta el punto de que podrán vivir sin Mediador; pero sólo porque serán “sellados” en la justicia de Cristo. Ellos habrán hecho su decisión de seguir a Cristo no importa el costo. Sus corazones son ‘perfectos’ delante de Dios. Han comprobado su lealtad, aun frente a la muerte. Preferirían morir antes que pecar, y cualquiera que decida morir antes que pecar, no peca.

No estamos hablando de la carne santa o de la impecabilidad debido a un cambio de naturaleza. Estas personas aún estarán luchando contra los clamores de sus naturalezas caídas hasta que sean glorificadas. Y si un billón de años después todos en el cielo aún estuvieran creciendo espiritualmente, entonces, sin duda, los 144 mil no habrían alcanzado el clímax de la santidad, el amor y la compasión en ocasión de la segunda venida. Reflejar completamente la imagen de Cristo no significa igualarlo. No obstante, en ese momento de sus vidas, bajo las circunstancias especiales por las cuales se serán obligados a pasar durante la crisis final, habrán permanecido fieles y obedientes a Dios y a todos sus mandamientos. Sus corazones

son “perfectos” delante de Dios. “¡Aquí está la paciencia de los santos, los que guardan los Mandamientos de Dios y la fe de Jesús!” (Apocalipsis 14:12).

¿Por qué es tan difícil creer que el Creador del universo puede hacer esto en las vidas de personas completamente consagradas a él? Jesús resucitó a los muertos, echó fuera demonios y sanó perfectamente a los enfermos. ¿No podrá él hacer un milagro de santificación para que la gente no quebrante la ley por cierto período de tiempo, por lo menos bajo esas circunstancias extraordinarias?

Con todas las promesas contenidas en las Escrituras en cuanto a la victoria, el triunfo, vivir una vida santa y ser una “nueva criatura” en Cristo, ¿por qué tiene que ser tan difícil aceptar la idea de que Dios tenga un pueblo victorioso? Lo que sucede es que quizás pensemos así porque nos miramos a nosotros mismos y a los que nos rodean, y no a Dios y a sus promesas.

Somos pecadores, nuestros corazones son corruptos, tenemos una naturaleza pervertida, nuestra naturaleza es camal, ¿pero no hemos sido acaso “crucificados” con Cristo (Gálatas 2:20) para que “el cuerpo del pecado sea destruido, a fin de que no seamos más esclavos del pecado”? (Romanos 6:6) “Los que son de Cristo, han crucificado la carne con sus pasiones y malos deseos” (Gálatas 5:24). “Estoy seguro de que, el que empezó en vosotros la buena obra, la irá perfeccionando hasta el día de Jesucristo” (Filipenses 1:6). “Por ese medio nos ha dado preciosas y grandísimas promesas, para que por ellas lleguemos a participar de la naturaleza divina, y nos libremos de la corrupción que está en el mundo por causa de los malos deseos” (2 Pedro 1:4).

¿Estas declaraciones teológicas son solamente agradables, o pueden ser experiencias subjetivas en las vidas de todos los cristianos aún hoy? ¿Es que acaso no podemos imaginarnos el

poder de Dios obrando en su pueblo hasta que tenga “una iglesia gloriosa, sin mancha ni arruga, ni cosa semejante;... que sea santa e inmaculada” (Efesios 5:27), aunque nos sea muy difícil pensar que nosotros mismos formamos parte de ella?

El Señor tendrá un pueblo obediente que vivirá después del cierre de la gracia, después de que el templo se llene “de humo procedente de la majestad de Dios y de su poder” (Apocalipsis 15:8), un pueblo que habrá “alcanzado la victoria sobre la bestia, su imagen, su marca y el número de su nombre” (Apocalipsis 15:2). Esta es una obra que Cristo hace a favor de ellos para prepararlos para el tiempo cuando “la ira de Dios” sea derramada en las siete últimas plagas, cuando el mal esté completamente maduro para la siega (Apocalipsis 14:18), cuando el universo será testigo de la gran diferencia entre los justos y los injustos, los sucios y los santos, precisamente antes del clímax de las edades: la segunda venida de Jesús.

1. Véase también Números 1:53; 10:11 y Exodo 38:21.
2. “Cuando el Señor terminó de hablar con Moisés en el monte Sinaí, le dio dos tablas del Testimonio, tablas de piedra escritas con el dedo de Dios” (Exodo 31:18). Véase también Exodo 34:29.
3. G. B. Caird, 200.
4. “Aún estaba hablando en oración, cuando aquel varón Gabriel, a quien yo había visto en la visión al principio...” (Daniel 9:21).
5. Davidson, “Sanctuary Typology”.
6. “Cuando Cristo deje de interceder en el santuario, se derramará sin mezcla la ira de Dios con la cual son amenazados los que adoran a la bestia y a su imagen y reciben su marca (Apocalipsis 14:9, 10). Las plagas que cayeron sobre Egipto cuando Dios estaba por libertar a Israel fueron de índole análoga a los juicios más terribles y extensos que caerán sobre el mundo inmediatamente antes de la liberación final del pueblo de Dios” (*El conflicto de los siglos*, 685, 686).

“Al salir Jesús del lugar santísimo, oí el tintineo de las campanillas de su túnica. Una tenebrosa nube cubrió entonces a los habitantes de la tierra. Ya no había mediador entre el hombre culpable y un Dios ofendido. Mientras Jesús estuvo interpuesto entre Dios y el pecador, la gente tuvo un freno; pero cuando dejó de estar entre el hombre y el Padre, el freno fue quitado y Satanás tuvo completo dominio sobre los finalmente impenitentes. Era imposible que fuesen derramadas

las plagas mientras Jesús oficiase en el santuario; pero al terminar su obra allí y cesar su intercesión, nada detiene ya la ira de Dios que cae furiosamente sobre la desamparada cabeza del culpable pecador que descuidó la salvación y aborreció las reprensiones. En aquel terrible momento, después de cesar la mediación de Jesús, a los santos les toca vivir sin intercesor en presencia del Dios santo. Todo caso había sido decidido y numerada cada joya” (*Primeros escritos*, 280).

7. Es interesante notar que la Biblia llama perfecto también a alguien más. “*Perfecto* eras en todos tus caminos desde el día que fuiste creado, hasta que se halló en ti maldad” (Ezequiel 28:15, la cursiva es nuestra). Hasta Lucifer, por lo menos en un determinado momento, fue considerado “perfecto”. Es evidente que la “perfección”, además de sus otros significados, implica la facultad de cometer errores.
8. Véase William Richardson, “The Unfavorite Text”, *Adventist Review* (14 de octubre de 1993), 8-10.
9. Véase *El conflicto de los siglos*, 671, 672.
 “Cuando Jesús cese de interceder por el hombre, quedarán decididos los casos de todos para siempre. Este es el tiempo de arreglo de cuentas con sus siervos. Para los que han descuidado la preparación de pureza y santidad que los capacite para ser de los que esperan para dar la bienvenida a su Señor, se pondrá el sol en oscuridad y lóbreguez, y no se levantará más. Se cierra la gracia; cesa la intercesión de Cristo en el cielo” (*Testimonies for the Church*, 2:191).
 “También vi que muchos ignoran lo que deben ser a fin de vivir a la vista del Señor durante el tiempo de angustia, cuando no haya sumo sacerdote en el santuario. Los que reciban el sello del Dios vivo y sean protegidos en el tiempo de angustia deben reflejar plenamente la imagen de Jesús” (*Primeros escritos*, 70, 71).
10. Beatrice S. Neall, “Sealed Saints and the Tribulation” en *Symposium on Revelation*, 276.



El tabernáculo de Dios

Si la escena final del santuario celestial en Apocalipsis no es el clímax de las escenas anteriores, es, sin lugar a dudas, su consumación. Todas las escenas anteriores del santuario en Apocalipsis conducen y preparan el camino para esta escena final.

Después de que la gracia se cierra, presentada en Apocalipsis capítulo 15, Juan describe la destrucción que sigue: las plagas, la guerra contra “el que estaba sentado sobre el caballo” (Apocalipsis 19:21), el asalto final de Satanás y la erradicación de los malos durante mil años, acontecimientos que están asociados con el fin del mundo. No es una conclusión agradable y sin dolor, pues la gente se muerde sus lenguas de dolor, las aves devoran la carne humana y los malos son consumidos por el fuego.

Pero es muy consolador que la historia no termina con el

último versículo de Apocalipsis 20: “El que no fue hallado escrito en el Libro de la Vida, fue lanzado en el lago de fuego” (versículo 15). Siguen dos capítulos más, y el primero de ellos comienza así: “Entonces vi un cielo nuevo y una tierra nueva, porque el primer cielo y la primera tierra habían desaparecido, y el mar ya no existía más. Y yo, Juan, vi la santa ciudad, la Nueva Jerusalén, que descendía del cielo, de Dios, engalanada como una novia para su esposo” (Apocalipsis 21:1, 2).

Estos versículos señalan lo que también se le mostró a Daniel en visión (capítulo 2): una piedra que golpeó y desmenuzó la gran imagen de diferentes metales que representaban imperios mundiales. Ambas visiones muestran que la salvación alcanza su clímax no con una modificación del orden mundial existente, sino con una re-creación completa de la realidad.

“Yo hago nuevas todas las cosas” (Apocalipsis 21:5).

“Por que yo crearé un nuevo cielo y una nueva tierra, y de lo primero no habrá más memoria, ni más vendrá al pensamiento” (Isaías 65:17).

“Pero, según su promesa, esperamos un cielo nuevo y una tierra nueva, donde habita la justicia” (2 Pedro 3:13).

Es en este contexto —de un nuevo cielo, una nueva tierra y una nueva Jerusalén—, que aparece la próxima escena del santuario.¹ “Y oí una gran voz del cielo que dijo: ‘He aquí el *tabernáculo* de Dios con los hombres, y él morará con ellos; y ellos serán su pueblo, y Dios mismo estará con ellos como su Dios” (Apocalipsis 21:3 RVR 1960, la cursiva es nuestra).

Tabernáculo es otro nombre del santuario; pero en este caso no se trata del tabernáculo del desierto, o del primero o segundo templo y ni siquiera del edificio celestial, porque en el versículo 22 Juan aclara que no existe templo en la Nueva Jerusalén: “Y no vi en ella templo; porque el Señor Todopoderoso es el templo de ella, y el Cordero”.

¿Qué pasó con el santuario celestial tan claramente descrito

en el Antiguo y el Nuevo Testamento?

¿Por qué queda entonces un santuario en el cielo? ¿No era parte del plan de Dios para destruir el pecado? En esta etapa, después de la destrucción de Satanás y de los perdidos, y de que son creados nuevos cielos y nueva tierra, no hay templo ¡porque ya no es necesario! ¡Ya no existen el pecado ni los no redimidos! ¡La salvación ha sido completada! En vez de acercarse a un edificio o entrar en el santuario celestial por fe, los redimidos pueden ahora disfrutar de la presencia directa de Dios. Por esto dice Juan: “He aquí el tabernáculo de Dios con los hombres, y Dios mismo estará con ellos” (versículo 3).

La palabra *tabernáculo* deriva de la misma raíz griega que aparece en Juan 1:14 en referencia a la encamación de Cristo: “Y el Verbo se hizo carne, y *habitó* (tabernáculo) entre nosotros” (la cursiva es nuestra). Este verbo significa también “armar una tienda de campaña”. El nombre que se usa en Apocalipsis 21:3 es también la misma palabra griega que se usa en la Septuaginta para la palabra hebrea *shekinah*, que designa la gloria de Dios, que aparecía en el Lugar Santísimo del santuario.

“La voz del cielo —escribe Mounce— declara que el tabernáculo de Dios está con el hombre y que habitará con ellos. La palabra griega para tabernáculo () se relaciona estrechamente con la palabra hebrea , que se usaba para denotar la presencia y la gloria de Dios. Aunque el tabernáculo (o tienda) era llevado de un lugar a otro por el desierto, seguía siendo un símbolo de la constante presencia de Dios en medio de su pueblo. En el cuarto evangelio Juan escribe que ‘el Verbo se hizo carne y habitó (tabernáculo: *eskenosen*) entre los hombres para que contemplaran su gloria, gloria como del único Hijo del Padre’ (Juan 1:14). Cuando el vidente escribe que el tabernáculo de Dios está con el hombre, dice literalmente que Dios con su gloriosa presencia ha venido a morar con el hombre.

La figura no sugiere una residencia temporal. Desde ahora en adelante Dios permanecerá con su pueblo por toda la eternidad”.²

Apocalipsis no dice exactamente cómo será la manifestación de la presencia de Dios. Hoy reconocemos su presencia mediante su Espíritu, que poseemos por la fe, no por vista. Pero las Escrituras enseñan que vendrá el tiempo cuando, en lugar de eso, veremos “su rostro” (Apocalipsis 22:4), “lo veremos como es él” (1 Juan 3:2), cuando conoceremos exactamente como somos conocidos (véase 1 Corintios 13:12).

“Esta es una realidad que no podemos imaginar —escribe Ladd—; pero el blanco de toda la redención es un compañerismo directo, no desfigurado, entre Dios y su pueblo”.³

¿Cuál es, en verdad, el propósito de la fe cristiana? ¿Es nada más vivir vidas santas en la tierra, y finalmente explotar y arrojar nuestro contenido sin esperanza en el más allá, en algo mejor de lo que experimentamos en esta vida? ¿Consiste el cristianismo simplemente en amar al Señor con todo el corazón, toda el alma, toda la mente, y a nuestro vecino como a nosotros mismos, y entonces terminar al final donde acaban nuestros vecinos, desintegrándonos en la tierra? ¿Vivió, sufrió y murió Cristo sólo para enseñarnos a amar a Dios y vivir vidas correctas?

En realidad, para vivir vidas correctas no se necesita el cristianismo. Muchas otras religiones y muchas filosofías han adoptado buenos principios de moral y han producido personas “morales”. Por ejemplo, Immanuel Kant en su libro *Foundations for a Metaphysics of Morality* [bases para una moral metafísica] postula con su “imperativo categórico” un sistema moral más alto de lo que la mayoría de los cristianos encontrarían en la Biblia. Por importante que sea visitar a las viudas y a los huérfanos en sus aflicciones, el cristianismo debe significar algo más que practicar una conducta ética en la vida. Si todo lo

que Cristo hizo fue enseñarnos a vivir de una manera mejor, entonces la diferencia entre él, Buda, Mahoma y Gandi es muy pequeña.

Pero ni Buda, ni Mahoma, ni Mahatma Gandhi podrían haber hecho lo que Jesús ha hecho y hará, porque ninguno de ellos fue lo que Jesús fue y es. Debido a quien es él: Uno en "igualdad con Dios" (Filipenses 2:6), sólo él podía pagar la culpa del pecado, no sólo para que pudiéramos ser considerados santos, sino para que la ruptura entre la humanidad y Dios pudiera ser sanada y la humanidad redimida pudiera de nuevo disfrutar de una relación ininterrumpida con el Creador.

Esta relación ininterrumpida para siempre con Cristo es la esencia de la salvación,⁴ y el versículo que promete que "el tabernáculo de Dios" estará con los hombres (Apocalipsis 21:3, RVR 1960) se refiere a ese compañerismo eterno e ininterrumpido. Sin él, el cristianismo no ofrece nada de valor perpetuo.

La promesa dice también que Dios no sólo morará con los redimidos sino que "él morará con ellos; y ellos serán su pueblo, y Dios mismo estará con ellos como su Dios". Aquí de nuevo está la promesa de una relación especial que los redimidos disfrutarán con el Señor. Este versículo es una modificación del pacto que el Señor hizo con la nación de Israel hace más de 3,500 años: "Pondré mi morada en medio y no os rechazaré. Andaré entre vosotros, seré vuestro Dios, y vosotros seréis mi pueblo" (Levítico 26:11,12). Esta promesa o voto fue repetido por los profetas siglos más tarde. "Y seréis mi pueblo, y yo seré vuestro Dios" (Jeremías 30:22). "Habitareis en la tierra que di a vuestros padres, y seréis mi pueblo, y yo seré vuestro Dios" (Ezequiel 36:28). "Los salvaré de todas sus rebeliones en las cuales pecaron, y los limpiaré. Y serán mi pueblo, y yo seré su Dios" (Ezequiel 37:23).⁵

El compañerismo que los creyentes habían tenido con Dios en la tierra, aun cuando Moisés sólo pudiera ver una vislumbre

de él (“No podrás ver mi rostro, porque ningún hombre me verá y quedará vivo” [Exodo 33:20]), sin duda no es nada cuando se compara con la descripción de Juan de lo que experimentaremos en la tierra nueva, cuando realmente veamos “su rostro” (Apocalipsis 22:4).

¿Por qué? Porque el pecado —el intruso que originó la ruptura entre Dios y la humanidad—6 ¡habrá sido erradicado! La relación ha sido restaurada. El propósito principal del plan de salvación es tratar con el problema del pecado, porque el pecado produjo la ruptura entre los humanos y Dios, y esa ruptura es la causa de la muerte de los seres humanos. El don de la vida eterna es simplemente la restauración de lo que originalmente era nuestro. Jesús vino, vivió, resucitó, ministra en el santuario celestial y vendrá otra vez, todo como parte del plan divino para erradicar el pecado y su principal consecuencia: la muerte.

El libro de Apocalipsis, especialmente las escenas del santuario celestial, es una mirada detrás del escenario de las actividades de Dios al tratar con el pecado, no sólo como el Cordero cuando estuvo en la tierra, no sólo como el León en su segunda venida, sino en su papel intermedio como Sumo Sacerdote. En ninguna otra parte presenta tan gráficamente el Nuevo Testamento la actividad celestial a favor de los pecadores, o se da una vislumbre tan detallada de lo que sucede en el santuario celestial. El libro de Hebreos enseña que Cristo ministra allí como nuestro Sumo Sacerdote; el libro de Apocalipsis nos da una percepción de ese ministerio.

El objetivo del servicio del santuario, empezando con la cruz, fue tratar con el pecado; el propósito del libro de Apocalipsis, con el santuario como fondo, es mostrar al Señor tratando con el pecado por medio del santuario y los resultados maravillosos cuando él termine. No sólo habitará Dios con los redimidos en la tierra nueva, sino que “enjugará toda lágrima de los

ojos de ellos. Y no habrá más muerte, ni llanto, ni clamor, ni dolor, porque las primeras cosas pasaron” (Apocalipsis 21:4).

La estructura básica de las escenas del santuario en Apocalipsis se extiende en este punto. El Apocalipsis, como vimos en el capítulo 2 de este libro, empieza con la muerte de Cristo y con su presencia continua entre su pueblo en la tierra. Además de las referencias a la cruz, hay una visión de Cristo entre los candelabros, que son “las siete iglesias” (Apocalipsis 1:20). El énfasis es en la tierra. Luego, en las cuatro escenas siguientes, el escenario se traslada al cielo: al primer departamento del santuario celestial (véase Apocalipsis 4-5; 8:2-6), y después al segundo departamento (véase Apocalipsis 11:19; 15:5-8). En la escena final del santuario (Apocalipsis 21) el enfoque vuelve a la tierra, en donde se queda para siempre.

Strand escribe:

“En la primera escena introductoria, Juan ve al Cristo que vino como Dios encamado en su primer advenimiento: que murió y resucitó, y que ascendió a los cielos después de 40 días. Pero ahora esa misma Persona Divina se le aparece a Juan como el que fue muerto, pero vive para siempre (Apocalipsis 1:17, 18) y está presente, caminando entre sus iglesias-candelabros. Esta primera escena victoriosa de introducción es una evidencia de la presencia cercana y constante de este mismo Jesús en su iglesia en la tierra... La equivalencia de esta divina presencia en el ‘aquí y ahora’ es la plenitud de la experiencia de la divina presencia, condicionada a la segunda venida de Cristo para recompensar a todos de acuerdo a sus obras (Apocalipsis 22:12). En las etapas finales de esas recompensas, esto es, la experiencia del ‘cielo nuevo’, ‘tierra nueva’ y Nueva Jerusalén, Dios y el Cordero ‘habitan’ de nuevo con su pueblo; pero ahora esta morada es una presencia inmediata y directa”.⁷

Lo que prueba este movimiento de la tierra al cielo y de regreso a la tierra es que la salvación se centraliza en Cristo, y

que lo sigue dondequiera que él va. Él empezó su obra de salvación en la tierra, entró en el santuario en el cielo para administrarla a nosotros (tema central de Apocalipsis), y una vez que haga esto regresará a la tierra a disfrutar “el fruto de la aflicción de su alma” (Isaías 53:11, RVR 1960) al habitar con su pueblo.

En el libro de Apocalipsis seguimos a Cristo en su jomada como Cordero y como León, y en su papel intermedio o sumosacerdotal. Y los que mediante la fe en su sangre “siguen al Cordero por dondequiera que va” (Apocalipsis 14:4), terminarán con él esa jomada en el nuevo cielo y en la tierra nueva.

“Y ya no habrá maldición alguna. El trono de Dios y del Cordero estará en ella, y sus siervos le servirán. Verán su rostro, y su Nombre estará en sus frentes. Allí no habrá más noche. Y no necesitarán luz de lámpara, ni luz del sol, porque el Señor Dios los alumbrará. Y reinarán por los siglos de los siglos” (Apocalipsis 22:3-5).

1. Para Strand, Apocalipsis 19:1-10 es la siguiente escena del santuario. El basa esta identificación mayormente en el hecho de que algunas de las imágenes y escenas tienen paralelo con la primera escena del santuario celestial en los capítulos 4 y 5: un fuerte argumento. Como en otras escenas, ésta también introduce algo que sucede en la tierra: la segunda venida de Jesús (véase Apocalipsis 19:11-21), sin duda, un suceso de máxima importancia. Pero en Apocalipsis 19:1-10, no hay imágenes explícitas del santuario, lo que hace sospechar que este pasaje no es una escena del santuario. Por este motivo lo presento como nota (comentario) al final del capítulo en lugar de citarlo en el texto general, aunque se pudiera argumentar que de todos modos es una escena del santuario celestial. La razón por la cual las imágenes del santuario no son explícitas en este pasaje, es quizás porque el santuario celestial ya se ha perdido de vista, pues la obra de Cristo en él ya fue hecha.
2. Mounce, 371, 372.
3. Ladd, 277.
4. Esto no trata de cuestiones en relación con la ley de Dios, su carácter y los temas detrás de la gran controversia. “Pero el plan de redención tenía un propósito todavía más amplio y profundo que el de salvar al hombre. Cristo no vino a la tierra sólo

por este motivo; no vino meramente para que los habitantes de este pequeño mundo acatasen la ley de Dios como debe ser acatada; sino que vino para vindicar el carácter de Dios ante el universo... El acto de Cristo de morir por la salvación del hombre, no sólo haría accesible el cielo para los hombres, sino que ante todo el universo justificaría a Dios y a su Hijo en su trato con la rebelión de Satanás. Demostraría la perpetuidad de la ley de Dios, y revelaría la naturaleza y las consecuencias del pecado” (*Patriarcas y profetas*, 55).

5. Véase también Jeremías 7:23; 11:4.
6. “A causa del pecado, el hombre quedó separado de Dios. De no haber mediado el plan de la redención, hubiera tenido que sufrir la separación eterna de Dios y las tinieblas de una noche sin fin. El sacrificio de Cristo permite que se reanude la comunión con Dios. Personalmente no podemos acercarnos a su presencia; nuestra naturaleza pecadora no nos permite mirar su rostro, pero podemos contemplarlo y tener comunión con él por medio de Jesús, el Salvador” (*La educación* 28).
7. Strand, “Victorious-Introduction Scenes”, 70.